

Paul W. Powell

Mirando a la Vida

por
el Espejo Retrovisor



Paul W. Powell

Mirando
a la Vida por
el Espejo
Retrovisor

© Copyright 2006
Paul W. Powell
5603 Elderwood Drive
Tyler, Texas 75703

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la versión Reina Valera 1960.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier otro sistema de almacenaje y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del publicador.

Dedicado

*a B. G. Hartley
y los
Oficiales y Directores
del
Southside Bank
Tyler, Texas*

Buenas personas que me mantienen enfocado en el futuro

BLANK PAGE

4

Tabla de Contenido

Introducción.....	7
1. Mirando a la Vida por el Espejo Retrovisor.....	9
2. La Cruz y la Corona	21
3. El Peor Engaño.....	33
4. Marcado por Jesús.....	43
5. ¿Qué Pueden Hacer los Buenos?.....	53
6. Las Cuatro Dimensiones de la Vida.....	65
7. El Camino a la Grandeza.....	75
8. La Iglesia como Debería Ser	85
9. Hágalo para Dios, No para el Hombre	95
10. La Piedra de Donde Fuimos Cortados	107
Epílogo	
Un Tributo a George W. Truett:	
Don de los Bautistas de Texas para el Mundo	121

BLANK PAGE

6

Introducción

Hace poco mi esposa y yo tomamos un curso de conducción a la defensiva. Yo no lo tomé porque haya recibido alguna multa por infracción de tráfico sino para reducir mis primas de seguro. Nuestra instructora, Rose, nos dijo que para ser un conductor seguro necesitamos echar un vistazo a nuestro espejo retrovisor cada tres a cinco segundos para ver lo que se acerca por detrás. Nuestro enfoque primario, por supuesto, debe estar en lo que está por delante, pero también necesitamos saber lo que está detrás de nosotros. Tenemos que mirar en ambas direcciones.

He aprendido con el correr de los años que mirar hacia atrás ocasionalmente es tan importante para vivir sabiamente como para conducir con seguridad. Necesitamos echar un vistazo hacia atrás para aprender de nuestras experiencias del pasado y recordar la gracia de Dios que nos ha traído hasta aquí. Necesitamos mirar hacia adelante con anhelo y dedicación, viviendo para servirle por el resto de nuestro peregrinaje.

El salmista hacía esto cuando oraba: “Oh Dios, me enseñaste desde mi juventud, Y hasta ahora he manifestado tus maravillas. Aun en la vejez y las canas, oh Dios, no me desampares, Hasta que anuncie tu poder a la posteridad, Y tu potencia a todos los que han de venir, Y tu justicia, oh Dios, hasta lo excelso. Tú has hecho grandes cosas; Oh Dios, ¿quién como tú?” (Salmo 71:17-19).

Hoy me hallo echando un vistazo al espejo retrovisor más y más. Tal vez se deba a que a los 72 años tengo más del recorrido de mi vida por detrás de mí que lo que tengo por delante; pero también es porque las experiencias de la edad le dan a uno una perspectiva de la vida y un aprecio de la gracia de Dios que la juventud no tiene.

Pero no me atasco en el pasado. ¡Ni soñarlo! Cuando uno deja de perseguir sueños el futuro ya está detrás de uno. Así

que todavía me enfoco en el futuro. Como nunca en mi vida me entusiasmo y soy optimista por lo que está delante.

Así que, como un buen conductor, miro en ambas direcciones. En este libro, otro libro de sermones, intento mirar a la vez hacia adelante y hacia atrás. He mirado hacia atrás a mi propia vida y las cosas que los años me han enseñado. He mirado hacia atrás a la historia de los Bautistas de Texas y el secreto de la gran obra que hemos hecho. He mirado hacia atrás a la vida de George W. Truett para recibir inspiración y nociones para la vida diaria.

Pero, al mismo tiempo, miro hacia adelante para ver lo que la iglesia debe ser, lo que los buenos pueden hacer en el mundo de hoy, y cómo podemos servir mejor al Señor.

El recorrido hasta aquí ha sido bueno: suficientes tropezones en el camino como para mantenerme humilde y suficientes bendiciones como para mantenerme optimista.

En esta coyuntura me siento tentado a decir con Browning: "Envejece junto a mí, lo mejor está todavía por delante . . ." Acompañeme en el recorrido por este libro. Espero que aprendamos del pasado y miremos al futuro al vivir en el ahora. Será bueno contar con su compañía para el viaje.

Paul W. Powell
George W. Truett Theological Seminary
One Bear Place #97126
Baylor University
Waco, Texas 76798-7126

Uno

Mirando a la Vida por el Espejo Retrovisor

Salmo 90:10-12

El finado Ray Charles decía: “Vive cada día como si fuera el último, porque uno de estos días vas a tener razón.” La Biblia a menudo nos recuerda que debemos vivir nuestras vidas con el fin en mente. Uno de esos pasajes es el Salmo 90: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, Que traigamos al corazón sabiduría” (v. 12).

Esta amonestación se presenta contra el telón de la naturaleza eterna de Dios. El salmista empieza: “Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación. Antes que naciesen los montes Y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (vv. 1-2).

Luego presenta una serie de contrastes que muestran lo breve e inciertas que son nuestras vidas. Nuestra vida es “como una de las vigiliias de la noche” (v. 4). La vigilia del soldado por la noche dura sólo cuatro horas. En las horas de la madrugada cuatro horas pueden parecer una eternidad, pero en realidad pronto pasan. Esa es nuestra vida.

Nuestras vidas son como una inundación (v. 5). En la región montañosa de Texas hablan de inundaciones “relámpago.” Puede llover en alguna región río arriba, y se forma una muralla de agua que corre con venganza, barriendo todo lo que halla a su paso. Esa es nuestra vida.

Es como un sueño por la noche (v. 5). Los sueños parecen durar toda la noche, pero los que los estudian dicen que duran solamente pocos segundos. Así es nuestra vida.

Nuestra vida es como la hierba que crece en la primavera, y luego se seca por el sol candente (vv. 5-6). Así es nuestra vida. Es como un cuento que se cuenta (v. 9). Cuando alguien cuenta un relato, a veces parece que se demora una eternidad. Queremos que se apure y que vaya al grano. Pero en realidad toma sólo unos pocos minutos. Nuestra vida es así.

Luego el salmista nos recuerda que los años de nuestra vida son setenta años, y si gozamos de muy buena salud, tal vez vivamos hasta cumplir los ochenta. Eso es, con todo, por encima del promedio de 77.6 años que la mayoría de los estadounidenses viven hoy. Pero incluso así, pronto todos desaparecemos. Con esto en mente, el salmista amonesta a recordar lo breve que son nuestros días y a vivir sabiamente a la luz de ese hecho.

Yo ya he vivido más de mis setenta años, y ya he recorrido largo trecho en la vida. No he dejado de mirar hacia adelante, pero más y más me hallo mirando a la vida por el espejo retrovisor. Al mirar hacia atrás, ¿qué he aprendido? ¿Qué me han enseñado los años en cuanto a vivir sabiamente? Lo que sigue no es todo lo que he aprendido, pero sí es parte de lo que he aprendido en mis setenta años.

- Lo más importantes en la vida no son cosas.
- Toda gloria se desvanece.
- Incluso si siente dolor, no tiene que serlo para otros.
- Sólo Dios está en posición de desdeñar a alguien.
- Cuando morimos, es más importante dejar un testimonio que un título.

Nunca Demasiado Ocupado como un Café

Primero, al mirar hacia atrás me doy cuenta de que lo más importantes de la vida no son cosas. Cuando somos jóvenes, pensamos eso: autos, ropa, casas, parecen ser muy importantes. Luego, conforme maduramos, nuestra

perspectiva y valores cambian, y nos damos cuenta de la escasa importancia que tienen esas cosas.

Esta verdad llegó a ser más vivida para mí hace varios años cuando murió la Sra. Vaught, madre de mi esposa. El esposo había muerto varios años atrás. Para cuando la Sra. Vaught falleció, ella había vivido en la misma casa por 61 años. Como pueden imaginarse, en esa casa había una colección de toda una vida: ropa, muebles, libros, cuadros y cachivaches; cosas que representaban y reflejaban la vida de ellos. Se abrió el testamento, y a los pocos días los parientes, en su mayoría nietos, empezaron a llevarse de la casa cosas que querían: una mesa, una silla, una lámpara, el juego del comedor. En pocas horas, nos llevamos todo lo que había de valor en la casa, excepto los recuerdos: ¡sesenta años de recuerdos!

Al recorrer por la casa fría y vacía, me di cuenta de la escasa importancia de todas esas cosas. Lo que había hecho de esa casa un hogar eran las personas que habían vivido allí y sus relaciones personales de unos con otros . . . y los recuerdos que todavía estaba allí.

Un correo electrónico que recibí en cuanto a un profesor de filosofía ilustra lo que estoy diciendo. Entró en su clase un día y colocó algunos artículos sobre el escritorio. Cuando la clase empezó, sin decir una palabra tomó un frasco grande vacío de mayonesa y procedió a llenarlo con pelotas de golf. Luego les preguntó a los estudiantes si el frasco estaba lleno. Convinieron en que sí.

Así que el profesor tomó un recipiente de cascajo menudo y lo echó dentro del frasco. Remeció el frasco ligeramente, y las piedritas rodaron en los espacios vacíos entre las pelotas de golf. De nuevo les preguntó a los estudiantes si el frasco estaba lleno. Concordaron en que sí.

Así que el profesor tomó un paquete de arena y lo vertió dentro del frasco. Por supuesto, la arena llenó el resto del frasco. De nuevo les preguntó a los estudiantes si el

frasco estaba lleno. Los estudiantes respondieron con un unánime: "Sí."

Entonces el profesor sacó dos tazas de café y vació todo el contenido dentro del frasco, llenando el espacio que había entre la arena. Los estudiantes se rieron.

"Ahora," dijo el profesor cuando la risa se apagó, "quiero que reconozcan que el frasco representa la vida de ustedes. Las pelotas de golf son las cosas importantes: su familia, sus hijos, su salud, sus amigos y su fe; si todo lo demás se perdiera y sólo quedan esas cosas, su vida todavía seguía estando llena.

"El cascajo son las otras cosas que importan, como su trabajo, la casa o el coche. La arena es todo lo demás: las cosas pequeñas.

"Si ponen primero la arena en el frasco," continuó, "no hay espacio para el cascajo y las pelotas de golf. Lo mismo sucede con nuestra vida: si uno gasta todo el tiempo y energía en las cosas pequeñas, nunca habrá espacio para las cosas que son importantes. Presten atención a las cosas que son esenciales para su felicidad.

"Jueguen con sus hijos. Dediquen tiempo para hacerse ese examen médico. Lleven a su cónyuge a cenar fuera. Jueguen otros 18 hoyos. Adoren a Dios con regularidad. Siempre habrá tiempo para limpiar la casa y arreglar el triturador de desperdicios.

"Preocúpense primero por las pelotas de golf: las cosas que realmente importan. Determinen sus prioridades. El resto es simplemente arena."

Uno de los estudiantes levantó la mano y preguntó qué representaba el café.

El profesor sonrió: "Me alegro de que lo pregunte," dijo. "Eso sirve para demostrar que no importa cuán llena pueda parecer la vida de uno, siempre hay espacio para una taza de café con un amigo."

Estaba recalcando que las cosas más importantes en la vida no son las cosas. Son las relaciones personales. Rela-

ciones con sus padres, hijos, familia, amigos, y, sobre todo, Dios. Y permítame recordarle que no importa cuál sea o haya sido su relación con sus padres, los echará de menos cuando hayan partido.

¿A quién le toca el turno?

Segundo, al mirar en el espejo retrovisor me doy cuenta de que toda gloria se desvanece. Así que, no se tome a sí mismo demasiado en serio, porque nadie lo hace. La película *Patton* termina con el general George W. Patton, el pintoresco y controvertido general de la Segunda Guerra Mundial, describiendo el desfile de victoria de un general romano que vuelve de una conquista triunfal. A la cabeza del desfile estaban las trompetas. Le seguían animales extraños del país que había conquistado, y luego venían los carros llenos de los tesoros que había tomado.

En un carruaje va el general conquistador. Delante de él, en cadenas, marchan los prisioneros que había tomado. A su lado, o tal vez montando en caballos selectos, están sus hijos vestidos de blanco, y detrás de él está un esclavo susurrándole en la oreja: "Toda gloria es efímera."

Eso fue cierto no sólo en Roma antigua, sino también es cierto aquí y ahora. Nuestras recompensas y logros significan poco para alguien aparte de nosotros mismos, y pronto todo quedará en el olvido. Hace poco oficié en el culto fúnebre para el Dr. Oren Murphy, veterano médico de Tyler. Su esposa había muerto varios años antes. Él sufría de enfermedad de Alsjáimer y estaba en un asilo de ancianos, así que su casa y sus posesiones habían sido distribuidas años antes. Después del culto, una señora se acercó y se quedó cerca del ataúd.

Dijo que pocos días atrás ella había estado en un pequeño restaurante en un pueblo cercano y había visto colgado en una pared el diploma del Dr. Murphy. Le preguntó al propietario donde lo había conseguido, y él le dijo: "Lo compré en una venta de garaje por veinticinco centavos."

Ella le preguntó cuánto pediría por el título, y él le dijo: "Nada. Lléveselo. No vale nada."

Mientras ella me contaba la historia, pensé en cuánto trabajo le costó al Dr. Murphy ganarse ese título, lo feliz que debe haber estado el día en que lo recibió, y con cuánto orgullo lo había exhibido en la pared de su consultorio. Ahora estaba reducido a: "Nada. Lléveselo. No vale nada."

Entonces me di cuenta de que en mi casa tengo toda clase de diplomas, galardones y reconocimientos que naturalmente surgen de más de 50 años de ministerio. Pero cuando yo me haya ido, ¿piensa usted que mis hijos van a quererlos? Como el título del Dr. Murphy, estos reconocimientos serán vendidos en una venta de garaje por 25 centavos. ¡Inútiles! De valor para nadie, excepto para mí.

Hubo un tiempo cuando yo era bastante conocido en el este de Texas. A decir verdad, el otro día estaba jugando golf y uno de mis compañeros me presentó a un amigo: "Este es Paul Powell; solía ser alguien." Yo pastoreaba la iglesia más grande desde el Río Rojo hasta el golfo de México, y de Dallas hasta Atlanta. Nuestra iglesia estaba en televisión y tenía la audiencia más numerosa en cualquier domingo por la mañana antes de que se transmitiera el partido de los Cowboy de Dallas. Pero un día me di cuenta de lo efímero que era la fama, y lo insignificante que era yo. Me imaginé a un grupo de señoras sentadas a una mesa jugando naipes cuando suena el teléfono. En el otro extremo de la línea, alguien le dice a la señora de la casa: "¿Has oído las noticias? El reverendo Paul Powell murió esta mañana." Ella colgaría el teléfono, y les informaría de mi muerte a sus amigas.

Probablemente una de ellas diría: "Ah, ¡qué lástima! Era tan bueno. . . . ¿A quién le toca el turno?" y el juego seguiría sin detenerse.

Así que no se impresione demasiado consigo mismo. Nadie más lo está, y si lo está, no será por mucho tiempo.

No pierda su entusiasmo

Tercero, mirando hacia atrás, he aprendido que incluso si uno sufre dolor, no tiene por qué serlo para otros. La vida les da a algunos golpes duros: enfermedades, accidentes, y reveses de fortuna de todo tipo. Estas cosas pueden hacernos personas amargadas, o pueden hacernos mejores personas. La decisión es nuestra.

Alguien ha dicho que el sufrimiento es inevitable pero la desdicha es opcional. La vida es el diez por ciento de lo que uno la hace y el noventa por ciento la forma en que la toma.

He aprendido que hay diferentes clases de dolor. Uno puede sufrirlo, o puede serlo. Algunos creyentes son tan desalmados, que si los pusieran en un coliseo con leones, yo compadecería a los leones.

No permita que los años y las lágrimas le roben su entusiasmo y optimismo. Hace varios años se me pidió celebrar una ceremonia de bodas para Winfred y Sue, en su 69^º aniversario de su primera salida juntos. Habían sido enamorados desde antes de ir a la universidad. Entonces Winfred fue a Texas Tech y Sue fue a Mary Hardin-Baylor. En la universidad cada uno conoció a otra persona y se casaron. Sue había sido viuda por 30 años, y Winfred por cinco años cuando volvieron a encontrarse y decidieron casarse. Me pidieron que celebre la ceremonia en el 69^º aniversario de su primera salida juntos.

Nos reunimos en el templo y Sue, que tenía 87 años, pasó al altar por cuenta propia. Winfred, que ya tenía 89 años, usaba un andador y necesitó la ayuda de uno de los hijos para llegar al lado de Sue.

Empecé la ceremonia diciendo: “Winfred: ¿Recibes a Sue como tu legítima esposa, y prometes ante Dios y estos testigos, amarla, consolarla, honrarla, ayudarla sea en la enfermedad o en salud, y olvidando a todas las demás, conservarte sólo para ella hasta que la muerte los separe? ¿Lo prometes?”

En lugar de decir: “Lo prometo,” él dijo: “Procuraré hacerlo.”

¡Me gusta eso! Eso es entusiasmo. Eso es optimismo. Ochenta y nueve años y todavía dispuesto a procurar hacerlo. Los años y las lágrimas no le habían robado su alegría y su optimismo, o su disposición a una aventura.

Elevando a Otros

Cuarto, mirando hacia atrás me doy cuenta de que sólo Dios está en posición de desdeñar a cualquiera, y nunca lo hace. Jesús trató a toda persona con dignidad y respeto. Una vez encontró a una mujer junto a un pozo en Samaria cuando ella había ido a sacar agua. Ella había venido sola debido a que las mujeres respetables no querían tener nada que ver con ella. Se había casado y divorciado cinco veces, y ahora vivía con un conviviente. Pero Jesús no la trató como si fuera una sabandija evitando todo trato con ella. Cuando la miró, vio la vida de ella, no tanto en términos de maldad sino de tristeza. Ella había ido de hombre a hombre, de matrimonio en matrimonio, de relación en relación, buscando algo que nunca había hallado: paz interna y felicidad. Ella siempre pensó que su sed espiritual podía hallar saciedad en otro hombre, otro matrimonio, otra relación. Pero después de todo eso, su alma seguía tan sedienta y reseca como nunca. Así que Jesús, usando como lección objetiva el pozo y el agua que ella había venido a buscar, le habló del agua viva que podía satisfacer la sed más profunda interna de ella. Cuando ella lo oyó, dijo: “Ah, Señor, dame de esa agua.”

Algunos de ustedes que están leyendo esto tal vez hayan bebido de todo pozo que el mundo tiene para ofrecer, y su alma sigue tan reseca y sedienta como nunca. Venga a Jesús; él puede satisfacer la sed más honda de su vida.

Los que criticaban a Jesús le trajeron a una mujer sorprendida en el mismo acto de adulterio. Querían que él la apedreara. Eso es lo que la ley mosaica exigía. Pero, Jesús

se inclinó y escribió en la tierra sin darles respuesta. Esta es la única ocasión en que se registra que Jesús escribió algo. No sabemos lo que escribió. Tal vez escribió los nombres de los hombres que habían tenido relaciones con ella. Después de todo, si fue sorprendida en el mismo acto de adulterio, tenía que haber un hombre participando. ¿Dónde estaba él? Cuando Jesús alzó la vista, todos sus acusadores se habían escurrido a las sombras. Entonces le preguntó: “¿Dónde están tus acusadores? Ni yo te condeno. Vete y no peques más “ (Juan 8:3-11).

Jesús no condonó el estilo de vida de ella. Llamó lo que ella había hecho por lo que era: pecado. Le dijo claramente que vaya y viva una vida de castidad. Pero no la condenó. ¿Por qué? No había necesidad. Ella ya había vivido bajo condenación. Personas como ella siempre viven así. Lo que ella necesitaba era esperanza, misericordia y perdón; y eso fue lo que él le ofreció.

Alguien que está leyendo esto tal vez está viviendo bajo auto condenación como esta mujer. Ha hecho cosas en el pasado de las que se avergüenza; cosas que quisiera poder olvidar; cosas que desearía no haber hecho. No tiene que continuar de esa manera. Cristo le perdonará si usted viene a él.

Un día Jesús conoció a Zaqueo, un cobrador de impuestos. El canto infantil nos hace pensar que Zaqueo era un adorable hombre pequeñito. La verdad es que era un ladrón cochino y corrompido; un pillo. Era un traidor a su pueblo. Israel era territorio ocupado, conquistado y subyugado por Roma, y gobernado por la ley marcial. Zaqueo trabajaba para el enemigo y debido a eso sus compatriotas lo odiaban y aborrecían. Era pequeño de estatura así que tuvo que subirse a un árbol y ponerse en situación precaria para poder echar un vistazo a Jesús cuando pasaba por Jericó. Cuando Jesús le vio, se detuvo y le dijo que bajara, “porque voy a posar en tu casa.” Jesús no lo trató como traidor o como pillo. Más bien se invitó a sí mismo a la

casa de Zaqueo y comió con él, algo que ninguna persona respetable haría. Antes de que Jesús se fuera, había llevado a Zaqueo a la salvación.

Alguien que esté leyendo esto tal vez se sienta como Zaqueo: subido a un árbol y en situación precaria. Sé lo que es estar así. Le aseguro que Jesús no le cortará su rama. Vendrá a su vida si usted se lo permite, y la sanará por completo.

La gente no siempre trató a Jesús con bondad. Cuando él echó fuera de un hombre a los demonios y a un hato de cerdos, los ciudadanos de la región le pidieron que se fuera. Estaba arruinándoles su negocio (Marcos 5:17). Siempre es humillante que le pidan a uno que se vaya de algún lugar. Cuando él predicó en su ciudad natal de Nazaret, anunciando que él era el Mesías, la gente se enfadó tanto que quisieron arrojarlo por un precipicio para matarlo (Lucas 4:29). El rechazo siempre duele, especialmente si viene de personas a quienes uno quiere. Cuando fue llamado a la casa de un padre y madre cuya hija había muerto, él sorprendió a todos diciendo: "La muchacha no está muerta; simplemente duerme." Cuando lo dijo, "ellos se rieron y se burlaron de él" (Lucas 8:53). Nunca es divertido que se rían de uno. Ellos sabían la diferencia entre el sueño y la muerte, pero no sabían la diferencia entre Jesús y los demás hombres. Así que Jesús entró, tomó a la muchacha por la mano, y la restauró a la vida.

Ninguna de estas experiencias fueron fáciles de soportar, pero, asombrosamente, Jesús nunca se desquitó de los que lo ofendieron. Tampoco debemos hacerlo nosotros.

A Thaddeus Stevens se le ha llamado "el mejor amigo blanco que los estadounidenses negros jamás tuvieron." Congresista de Pennsylvania, Stevens se opuso a la esclavitud con venganza. Desolló a sus colegas congresistas en cuanto al asunto en toda oportunidad que tuvo. Brillante, intrépido, impertérrito, Stevens creía que la esclavitud es la única mancha en el documento más noble del mundo:

la Constitución de los EE.UU., y estaba decidido a lograr que se la borrarán.

Pero en medio del conflicto, jamás se amargó. Su agudeza mental se hizo famosa. Una vez un enemigo lo encontró en un sendero estrecho y le espetó: “Nunca me hago a un lado por un zorrillo.” Stevens se hizo a un lado, diciendo: “Yo siempre lo hago.” (*Reader's Digest*, junio 1971, 169).

¡Bien dicho, Thaddeus! Nunca se rebaje al nivel de otro, excepto para levantarlo.

Un Testimonio, no un Título

Quinto, mirando por el espejo retrovisor, me doy cuenta de que cuando muera, debo dejar un testimonio, no un título. Tony Campolo es un sociólogo caucásico y conferencista popular universitario que también sirve como pastor asistente de una iglesia afro-estadounidense en la ciudad de Nueva York. En cierta ocasión, cuando los universitarios de la iglesia estaban presentes, el pastor les pidió que cuenten a la congregación cómo es la vida en la universidad. Ellos hablaron de los títulos que estaban tratando de conseguir, y lo que esperaban ser la vida. Cuando hubieron terminado, el pastor se puso de pie y dijo algo muy sorprendente. Él dijo, en esencia: “Un día, jóvenes y señoritas, ustedes van a morir y los van a llevar al cementerio y les van a echar tierra encima. Entonces los deudos volverán a la iglesia, y se servirán jamón y ensalada de papas, y hablarán de ustedes. Cuando lo hagan, ¿qué supone que van a decir? No van a hablar de sus títulos o cargos, sino más bien de lo que ustedes hicieron en su vida para hacer del mundo un lugar mejor.”

Luego dijo: “Lo que quiero preguntarle a cada uno es esto: cuando usted muera, y ya se haya ido, ¿va a dejar un título, o va a dejar un testimonio?”

Esa es una pregunta para cada uno de nosotros.

La Biblia tiene una manera de filtrar las ideas que son innecesarias e instilar contrastes esenciales. Me ha enseñado

que para vivir sabiamente, necesitamos prestar atención a estas amonestaciones y enfocar lo que es importante.

Le recuerdo que la vida no es un ensayo con vestidos. Esto es el asunto real y sólo tenemos una oportunidad. El poeta C. T. Studd lo dijo muy bien:

*Sólo una vida
Que pronto pasará
Sólo lo que se haga
por Cristo durará.*

Dos

La Cruz y la Corona

Lucas 9:23-25

Hace algún tiempo visité la tumba de mi tatarabuelo, Henry Jackson Powell, el primero de mis antepasados de sé que llegó a Texas. Por años había sabido que nací en la cabaña de troncos de mi bisabuelo. No se trataba de una de esas casas modernas prefabricadas, sino una casa real de troncos. Él había derribado los árboles del bosque, pelado la corteza de los troncos, y rellenado las grietas entre los troncos con una mezcla de lodo y musgo para impedir que entre el viento y la lluvia. Así que, sabía que mis antepasados fueron colonos pioneros en Texas, Pero nadie jamás hablaba de ellos. No estoy seguro por qué. Tal vez por la misma razón que Adam Clayton Powell, el congresista negro de Nueva York dio cuando dijo: “Hice investigar el árbol genealógico de mi familia, y luego lo hice derribar.” Probablemente había algunos ladrones de caballos en alguna de las ramas.

Mi tatarabuelo, Henry Jackson Powell, nació en Mississippi en 1824. En 1861, junto con su esposa, Nancy, y sus siete hijos, en una carreta tirada por bueyes, cruzaron el río Mississippi, Louisiana, y vinieron a Texas. El viaje les llevó seis meses. Pensaban establecerse en el condado Polk, cerca de Livingston y Huntsville, probablemente debido a parientes y amigos. Pero, tan pronto como cruzaron el río Sabine, a Texas, su hija menor se enfermó y acapamparon para atenderla.

Hallaron un terreno con un manantial de agua potable, y decidieron establecerse allí. Henry Jackson compró la tierra de un hombre que pensó que era el dueño, sólo para descubrir más tarde que había recibido escrituras falsas. Cuando apareció el dueño real, tuvo que negociar por segunda vez la compra del terreno. Él y su esposa, Nancy, a la larga tuvieron once hijos. Él murió en 1908, a los 84 años.

Cuando un primo mío que se interesa en la genealogía me envió información en cuanto a mi tatarabuelo, y al saber que está enterrado en el cementerio Brokeland el Condado Sabine, quise visitar su tumba. Hallé la tumba en donde él y su esposa, Nancy, están sepultados, en el centro cementerio, con una oxidada cerca a su alrededor. Las lápidas tienen como cien años y a duras penas son legibles. Pasé la cerca, me arrodillé junto a la lápida y limpié el lodo y la tierra que cien años de lluvias e intemperie habían pegado allí y leí el epitafio:

*“Aquí deposito mi carga
cambiando la cruz por una corona.”*

Las lágrimas se me salieron y dije: “Henry Jackson: pienso que fuiste un creyente. Si es así, eres el único Powell de mi familia inmediata que tuvo una relación seria con Cristo. Tal vez soy predicador hoy porque tú tomaste la cruz y le seguiste.”

Ese día, de rodillas, decidí que tenía que predicar un sermón sobre la cruz y la corona. Hay una corona en la vida cristiana. El apóstol Pablo habla de sus convertidos como su gozo y su corona (Filipenses 4:1). Ellos eran su galardón, y evidencia de que su trabajo había tenido éxito. Pero en su mayor parte de la corona de la que hablan las Escrituras es la corona del vencedor: la victoria que recibimos sobre el pecado, el sufrimiento y la muerte. Pablo escribió de esta corona cuando dijo: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he

guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Timoteo 4:6-8).

El Señor viviente les dijo a las iglesias: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida" (Apocalipsis 1:10). Debemos ser fieles, no hasta que nos cansemos, o hasta que nos jubilemos, sino hasta que hayamos muerto. Debemos ser fieles hasta la muerte.

Pero también hay una cruz en la vida cristiana. Jesús habló de esa cruz cuando dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame" (Lucas 9:23).

En realidad en este pasaje, Jesús habla de dos cruces: la de él y la nuestra. Justo antes de esta declaración les preguntó a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado. Él les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios" (Lucas 9:18-20).

Pedro, respondiendo por el grupo de apóstoles, declaró que Jesús era el Salvador, el Mesías que Dios había prometido. Hizo la confesión correcta pero no tenía el concepto correcto. Él, como la gente de su día, pensaba del Mesías en términos políticos y militares. El imperio romano había conquistado el mundo conocido y lo gobernaban bajo un estado de ley marcial. Israel gemía bajo su dominio y anhelaban al Mesías, que pensaban que les quitaría el yugo de Roma y restauraría a Israel a la gloria del reino de David. Pero esa no era la clase de Mesías que Jesús vino a ser. Su reino no era geográfico, sino espiritual. Él gobernaría en los corazones y vidas de hombres y mujeres, y los haría libres de la esclavitud del pecado, sufrimiento y muerte. No vino como general conquistador, sino como el Siervo sufriente. Y, entraría en Jerusalén, no en un alazán de exhibición, sino en un humilde burro..

Los discípulos tenían que saber lo que le esperaba a él y a ellos. Hasta ahora él no había hablado directamente de su pasión. Había dado algunos indicios con símbolos; pero ellos no los entendieron.

Jesús había dicho: “Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así el Hijo del hombre será levantado.” Había dicho: “Yo doy mi cuerpo por la vida del mundo.” Había dicho: “Los hijos del novio ayunarán cuando les sea quitado el novio.” Había dicho en respuesta a su petición de una señal: “La única señal que les será dada será la señal de Jonás. Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, y así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra.”

Pero todo esto era lenguaje simbólico, y ellos no lo entendieron por completo. Tenía que decirles en lenguaje claro y contundente lo que le esperaba, así que les dijo: “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día” (v. 22). Les hablaría un total de cinco veces antes de que llegaran a Jerusalén (*Haley's Bible Handbook*, 436).

Se refería a la rústica y grotesca cruz en la que moriría por los pecados del mundo entero. Eso es lo que le esperaba en Jerusalén.

Pero también había una cruz para ellos. Por eso añadió: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (v. 23).

¿Qué es lo que Jesús quiso decir cuando dijo que la persona debe tomar su cruz? Estos discípulos sabían bien lo que significaba una cruz y la crucifixión. Cuando Jesús era un muchacho de como once años, Judas, un galileo, había encabezado una rebelión contra Roma. Había soliviantado a la guarnición real de Séforis, que estaba apenas a unos seis kilómetros de Nazaret. La venganza de los romanos fue violenta y veloz. Incendiaron Séforis hasta reducirla a cenizas; vendieron a sus habitantes como esclavos, y cru-

cificaron a dos mil de los rebeldes en cruces que colocaron en hileras a los lados de la carretera para que fueran una advertencia horrorosa a otros tentados a rebelarse. Tomar la cruz quería decir estar preparado para enfrentar cosas como esas por la lealtad a Dios. Quería decir estar listo para soportar lo peor que otros pudieran hacernos, por ser fieles al Dios verdadero (*The Daily Study Bible; the Gospel of Luke* por William Barclay; Westminster Press of Philadelphia, 1956, 122.).

Jesús dijo claramente que seguirle no será fácil. Nosotros les decimos a la gente: "Dios le ama y tiene un maravilloso plan para su vida." Jesús dijo: "Dios te ama y tiene un plan difícil para tu vida." Él experimentaría rechazo y muerte, y todo el que le sigue debe estar listo para lo mismo.

Tomar la cruz quiere decir estar decidido a seguir a Cristo cueste lo que cueste. Quiere decir hacer a un lado nuestra propia ambición, someternos a su voluntad, y seguirle en obediencia.

Hoy hemos sustituido creer algo en cuanto a Jesús en lugar de la consagración a seguirle. Podemos creer ciertas cosas sin que nos cueste nada en términos de dinero, poder o prestigio. Pero si uno se atreve a seguirle, bien puede ser que tenga que dejar su trabajo, mudarse a otro país, perder su popularidad, porque eso va en contra de la fibra y trama de la conducta social. Es por decisión que le seguimos.

Un discípulo no es el que memoriza grandes cantidades de porciones bíblicas, observa ceremonias o guarda tradiciones, sino el que dedica su vida a seguir y obedecer a Jesús cueste lo que cueste. La cruz claramente representa rendición y obediencia a la voluntad de Dios.

Y eso exige consagración continua. Tenemos que tomar la cruz diariamente. Esto saca a la cruz del pasado y la hace parte de la experiencia contemporánea. No es simplemente un instrumento en el que Cristo murió, sino que también incluye el entregarse diariamente uno mismo a la voluntad de Dios. En estas experiencias Jesús está lidiando con

lealtades en competencia: lealtades a la riqueza y la lealtad a las relaciones familiares.

Debemos decir tres cosas en cuanto a tomar la cruz:

- Tomar la cruz es necesario
- Tomar la cruz es voluntario
- Tomar la cruz es revolucionario

Sin Cruz no Hay Corona

Primero, tomar la cruz es necesario. En tanto que Jesús dijo en este pasaje que tomar la cruz era parte del discipulado, fue incluso más enfático más tarde. En Lucas 14:27 dice: “Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.”

Tomar la cruz, entonces, no es opcional; es una necesidad. Tomar la cruz precede a llevar la corona. Hace años los miembros de nuestra congregación me regalaron un hermoso tejido enmarcado que mostraba esta verdad. Decía: “Sin cruz no hay corona.” Eso es lo que Jesús estaba diciendo.

Dietrich Bonhoeffer, pastor luterano alemán que fue ejecutado por Adolfo Hitler por su participación en un complot para matar al dirigente nazi, llamó a los creyentes a hacer una ruptura radical con el pasado. “Cuando Cristo llama a un hombre,” escribió, “lo llama para que venga y muera.” Luego añadió: “La gracia es el camino al cielo, pero el que sigue ese camino tiene que pagar el peaje.” Bonhoeffer pagó el costo el 9 de abril de 1945, cuando murió por su fe.

Una parte del costo para todos nosotros es esta: Tenemos que negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirla. Hay un canto antiguo que ya no lo oigo cantar: “¿Debe llevar Jesús la cruz solo y todo el mundo quedar libre? No; hay una cruz para todos, y hay una cruz para mí.”

Él Llama pero No Obliga

En segundo lugar, tomar la cruz es voluntario. Cristo nos llama a la cruz, pero nunca nos obliga a tomarla. El ejército cristiano está compuesto totalmente de voluntarios.

Por cierto, la Biblia nos habla de Simón Cireneo, al que obligaron a llevar la cruz de Jesús (Mateo 27:32). Pero permítame recordarle que fueron los romanos los que le obligaron a llevar la cruz, y no Cristo. Además, fue la cruz de Cristo, y no la propia la que fue obligado a llevar. Cristo no nos obliga a llevar la cruz. Es algo que tomamos voluntariamente.

Hay todo un sinfín de ideas estafalarias en cuanto a llevar la cruz. Alan Redpath, en su libro *Victorious Christian Faith (Fe Cristiana Victoriosa)* menciona a un hombre que una vez le dijo: "Tengo un genio feroz, ¡pero supongo que esa es mi cruz!" Redpath le respondió (con cariño, espero): "Amigo mío, esa no es un cruz. Es la cruz de su esposa, pero ¡para usted es su pecado!" Otras ocasiones la gente habla de una aflicción, una discapacidad, una enfermedad, un revés financiero, como "su cruz." Pero esas no son cruces. Esas cosas no son opcionales en nuestras vidas. La cruz es algo que tomamos por decisión propia.

Estaba predicando en una iglesia una vez, y después del culto un hombre me dijo que cuando tenía diecisiete años y estudiaba en la Universidad de Texas Dios le llamó a predicar, pero él no respondió a ese llamado. Me dijo: "El teléfono timbró, pero yo no levanté el auricular porque sabía quién estaba al otro extremo de la línea." Dios le permite que usted haga eso, como usted sabe. Él tiene su número, aunque sea privado. Él también tiene el número de su celular, así que puede alcanzarlo en cualquier momento, en donde sea. Y usted sabe cuando él está llamando, aunque no tenga identificador telefónico. Pero usted no está obligado a levantar el auricular. Simplemente puede dejarlo que timbre hasta que deje de timbrar, si quiere hacerlo.

Dios le permitirá que usted se aleje. ¿Recuerda la historia del joven rico? El joven vino a Jesús buscando vida eterna. Quería saber qué debía hacer para lograrla.

Jesús le dijo que debía vivir según los mandamientos, y luego empezó a mencionarlos: “No cometas adulterio, no mates, no robes, no des falso testimonio, no engañes a otros, honra a tu padre y a tu madre.”

El hombre respondió que había guardado todo esto desde su juventud. Era obvio que pensaba del discipulado como guardar reglas y regulaciones, y no como sacrificio y servicio. Así que Jesús le dijo con exactitud: “Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, **tomando tu cruz**” (Marcos 10:18-21).

El joven entonces se volvió y se alejó triste porque tenía mucha riqueza; y Jesús le dejó que se fuera. Una vez trabajé como vendedor en un almacén de zapatos para señoras. Una de las reglas del gerente era: “Nunca dejes que un cliente se vaya”; en otras palabras, no había que dejar de que salga por la puerta sin venderle algo. Jesús nunca habría logrado triunfar allí. Él dejaba que la gente se fuera si no querían pagar el precio. No le suplicó a este joven candidato, ni tampoco nos va a rogar a nosotros, ni va a sobornarlo a usted, ni a rebajar sus normas. Jamás lo hace. Sus términos son siempre los mismos: toma tu cruz y sígueme. Él le dejó que se vaya, y nos dejará a nosotros que nos vayamos si esa es nuestra decisión.

Jesús no le dijo a todo rico que encontró que venda todo lo que tenía y lo regale. Se lo dijo a este joven porque comprendió que para el joven la riqueza era más importante que cualquier otra cosa. Se interponía entre él y una consagración absoluta y total de obediencia a Jesús. Así que, tenía que dejarla. Cualquier cosa o cualquier persona que se interpone entre usted y Cristo debe irse si usted quiere ser su discípulo. En otra ocasión dijo que cualquiera que ama a padre o madre, esposa o hijos, hermanos o hermanas,

incluso su propia vida, más que a él, esa persona no puede ser su discípulo (Lucas 14:26).

El Señor no quiere que desdeñemos a nuestra familia y seres queridos. Simplemente quiere decir que la lealtad suprema en nuestra vida debe pertenecerle a él, y a nadie más. De otra manera, no podemos ser sus discípulos.

A veces todo se reduce a esa clase de decisión. Jim De-nison, pastor de la Park Cities Baptist Church de Dallas, Texas, cuenta que durante sus años universitarios, mientras servía como misionero de verano en Malasia oriental, presencié el culto bautismal de una adolescente que habló de su fe en una pequeña bodega que se usaba como templo. Fue bautizada ese día en el bautisterio, que era una tina. Mientras todo eso tenía lugar, Jim notó unas maletas vetustas junto a una pared. Le pidió a un miembro de la iglesia que le explique eso de las maletas. El miembro señaló a la muchacha que estaba siendo bautizada y dijo: "Su padre le dijo que si se bautizaba no podría volver a casa. Así que ella trajo su equipaje." Esa es la clase de profunda consagración que Jesús pide de usted y de mí.

Esa clase de consagración es necesaria para que uno sea un discípulo. Pero es voluntaria. No tenemos obligación de hacernos discípulos.

El Principio de la Cruz

Tercero, tomar la cruz es revolucionario. Jesús nos recuerda: "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará" (Mateo 16:25). Afirmar que Jesús es Señor cambia nuestras vidas. Quiere decir que él fija las reglas, determina la agenda, que está a cargo. Pero es en esa rendición que hallamos una vida satisfactoria, llena y completa.

Jesús habló de principio de la cruz cuando dijo: "De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Juan 12:24).

Era un principio cotidiano de la agricultura. Toda cosecha se basa en que las semillas mueran, y de esa muerte surge la vida contenida en la semilla. Las semillas dejadas en un paquete no resultarán en nada. Pueden estar allí un año, o diez, o cien, y no producirán nada. Pero si se les planta en la tierra, y se les permite que mueran y germinen, de esa muerte surge nueva vida. De la misma manera, muchas vidas hoy son estériles, vacías, sin fruto, sin alegría, porque no quieren morir para sí mismas. Vivimos para nosotros mismos y no para Cristo y su gran reino. La vida egoísta siempre es una vida vacía y sin satisfacción. Nunca alcanza su potencial.

Es en una consagración a una causa que es mayor que nosotros mismos, más importante que nosotros mismos, que hallamos la alegría real y felicidad que se supone que la vida debe dar. Mediante la dedicación a Cristo la vida cobra un nuevo significado. Ahora tiene propósito. Por eso Jesús pregunta: “¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mateo 16:26).

Hay sólo unos pocos días que podemos fechar; días que cambiaron el mundo. El 31 de octubre de 1517 fue uno de esos días. Ese día Martín Lutero clavó sus 95 tesis para debate en la puerta de la iglesia de Castillo de Wittenberg y empezó la Reforma. Otro día que cambió el mundo fue el 7 de diciembre de 1941. En ese día, el presidente Roosevelt dijo que “viviría en la infamia,” sucedió el ataque a Pearl Harbor, y empezó la Segunda Guerra Mundial para los Estados Unidos. En ese día, como un historiador lo dijo, el viejo mundo terminó para siempre. Luego también hubo el 11 de septiembre de 2001, cuando el Centro Mundial de Comercio fue destruido, y la vida para todos nosotros, en un minuto, cambió para siempre.

Pero hay otro día que yo puedo decir sin reserva alguna que cambió mi mundo para siempre. Fue ese día cuando el Señor Jesús, hablando figuradamente, vino por el pasillo de la First Baptist Church de Port Arthur, Texas, me tocó el

hombro y dijo: “Ven, sígueme, y te haré pescador de hombres.” Ese día dije que no a mis ambiciones, que realmente no eran gran cosa, porque no tenía mucho, tomé mi cruz, y empecé a seguirle. No le he seguido en forma perfecta. Hubo ocasiones cuando él tuvo que mirar por todos lados para ver dónde estaba yo, y hubo ocasiones cuando él tuvo que retroceder para volver a ponerme en camino. Pero empecé a seguirle ese día, y nunca más volví a ser el mismo.

La pregunta ahora es: ¿va usted a tomar la cruz y seguirle? Dallas Willard enseña filosofía en la Universidad del Sur de California. Es un maestro de talento y profundamente dedicado a Cristo. Hace poco, en una reunión de Texas para evangelización e iglesias misionales, dijo: “A veces algunos universitarios se me unen cuando yo camino por el plantel, y me preguntan: ‘¿Es cierto que usted sigue a Cristo?’ Yo les pregunto: ‘¿Y a quién más tienes en mente?’”

Esta es mi pregunta para usted. Si usted no sigue a Cristo, ¿a quién sigue usted? ¿Qué otro hay a quien seguir?

Jesús dijo que debemos tomar nuestra cruz *diariamente*. Algunos que están leyendo esto tomaron la cruz una vez y luego la volvieron a dejar. Tienen que volverla a tomar, hoy. Sea por la primera vez, o la segunda, este es el llamado de Cristo: “Toma tu cruz y sígueme.”

Así que, le preguntó con las palabras de la canción: “¿Debe llevar Jesús la cruz solo y todo el mundo quedar libre? No; hay una cruz para cada persona, y una cruz para mí.” Hay una segunda estrofa a ese himno, compuesta por Thomas Shepherd, que también necesitamos:

*La cruz consagrada llevaré
hasta que la muerte me libere,
y llegue a mi hogar, para llevar mi corona.
porque hay una corona para mí.*

Cuando llegue al fin de mis días quiero decir como Henry Jackson dijo: “Aquí deposito mi carga, cambiando la cruz por una corona.” Usted puede decirlo también, si empieza a seguir a Cristo hoy.

BLANK PAGE

32

Tres

El Peor Engaño

1 Corintios 6:9-11

El engaño más fácil de todos es engañarse uno mismo. Deanna Laney, una joven madre de Tyler, llevó al patio a sus dos hijos, de 6 y 8 años, golpeó sus cabezas contra piedras hasta que murieron, y después permanentemente lisió a su hijo de dos años que todavía estaba en la cuna. Luego llamó al 911 para informar de la muerte de ellos y dijo: “Dios me dijo que lo haga.”

Guadalupe López, madre de Jeniffer López, ganó dos millones de dólares en un tragamúsculos de un casino de Atlantic City. Respecto su fortuna ella dijo: “Fue intervención divina.” Me inclino a concordar con Jay Leno, que dijo: “Con toda la guerra, hambruna y pestes que hay en el mundo, uno pensaría que Dios tiene suficiente para hacer.”

Karen Dammann, ministra metodista, hace poco fue sometida a juicio por un concilio judicial de su denominación por vivir en una relación lesbiana. Ella dijo: “Me sentí llamada a que se me ordenara, pero no podía obligarme a decidir entre Meredith y mi vida como pastora. Me sentía muy bien. Simplemente no puedo creer que Dios cometa un error.”

Qué fácil es engañarnos nosotros mismos. No toda voz viene de Dios. No toda fuerza viene de Dios. No todo sentimiento viene de Dios.

Martín Lutero debe haber tenido en mente esto cuando dijo: “La prueba culminante del pecador es que no sabe su propio pecado.” Por eso, a mi juicio, Dios insiste en decirnos que no nos engañemos a nosotros mismos.

Podemos engañarnos nosotros mismos en cuanto al pecado. El apóstol Juan dijo: “Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:7-8).

Podemos engañarnos en cuanto a la adoración. Santiago dijo: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22). Podemos engañarnos pensando que asistir al templo y oír la palabra de Dios es suficiente, cuando lo que se espera es que pongamos en práctica la palabra de Dios.

Podemos engañarnos nosotros mismos en cuanto a la verdadera religión. Santiago dijo: “Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana” (Santiago 1:26). Las cosas no siempre son lo que parecen. Si su relación con Dios no cambia la manera en que usted anda: y no me estoy refiriendo simplemente a soltar palabrotas, sino también a evitar ser hiriente, criticar, o chismear, etc., entonces usted se engaña a sí mismo.

Podemos engañarnos en cuanto a juicios. Pablo advierte: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7).

Pero el peor de todos los engaños es engañarnos a nosotros mismos en cuanto a la salvación. Esto es algo respecto a lo cual podemos engañarnos de lo más fácilmente. Por eso, en nuestro texto, Pablo declara: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; . . .” (1 Corintios 6:9a); o, como dice la NVI, “¡No se dejen engañar!”

Hay tres verdades que surgen de este pasaje:

- No todos están en camino al cielo.
- Nadie está más allá de la redención.
- Hay sólo un camino de salvación.

Ilustrativo, pero No Exhaustivo

Primero, no todos están en camino al cielo. Hay una idea ampliamente extendida que se llama “universalismo,” y que cree que a fin de cuentas todos irán al cielo, y todos serán salvados. Nosotros, los predicadores, hemos contribuido a la extensión de esta idea al “embutir a la gente en el cielo mediante la predicación,” en los funerales; es decir, dando la idea de que toda persona, sin que importa quién sea o como haya vivido, irá al cielo.

Leí una excepción hace poco. Fray Scott Mansfield, párroco de la Iglesia Católica St. Patrick, de Chama, NM., dijo en la misa del funeral de Ben Martínez que éste había sido “un católico tibio que vivía en pecado.” Luego añadió que “el Señor vomitó a gente como Ben de su boca al infierno” (*Baptists Today*, septiembre 2003).

La palabra “malo” en el lenguaje original tiene varios significados: “injustos,” “malos,” “perversos,” es decir, “los paganos.” Es otra palabra para pecado. La Biblia dice: “Toda injusticia es pecado” (1 Juan 5:7).

Pablo nos da una lista de varios pecados. Dice: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios” (1 Corintios 6:9-10).

Esta lista no es exhaustiva, sino ilustrativa. Simplemente señala el tipo de cosas a las que Pablo se refiere. No está diciendo que todo el que alguna vez hizo algunas de estas cosas está excluido del cielo. Si fuera así, eso querría decir que nadie podría ser salvado. Todos somos pecadores. La Biblia dice: “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). También declara: “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque” (Eclesiastés 7:20); y “Todos nosotros nos desca-

rriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Isaías 53:6).

Hace años vi una caricatura que se habla de esto. Dos ovejas están en un potrero y la una le comenta a la otra: “Todas nosotras nos descarriamos como la gente.” Las ovejas en efecto se descarrían del redil y se pierden, y lo mismo los seres humanos. Todos.

El tiempo de los verbos que se usa aquí indica acción continua. Está diciendo que la gente que continuamente hace estas cosas no entrará en el reino de los cielos; es decir, los que están contentos con quedarse en su pecado. Así, indican que no son salvos, no se han convertido, no han experimentado el poder de Cristo que cambia la vida. Son pecadores impenitentes.

Cuando servía como pastor a menudo terminábamos nuestro culto de adoración cantando: “Cuando lleguemos al cielo, ¡que día de regocijo será ese!” Luego le recordaba a los presentes: “No todos están yendo al cielo, y algunos nunca sabrán el camino a menos que se lo mostremos.” No viva bajo una ilusión respecto a su propia vida. No se engañe en cuanto a sus hijos, sus padres, sus hermanos y hermanas, o sus amigos y vecinos. La palabra de Dios para nosotros es clara: “Los injustos no heredarán el reino de Dios.”

Dios Trabaja con Lodo

Segundo, nadie está más allá de la redención. Habiendo dicho que los injustos no heredarán el reino de Dios, y catalogado los pecados que caracterizan a los malos, Pablo rápidamente dice: “y así eran algunos de ustedes.” Habla en tiempo pasado de lo que ellos eran en un tiempo, pero ya no son. Han sido cambiados.

Esa es una palabra de esperanza para todos nosotros. La Biblia dice: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Eso es todo pecado. Un hombre vino a su pastor y le dijo: “Pastor: mis pecados son tan viles,

que Dios jamás podría usarme." El pastor respondió: "Sí, él puede. Dios es un alfarero, y trabaja con lodo."

Hace poco un hombre me envió un correo electrónico y me preguntó: "¿Cuál es la verdad más grande de la Biblia?" Le respondí: "El relato del hijo pródigo, o, más apropiadamente, el relato del padre amante." Es la historia de un joven que decidió que su padre era chapado a la antigua, ajeno a la realidad, y que le imponía demasiadas restricciones. Así que le dijo: "Dame la parte de mi herencia de la familia, y así me largo de esta casa y nunca más volveré a molestarse." Luego recogió todo su dinero y se dirigió a la ciudad grande, a las luces brillantes y a las multitudes ruidosas.

La Biblia se refiere a esto como "una provincia apartada" o "un país lejano" (LBLA). El país lejano no es un lugar geográfico, sino una condición espiritual. Es donde se acaba el camino cuando alguien huye de Dios. Con el tiempo, su dinero se le acabó, los amigos ya no tenían tiempo para él, y la vida se volvió amarga. Cuando volvió a sus cabales, decidió volver a casa. Así que se dijo: "Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros."

Repasó ese discurso vez tras vez hasta que se lo memorizó perfectamente. Entonces se levantó y volvió a su padre. La Biblia dice que cuando él todavía estaba lejos, su padre lo vio, y fue corriendo a el encuentro, echándole los brazos sobre su cuello y dándole la bienvenida a casa.

Aristóteles dijo: "Los grandes hombres jamás corren en público." Pero Aristóteles nunca conoció a Jesús. Jesús nos dijo que Dios corre en público para recibir a los pecadores que acuden a él.

El padre no recibió al muchacho con los brazos cruzados. No le regañó diciéndole: "Te lo dije." No le interrogó diciendo: "¿En dónde haz estado y qué hace hecho con la herencia?" Simplemente le dio la bienvenida con los bra-

zos abiertos y el muchacho nunca tuvo que pronunciar su discurso (Lucas 15:11-27).

Esas son las buenas noticias de Dios. Él correrá para recibirlo si usted acude a él. Esa es la más grande verdad de la Biblia. Ese es el asombroso amor de Dios.

Si yo fuera un rapero, lo diría de esta manera: Dios ama la página de Washington y al portador del sida, al rector universitario, y al envejeciente en un asilo de ancianos, al guardián del zoológico y al barrendero, al esbirro de la oficina y al drogadicto del callejón, al taxista y al asesor financiero, al que fuma como chimenea y al vaquero. Dios ama a todas las personas y quiere verlas venir a la redención.

Debajo de la Estatua de la Libertad se hallan inscritas estas palabras de Emma Lazuras:

*Dame tus cansados, tus pobres,
Tus abigarradas masas que anhelan respirar libres,
Los miserables desechos de tus abundantes playas.
Envíame a estos, los indigentes, los azotados por la
tormenta
¡Yo levanto mi lámpara junto a la puerta dorada!*

Debajo de la cruz de Cristo hay una invitación más amplia que esa. Dice: “El que quiera, venga y tome del agua de vida gratuitamente.” Cristo levanta bien en alto su lámpara a la puerta de la vida, invitándonos a entrar.

Lo que Él Hizo y Lo que Nosotros Hacemos

Tercero, hay sólo un camino de salvación. Pablo declara: “Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:11).

Billy Graham, en uno de sus sermones cuenta que hace algunos años unos misioneros a India estaban hablando en Chicago. Al concluir una de sus charlas, un joven criticón hizo esta penetrante pregunta: “¿Por qué va usted a India

para fastidiar a esa gente hablándoles de Jesús; ¿acaso no les va bien sin él?”

La respuesta fue directa y muy significativa. El misionero respondió: “No, joven, no les va bien sin Jesucristo. A nadie, en ninguna parte, le va bien sin Jesucristo.”

Eso es cierto, porque no hay otro nombre debajo del cielo por el que los hombres puedan ser salvados, aparte del nombre de Jesús (Hechos 4:12).

Todas las religiones, excepto el cristianismo, bombean en el pozo del esfuerzo humano o del celo religioso. Si usted se convierte al hinduismo, dedicará años a la disciplina ascética. Para practicar el budismo necesita dominar las Cuatro Verdades Nobles, y el Sendero Óctuple Noble, y dedicar su vida a esa búsqueda. Para practicar el judaísmo tiene que aprender a guardar la ley mosaica y todas sus aplicaciones a la vida. Si quiere convertirse en musulmán, debe dominar y obedecer el Corán y sus “Cinco Columnas de Religión.”

Las cinco columnas del islam no son una lista de creencias; son cosas que hay que hacer. Son:

- Reconocer que no hay Dios sino Alá, y Mahoma es su profeta.
- Seguir un cierto ritual de oración y adoración por lo menos cinco veces al día.
- Dar el dos y medio por ciento de sus haberes (no simplemente de su sueldo) a los pobres cada año.
- Ayunar durante el mes de Ramadán en el calendario musulmán. “Ayunar” quiere decir abstenerse de todo alimento, líquidos y placeres sensuales desde la primera luz del día hasta que oscurece.
- Por lo menos una vez en su vida hacer un peregrinaje a la Meca.

Estas son cosas que hacemos. Los judíos tienen un dicho: “Un hombre puede cambiar lo que hace, pero no lo que es.” Sólo Cristo puede hacer eso. En el este de Texas tenemos un dicho: “Uno puede cargar oro en una mula,

pero sigue siendo mula." Uno puede cambiar lo que el animal hace, pero no lo que es.

Alguien dijo: "Puedes enseñarle a un caballo a saltar, pero cuando hayas acabado, todo lo que tendrás es un caballo que salta." Uno puede cambiar lo que hace, pero no lo que es. Bob Hope decía que compró zapatos Arnold Palmer, pantalones Arnold Palmer, camisas Arnold Palmer, palos de golf Arnold Palmer, ¡y entonces fue y jugó como la mula Betsy Arnold! Uno puede cambiar lo que hace, pero no lo que uno es.

Nuestro problema es que tenemos que nacer de nuevo. Nosotros podemos reciclar, repintar, remodelar, pero no volver a hacer. Eso es lo que necesitamos. No podemos simplemente hacer algo por fuera. Tiene que ser una obra interna. Tiene que empezar en el corazón. Sólo Jesús puede hacer eso.

Lo que él hizo puede limpiar nuestro pecado. Por fe en él podemos ser justificados ante el tribunal de Dios. Él puede apartarnos como sus hijos y discípulos.

Todo se reduce a esto::

*La vida es corta,,
La muerte es segura,
El pecado es la maldición,
Cristo la curación.*

Así que tenga cuidado para no engañarse a sí mismo. No todos están yendo al cielo. Nadie está más allá de la redención. Hay sólo un camino de salvación, y es por Cristo el Señor.

Cuando David Brainard, el misionero y estadista tenía 17 años, estaba confundido en cuanto al plan divino de salvación. Sabía que la Biblia le decía que tiene que venir a Cristo, pero no sabía cómo venir.

Dijo: "Pensaba que con gusto vendría a Jesús, pero no tenía ninguna dirección en cuanto a cómo abrirme paso."

Mientras oraba, Brainard pensó: “Cuando una madre le dice a su hijo que venga, no le dice cómo. Él puede venir corriendo, brincando, saltando, o remoloneando. Puede venir llorando, cantando o gritando. No importa cómo en tanto y en cuanto él venga.”

Es lo mismo con Cristo. Su llamado es sencillo: “Ven,” y no importa cómo lo hacemos, simplemente que lo hagamos, y su promesa es: “Al que a mí viene, de ninguna manera le echaré fuera.”

BLANK PAGE
42

Cuatro

Mercado por Jesús

Gálatas 6:17

Una de las páginas más negras de la historia de los Estados Unidos tiene que ver con la esclavitud. Nuestra nación fue fundada sobre la noble idea de la igualdad del ser humano. Los que prepararon la Declaración de la Independencia escribieron: “Sostenemos que estas verdades son auto evidentes: Que todos los hombres son creados iguales, que su Creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables, que entre estos están la vida, la libertad, y la búsqueda de la felicidad.”

Creían eso, pero no lo practicaron. Consideraron a los nativos que no eran iguales, así que los mudaron de lugar a lugar, hasta que los confinaron a prisiones sin paredes, llamadas reservaciones.

A las mujeres tampoco las consideraban como iguales. Si un hombre golpeaba a su esposa, la ley se ponía de lado del hombre. La ley hizo virtualmente imposible que las mujeres se divorcien de sus esposos. Y no obtuvieron su derecho al voto sino hasta 1920 (*Freedom: The History of Us* por Joy Hakim, Oxford Press, 2003, 90).

Tal vez la peor contradicción de todo fue la esclavitud. Nuestros padres fundadores sabían que la esclavitud es un error, pero no le hicieron frente. Tomás Jefferson escribió de la esclavitud: “Tenemos al lobo por las orejas, y no podemos ni sostenerlo ni soltarlo de una manera segura.” Detestaba la esclavitud y lo dijo así, pero él era dueño de

esclavos y los conservó. Era una gran paradoja, esclavitud en la tierra de los libres.

Además de la indignidad de ser propiedad de otro, a menudo a los esclavos se los trataba con crueldad. Si un esclavo que buscaba la libertad e igualdad trataba de escapar, y lo capturaban, era azotado, marcado con un hierro candente y vendido a un dueño en donde las condiciones de trabajo eran mucho más difíciles (Ibid, 114).

Es la práctica de marcar esclavos que está detrás de mi texto: no esclavitud en los Estados Unidos, sino en el imperio romano. La esclavitud tiene un linaje antiguo y mundial. Los cálculos varían, pero algunos expertos dicen que hasta dos tercios de los pobladores del imperio romano vivían bajo alguna forma de esclavitud (Ibid., 96). Esta esclavitud no tenía nada que ver con raza. Eran personas capturadas en batalla o endeudadas.

En el mundo romano, el dueño tenía autoridad absoluta sobre sus esclavos. Podía ordenarles que hagan cualquier tarea, enviarlos a cualquier lugar, separarlos de sus familias y amigos, e incluso quitarles la vida si se le antojaba. El dueño a menudo marcaba a sus esclavos, especialmente si trataban de escapar. Marcaban a los esclavos como nosotros marcamos ganado, y por la misma razón: para mostrar que son propiedad de alguien.

Fue en ese contexto que Pablo escribió: “De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gálatas 6:17). La palabra griega que se traduce “marcas” es *stigmata* que literalmente quiere decir una marca que indican propiedad.

Las marcas a las que Pablo se refería eran las marcas de los azotes y apedreamientos que había recibido en el servicio misionero. Decía: “Le pertenezco a Jesús, y tengo las marcas para probarlo.”

¿Por qué Pablo pensó que era necesario decir eso? Había ido a la región de Galacia y predicado el evangelio con gran éxito. Muchos de los paganos se habían convertido de la

adoración a los ídolos para confiar en el Dios viviente. Él había predicado el evangelio sencillo de justificación por fe, es decir, la persona es salvada por la gracia de Dios por fe en Jesucristo y aparte de las obras de la ley.

Los falsos profetas llamados judaizantes llegaron pisándole los talones tan pronto él dejó la región. Se les llamó judaizantes porque intentaban hacer del judaísmo la puerta al cristianismo. Enseñaban que nadie podía ser salvado aparte de la ley mosaica. Guardar la ley mosaica, especialmente el rito de iniciación de la circuncisión era esencial para salvación según ellos. Si habrían triunfado, el cristianismo hubiera llegado a ser nada más que una secta del judaísmo.

A fin de tener éxito, no sólo tenían que refutar el mensaje de Pablo sino también desacreditar a su persona. Dijeron cosas terribles en cuanto a él: “¡No es un apóstol! No recibió su mensaje de Dios sino de hombres. Es un fraude, un impostor, y predica lo que los hombres quieren oír, y no la verdad de Dios. No se puede confiar ni en el hombre ni en su mensaje.” Todo esto preocupó profundamente a Pablo. Le preocuparía a cualquiera. Ellos estaban tomando a sus nuevos convertidos y llevándolos de regreso al legalismo, y lo hacían atacándolo personalmente. A nadie le gusta ser el objeto de la constante crítica acerba, especialmente si no es verdad. Fue en respuesta a estos crueles ataques y calumniosas acusaciones que Pablo escribió la carta a los Gálatas. Es básicamente una defensa de sí mismo y de su mensaje.

Llega al final de su defensa para decir: “De aquí en adelante nadie me cause molestias; porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús.”

En esencia él decía: “Ya he presentado mi argumentación, así que las voces que me han estado calumniando pueden callar. Ya no me preocupan. He sido marcado por Jesús. Soy su siervo. Tengo las marcas para probarlo.”

¿Qué quiere decir ser marcado por el Señor Jesús? ¿Qué quiere decir pertenecer a él? Quiere decir por lo menos tres cosas:

- Jesús es el Señor de su vida.
- La cruz es el enfoque de su vida..
- La aprobación de Jesús es el interés de su vida.

Allí Está la Diferencia

Primero, ser marcado por el Señor Jesús quiere decir que Jesús es el Señor de la vida de uno. Pablo habló de esta consagración, diciendo: "Llevo en mi cuerpo la marca de Jesús." ¿Cuál era esa marca? Era la marca "SJC," que quiere decir Señor Jesucristo. Jesús que era su nombre terrenal. Señor y Cristo eran su título, así como por Paul es mi nombre, y Decano del Seminario Truett es mi título.

Jesús era el nombre de un hombre que nació en Belén, que creció en Nazaret como hijo de un carpintero, y que murió en una cruz fuera de las murallas de Jerusalén. Ese hombre, dijo Pablo, era el Mesías, es decir, el Ungido de Dios, y es el Señor. La palabra griega que se traduce "Señor" es "kurios." quiere decir "suprema autoridad," "maestro," o "Dios."

Cuando Pablo dijo: "Jesús es Señor," estaba cometiendo alta traición contra el imperio romano. La religión oficial de Roma era la adoración al emperador. Creían que el César era el señor. Toda moneda del imperio romano tenía estas palabras grabadas. Así como nuestras monedas tienen la leyenda: "En Dios confiamos," las monedas de ellos, cada una, tenía grabadas las palabras: "César es señor."

Decir que Jesús era Señor era desafiar la teología imperial de que el César era Dios. Pablo estaba diciendo que Jesús, y no el César, era Dios. Jesús, y no el César, era la autoridad suprema, el amo de su vida.

Eso quiere decir que Jesús podía enviarlo a cualquier tarea, enviarlo a cualquier lugar, separarlo de su familia y seres queridos, e incluso quitarle la vida si quería. Pablo le

pertenecía a Jesús, y él tenía las marcas de la persecución para demostrar que Jesús era el Señor de su vida.

¿De quién es esclavo usted? ¿De quién lleva usted la marca? Hay sólo dos. La Biblia dice claramente: “Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8:34). El pecado es un amo, un patrón exigente y controlador. Pero Jesús también es un Maestro, y nosotros escogemos a cuál amo queremos. Jesús dijo: “Nadie puede servir a dos señores” (Mateo 6:24).

Si Jesús es su Señor, eso significa una diferencia en su vida. Gerald Kennedy, bien conocido ministro metodista del pasado, habla de uno de sus profesores de seminario, John Wright Buckham, que era una personificación de amor cristiano y compasión. Sin embargo, no era ni dado a la controversia, ni pintoresco en su presentación en su clase de teología, deficiencia por la cual Kennedy a menudo lo criticó. Kennedy dijo que sus críticas del Dr. Buckham fueron silenciadas por otro estudiante que un día le dijo: “Sea lo que sea que quieras decir de la teología de John Wrigth Buckham, simplemente recuerda que esa teología lo ha hecho un buen hombre. Espero que la tuya haga lo mismo por ti” (Gerald Kennedy, *While I Am On My Feet*, Nueva York: Abbingdon, 1963, 40).

Seguir a Cristo como Señor, tenerlo como suprema autoridad en nuestras vidas, debe hacernos mejores personas. Cuando no lo hace, la gente tendrá problemas para creer nuestro mensaje.

En los días de la colonia de los Estados Unidos algunos predicadores fueron de Boston para intentar convertir a los nativos Seneca al cristianismo. Los senecas escucharon cortésmente. Luego Sagoyewanta, su jefe, respondió: “Hermanos: se nos ha dicho que ustedes han estado predicando a los blancos en este lugar. Son nuestros vecinos. Los conocemos. Esperaremos un tiempo para ver qué efecto su predicación surte en ellos. Sí hallamos que los hace buenos, que los hace honrados, y menos dispuestos a

matar indígenas, consideraremos de nuevo lo que ustedes han dicho" (Joy Hacam, *Freedom: A History of Us*, Oxford Press, 2003, 53).

Tal vez el mundo está esperando ver si nuestro mensaje nos hace mejores, si nos hace más honrados, si nos hace más cariñosos y compasivos, antes de creerlo. Debería hacerlo, y lo hará, si tomamos en serio el señorío de Cristo.

Cómo Hacer que su Trabajo se Vea Bien

Segundo, ser marcado por el Señor quiere decir que la cruz será el enfoque de su vida. El judaísmo se había convertido en una religión de obras, es decir, la persona arreglaba cuentas con Dios si guardaba la ley mosaica. Los judaizantes estaban tratando de hacer que estos nuevos creyentes volvieran al legalismo del judaísmo.

Pablo advierte que si vuelven al legalismo, se alejan de Cristo. Hacen que la muerte de Cristo no tenga efecto en sus vidas. La circuncisión ni ayuda ni hace daño, así que no importa. Lo que importa es que lleguemos a ser nuevas criaturas (Gálatas 6:15), y sólo Cristo puede hacer eso.

Sin duda alguna, la más grande enseñanza de Jesús fue que la salvación viene no por lo que el hombre hace por Dios, sino por lo que Dios hace por el ser humano y por medio de su Hijo. Un grupo de personas vieron a Cristo y le preguntaron: "¿Qué debemos hacer para hacer las obras que Dios exige?" Jesús respondió: "La obra de Dios es esta: que crean al que Dios ha enviado" (Juan 6:28-29).

La salvación por fe, y no por obras, es revolucionaria porque toda otra religión del mundo enseña que el ser humano es salvado (si acaso hay salvación en esa religión en particular) por las buenas obras. Jesús repetidamente recalcó las buenas obras, pero nunca como medio de salvación.

Oswald Chambers dijo: "No puedo entrar en el reino en virtud de mi bondad. Sólo puedo entrar como absolutamente pobre y destituido." Nuestra justicia es como trapos de inmundicia a la vista de Dios (Isaías 64:6).

El Dr. Paul McBride, pastor de Friendship Baptist Church en The Colony, Texas, cuenta cómo creció en una casa con patio de tierra, pero siempre que venían visitas, su madre hacía que los hijos salgan y rastrillen el patio y hagan que se vea bien. Él se quejaba y decía: “Pero, mamá, ¡es tierra!” La respuesta de ella era siempre la misma: “Pues bien, entonces, ¡hagan que nuestra tierra se vea de lo mejor!”

Yo me crié en una casa como esa hasta que estuve en el segundo grado. No teníamos hierba en nuestro patio. Nadie tenía portadoras de césped. Manteníamos la hierba y hierbas malas en su sitio con un azadón. Ocasionalmente barríamos el patio con una escoba tipo cepillo, hecha de ramitas delgadas atadas en manojo para que se pareciera a una escoba. Yo, como Paul McBride, nunca entendí por qué tenía que barrer el patio.

La religión sin Cristo es como rastrillar el patio. Todo lo que hace es hacer que nuestra tierra se vea bien.

Por eso el apóstol dijo: “Dios no quiera que me gloríe en algo, excepto en la cruz de Cristo.” ¿Por qué gloriarse en la cruz? Es el camino a Dios. Es el camino a la felicidad. Es el camino al perdón. Es el camino al cielo. Es la cruz lo que hace la salvación posible, poderosa y personal. Si uno le preguntara a Pablo cuál es su himno favorito, él diría: “Busquen el número 100 del *Himnario Bautista*.”

*En el monte Calvario se vio una cruz,
emblema de afrenta y dolor,
Y yo quiero esa cruz do murió mi Jesús
por salvar al más vil pecador.*

*Aunque el mundo desprecie la cruz de Jesús,
para mí tiene suma atracción,
porque en ella llevó el Cordero de Dios,
mi pecado y mi condenación.*

*¡Oh! Yo siempre amaré esa cruz,
en sus triunfos mi gloria será;*

*y algún día en vez de una cruz,
mi corona Jesús me dará.*

(George Bennard, 1873-1960; *Himnario Bautista*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, Tr. S. D. Athans).

No Se Requiere Crecer Mucho para Criticar

Tercero, ser marcado por el Señor quiere decir que la aprobación de Dios es el interés de su vida. Pablo concluye su carta diciendo: "De aquí en adelante nadie me cause molestias . . ." Toda esta experiencia habría preocupado profundamente a Pablo. No sólo los judaizantes estaban alejando del evangelio a los nuevos creyentes, sino que estaban atacándolo personalmente a él sin misericordia. Nadie quiere ser objeto del constante ataque contra su carácter.

A menudo me he sentido como Pablo. Como pastor, pasaba mis días con gente que estaba muriéndose, o divorciándose, o deprimida, tan sólo para llegar luego a una reunión y hallar que alguien hace gran alharaca por algún asunto insignificante. A menudo he querido decir: "¡Deje de fastidiarme por trivialidades!"

Pero Pablo les hizo frente a sus críticos recordándoles quién era y a quién pertenecía. Él dijo: "Ya puede dejar de darme más molestias. Le pertenezco a Cristo. Tengo las marcas para probarlo."

Una de las grandes tragedias de la iglesia cristiana hoy es que tiene su cuota de críticos, y el que se dispone a servir al Señor hoy puede esperar su propia cuota de crítica tanto de dentro como de fuera de la iglesia. George Barna, que hace encuestas en cuanto a la obra cristiana escribió: "Cuando uno le pregunta a la gente de la calle qué le viene a la mente cuando alguien dice que es cristiano, dan dos respuestas: Asisten con frecuencia a alguna iglesia, y son muy buenos para juzgar a los demás."

Pienso que debe ser por eso por qué el renombrado ministro metodista Clovis Chapel, dijo: "He orado en todo

mi ministerio por santa insensibilidad." Uno la necesita cuando trabaja para el Señor.

Anteriormente Pablo les advirtió a los gálatas en cuanto a un espíritu de crítica cuando les escribió: "Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros" (Gálatas 5:15). Fue una advertencia a no morderse unos a otros. Eso de morderse unos a otros destruirá una iglesia. Destruirá un matrimonio. Destruirá un equipo. Le recuerdo que no se necesita crecer mucho para criticar.

Sam Rayburn, congresista de Texas, de Bonham, Texas, fue miembro de la Cámara de Diputados de los Estados Unidos por 48 años continuos de servicio; el récord más largo de servicio jamás establecido. Fue Portavoz de la Cámara por 21 de esos años. Su integridad personal era legendaria. No aceptó dinero de los cabilderos. Fue sólo a una gira del Congreso en 48 años, y pagó sus propios gastos para hacerlo. Rehusaba viajar a expensas del gobierno para sus giras de conferencias.

Sam Rayburn era a la vez político y también miembro de la Primitive Baptist Church de Tioga, así que sabía lo que estaba diciendo cuando dijo en una ocasión: "Cualquier borrico puede derribar a patadas un granero, pero exige un buen carpintero levantar uno." Permítame preguntarle: ¿quiere que se le conozca como un buen carpintero o como un buen . . .? Pues bien, usted puede llenar el espacio blanco.

Las críticas vendrán, pero cuando vengan, no se desquite. No se enrede en una reyerta, ni verbal ni de otro tipo. Fue el corredor de automóviles Carl Yarbrough que nos recordó: "Jamás luches con un cerdo. Ambos se ensuciarán, y el cerdo lo disfrutará."

Para ser fieles a Jesús debemos estar libres de las influencias perturbadoras de las voces humanas, de las cosas que nos fastidian y nos distraen. Somos siervos de Cristo, no de los hombres. Deje que los hombres piensen lo que se

les antoje. El único que nos juzgará es el Señor. Por sobre las presiones de la opinión pública está la voz y el ojo de Cristo. Debemos agradecerle a él y no preocuparnos demasiado por lo que otros piensen.

Pablo halló libertad al recordar que pertenecía a Cristo. Usted también puede hacerlo. Cristo es el Amo, y es su opinión la que cuenta. Recuerde que un día estaremos frente a él, y es sólo su “bien hecho” lo que realmente importará entonces.

¿La marca de quién lleva usted? Hay sólo dos amos. Si pudiera examinarlo hoy, ¿la marca de cuál vería en usted? ¿De quién es siervo usted?

Por algunos años prediqué en Paisano, un campamento de vaqueros en las montañas del oeste de Texas entre Alpine y Marfa. Tienen una manera inusitada de describir la conversión de un hombre. Cuando un hombre viene a Cristo, dice: “Me he colocado bajo el Maestro.”

Detrás de ese refrán está la imagen de un caballo salvaje: brioso, fuerte, obstinado. Entonces un día se lo acorralla, se le echa una soga alrededor del cuello, y se lo sujeta a un poste. Entonces se le echa una silla sobre el lomo y un jinete lo monta por primera vez. Cuando se lo suelta, el caballo da coces, brinca, se retuerce, salta, y se da vueltas, con toda onza de su fuerza tratando de librarse del jinete. Si el jinete puede quedarse en la silla, con el tiempo el caballo se rinde por puro agotamiento, y cede al jinete. Se ha puesto bajo su amo. Como dicen, ahora está domado para la silla.

Después de eso el caballo sigue tan fuerte y brioso como siempre, pero ahora se somete a las riendas de su nuevo amo. Eso es lo que quiere decir ser marcado por Jesús. Quiere decir que usted se pone bajo el Maestro. Ahora usted le rinde su vida a las riendas de él. Usted ha sido domado para la silla por Jesús.

5

¿Qué Pueden Hacer los Buenos?

Salmo 11:3

Sé que toda generación piensa que la suya es la peor, pero pienso que a lo mejor nosotros nos acercamos a serlo. No quiero ser como el personaje infantil el Pollo Pequeño, que, cuando le cayó en la cabeza una manzana, dijo: “¡Válgame! ¡Ay, válgame! ¡El cielo se está cayendo! ¡El cielo se está cayendo!” Sin embargo tampoco quiero ser como el otro personaje infantil, Poliana, que estaba ciegamente optimista en cuanto a la vida.

Lo que sí sé es esto: ninguna nación que ha ido a parar en el basurero de la historia ha sido derrotada desde afuera. Todas se han suicidado. El pueblo se debilitó y se volvió inmoral, y cuando no hay nada en que creer, no hay nada para defender. Nosotros estamos acercándonos peligrosamente a eso.

Toda la industria del entretenimiento se ha convertido en un vasto yermo de profanidad y pornografía. Si yo hubiera hablado de la manera en que hablan hoy en la televisión y las películas, mi madre me hubiera lavado la boca con jabón . . . y mi papá me hubiera molido a palos.

Hollywood produce 400 películas por año, y la industria de la pornografía produce 4000. Eso es 80 por semana, o de 10 a 15 por día (Fox News, 16 abril 2004). Se necesita un montón de pornografía para saciar este apetito enfermo.

Hay 3500 divorcios en los Estados Unidos cada día. Eso deja a más de un millón de niños en hogares destrozados cada año (*On Mission Magazine*, enero y febrero 2004).

Los estadounidenses ahora apuestan más dinero que lo que gastan en víveres (*Money Matters*, junio 2003). Una de cada tres mujeres sufre maltrato físico.

La homosexualidad ha salido del armario y ha pasado a la corte judicial, salido de la corte y entrado en la escuela, y salido de la escuela y entrado en la iglesia. Aquello de lo que solíamos sonrojarnos, ahora nos jactamos, y de aquello de lo que solíamos jactarnos, hoy nos avergonzamos. Uno de cada 138 residentes de los EE.UU. y uno de cada 75 hombres en los Estados Unidos está en la cárcel (*Tyler Telegram*, 29 mayo 2004).

El islam es la religión de más rápido crecimiento en los Estados Unidos. Una de cada cinco personas del mundo es musulmán. Son la mayoría en 56 países, y uno de cada cuatro musulmanes tiene menos de 15 años. Eso significa más candidatos para terroristas. El islam en sí mismo no es una región violenta. La palabra significa "sumisión" y representa sumisión a Alá. Pero los fundamentalistas fanáticos están usándolo como arma para trastornar el mundo entero. En tanto que el islam crece, nosotros cerramos tres veces más iglesias de las que empezamos cada año (*SBC Life*, junio y julio 2003).

Mírenos hoy. Nunca ha habido un tiempo en nuestra historia en que hayamos tenido tantas casas costosas, y sin embargo tantos hogares destrozados. Nunca ha habido un tiempo en que ha habido tantos hermosos palacios de justicia, y sin embargo tanta injusticia entre la gente. Nunca ha habido un tiempo cuando hayamos tenido tantos artefactos para ahorrarnos trabajo, y sin embargo tantos quebrantamientos nerviosos. Nunca ha habido un tiempo cuando hayamos tenido tantos libros sobre cómo criar hijos, y sin embargo tanta delincuencia juvenil.

Pienso que Anne Graham Lotz tenía razón: “Si Dios no juzga a los Estados Unidos, va a tener que pedirles disculpas a Sodoma y Gomorra.”

Es tiempo de que hagamos la pregunta que hizo el salmista: “Si fueren destruidos los fundamentos, ¿Qué ha de hacer el justo?” (Salmos 11:3). Todo lo que nos rodea son cimientos resquebrajados: en lo moral, en lo espiritual, en lo social y en lo denominacional. ¿Sabe usted de alguna denominación principal que no esté en conflicto? Y difícilmente hay una iglesia que no lo esté.

Habiendo levantado la pregunta David rápidamente añade: “Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en su cielo su trono; Sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres” (v. 4). David vio al Señor todavía en su trono, vigilando a los suyos.

Me gusta la respuesta de la maestra de escuela africana de quién cuenta Denton Lotz, director ejecutivo de la Alianza Bautista Mundial. La maestra vive en una nación destrozada por la guerra, perturbada por una revolución, y con muchas personas desplazadas. Entre la espesura halló una iglesia con un letrero que decía: “Bautistas desplazados” sobre la puerta. Era una iglesia para Bautistas que habían sido desplazados por la revolución. Más abajo en la carretera vio otro letrero que decía: “Escuela desplazada.” La escuela no tenía ni lápices, ni papel, ni pizarrón, ni tiza, ni libros. Le comentó a la maestra: “Usted debe sentirse muy desalentada.” La maestra sonrió y respondió: “No, Dr. Lotz. Tal vez estemos impotentes, pero no sin esperanza.”

En mi texto David levanta la pregunta que todos debemos hacer y da la respuesta en la que todos debemos anclarnos. Si el Señor sigue en su trono y vigila a los suyos, podemos estar impotentes, pero no sin esperanza. Podemos edificar nuestras vidas y esperanzas en él. Hay por lo menos cuatro cosas que el pueblo de Dios puede hacer frente a una sociedad en decadencia.

¿Cuáles son?

- Podemos arrepentirnos: arreglar nuestras vidas delante de Dios.
- Podemos orar: podemos orar pidiendo que Dios intervenga.
- Podemos testificar: podemos guiar a las personas al que puede salvarlas.
- Podemos hacer el bien: podemos iluminar la esquina en donde estamos.

Cómo Tocar los Puntos Sobresalientes

Primero, podemos arrepentirnos. Podemos arreglar nuestras vidas delante de Dios. A menos que empecemos aquí, no tendremos un comienzo y trabajaremos sin ningún fin.

En los días de Isaías Israel enfrentaba una amenaza a su seguridad nacional. Oraron pidiendo que se elimine la amenaza, pero el Señor no respondió a sus oraciones. Algunos sugirieron que se debía a que el Señor no podía eliminar la amenaza. Otros decían que no podía oír sus oraciones. Pero Isaías severamente los reprendió y les dijo que eran los propios pecados de ellos lo que impedía que sus oraciones fueran contestadas.

Luego pasó a explicar que los pecados de ellos eran como una pared divisoria entre ellos y Dios.

Esa verdad brota en Isaías 59:1-2: "He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír."

Mientras más cerca vivimos de Dios, más nos damos cuenta de nuestros pecados y la necesidad de confesarlos y de arrepentirnos de ellos. Daniel es uno de los pocos en la Biblia de quien no se menciona algún mal. Sin embargo Daniel oró: "Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos

hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas” (Daniel 9:5). El oro “nosotros,” y no “ellos.”

David era un hombre conforme al corazón de Dios, y sin embargo oro: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; Conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, Y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, Y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, Y he hecho lo malo delante de tus ojos (Salmos 51:1-4).

Isaías estaba en el templo cuando vio al Señor alto y sublime, y la gloria de Dios llenó el templo. Entonces exclamó: “Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5).

El apóstol Pablo se llamó “el primero de los pecadores.”

Necesitamos ese tipo de confesión honesta, esa clase de arrepentimiento. La Biblia dice: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1).

¿Cuál es el pecado que le asedia? ¿Cuál es el peso que le impide ser todo lo que Dios quiere que sea? Es seguro que usted sabe lo que es. Si su corazón está en sintonía con Dios, él se lo ha revelado. ¿Es el orgullo, el rey de todos los pecados? ¿Cólera? ¿Codicia? ¿Espíritu de crítica? ¿Mal genio? ¿Deseos lujuriosos? ¿Una boca soez? ¿Chisme? ¿Celos? ¿Mentir? ¿Adicción al licor, a las drogas, o la pornografía?

Pienso que usted sabe cuál es. Si usted está casado, su cónyuge ya se lo ha dicho. Entonces, confíeselo y abandónelo.

El finado Ernie Staulkner, por muchos años director técnico asistente de los Dallas Cowboys, recibió por error

una inyección casi letal de parte de un médico del equipo mientras jugaba para los Steelers de Pittsburgh.

Cuando un sacerdote se agachó sobre él en los vestidores antes del partido para oír su última confesión, Ernie reflexionaba sobre sus desenfundados años con Bobbie Lane, y dijo: “Padre, no me queda tiempo sino para tocar los puntos sobresalientes.”

Cuando se trata de arrepentimiento, no podemos detenemos sólo en los puntos sobresalientes. Tenemos que cubrir el asunto de cabo a rabo.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que usted cayó de rodillas lamentando su pecado? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que usted derramó una lágrima de arrepentimiento? Jonatán Edwards nos recordaba que no veremos avivamiento mientras “nuestros ojos húmedos y nuestro amén estén de nuevo en la iglesia.” Si los cimientos han sido destruidos, ¿qué pueden hacer los justos? Podemos arrepentirnos.

Oración Poderosa

Segundo, podemos orar. Podemos pedirle a Dios que intervenga. La primera vez que prediqué este sermón puse la oración como la primera cosa que tenemos que hacer. Luego recordé que la Biblia dice: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, El Señor no me habría escuchado” (Salmos 66:18). La palabra que se traduce “mirado” quiere decir atesorar. Si tengo en mi vida un pecado y estoy contento con que se quede allí, el Señor no me oirá. Así que si queremos que nuestras oraciones sean eficaces, el arrepentimiento debe venir primero. Debemos confesar nuestros pecados, y entonces alejarnos de ellos para que nuestras oraciones sean eficaces y surtan efecto. Así que el arrepentimiento viene primero.

La primera respuesta del pueblo de Dios a las dificultades siempre ha sido orar. Cuando los hijos de Israel, bajo el liderazgo de Moisés, llegaron a las orillas del Mar Rojo,

con el ejército del faraón persiguiéndolos, ¿qué hicieron? Oraron.

Cuando Jerusalén estuvo asediada y rodeada por el ejército asirio bajo Senaquerib, ¿qué hicieron? Oraron.

Cuando Daniel fue arrojado al foso de los leones, él oró. Cuando los tres muchachos hebreos fueron echados al horno ardiendo, oraron.

Cuando Pedro fue puesto en la cárcel después de que Herodes había matado a Jacobo por la espada, la iglesia se reunió en ferviente oración.

¿Por qué oraron? Sabían lo que la oración puede hacer. Sabían que la oración podía dividir las aguas del Mar Rojo. Sabían que la oración podía conquistar los ejércitos de Asiria. Sabían que la oración podía cerrar las bocas de los leones. Sabían que la oración podía apagar los juegos de la persecución, y sabían que la oración podía abrir las puertas de la cárcel y poner en libertad a los cautivos.

Cuando las 13 colonias de los Estados Unidos declararon su independencia de Inglaterra, Oliver Hart (1741-1795), pastor de la First Baptist Church de Charleston, SC, se unió a la causa revolucionaria. Se decía que los británicos temían más las oraciones de Oliver Hart que al ejército revolucionario. Hoy necesitamos un guerrero de oración como él.

Cuando los hijos de Israel se hallaron en el exilio en Babilonia, perdieron toda esperanza. Los cimientos de su vida parecían destruidos. El salmista dijo: "Colgamos nuestras arpas en un sauce." Cuando sus captores los atormentaban diciendo: "Cántennos una canción de Sion," ellos respondieron: "¿Cómo podemos cantar el canto del Señor en tierra extraña?"

Antes de que usted cuelgue su arpa en un sauce y llore, quiero recordarle que hay una salida a este caos de pecado. Primero es hacia abajo, y después hacia arriba. Es hacia abajo a nuestras rodillas en humildad y arrepentimiento, y luego hacia arriba a Dios en oración.

Si los cimientos se destruyen, ¿qué debe hacer el justo? Se lo digo. Podemos arrepentirnos y podemos orar.

El pecado de silencio

Tercero, podemos testificar. Podemos hablarles a otros del Jesús que puede cambiar vidas. El Dr. Charles Malik, estadista libanés, educador, diplomático y ex secretario general de las Naciones Unidas, dijo: “Para cambiar el mundo, tenemos que cambiar los corazones de los hombres. Y sólo Jesucristo puede cambiar los corazones de los hombres.” Así, en este mundo de cimientos que se derrumban, debemos renovar nuestros esfuerzos por llevar a hombres y a mujeres a la fe en Cristo. Él puede cambiarnos. Él puede salvar a nuestra sociedad enferma y enderezar nuestras vidas torcidas.

Hace años, cuando Nikita Krushchev visitó los Estados Unidos, celebró una conferencia de prensa en el Washington Press Club. La primera pregunta del público, transmitida por medio de un intérprete, fue: “Hoy usted habló del abyecto gobierno de su predecesor, Stalin. Usted fue uno de sus ayudantes más íntimos y colegas durante esos años. ¿Qué estaba haciendo *usted* durante todo ese tiempo?”

En la cumbre de su poder estaba exterminando 40.000 personas al mes. La cara de Krushchev se puso roja. “¿Quién preguntó eso?” rugió. Todas las quinientas caras se agacharon. “¿Quién preguntó eso?” insistió. No hubo respuesta. Sólo silencio. Entonces él respondió: “Eso es lo que yo estaba haciendo.”

Bien puede ser que nuestro mayor pecado sea el pecado del silencio; el no hablar del mensaje de salvación que puede salvarnos de un cimiento que se derrumba.

Martín Niemoller, pastor luterano alemán, fue encarcelado por su resistencia al nazismo en la Segunda Guerra Mundial. Había sido capitán de un submarino alemán en la Segunda Guerra Mundial antes de convertirse en pastor, y había sido partidario de Hitler antes de que éste llegara al

poder. Pero rompió con los nazis muy temprano y organizó la resistencia contra ellos. Con el tiempo lo detuvieron por traición y por orden directa de Hitler fue encarcelado en el campo de concentración de Dachau hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Casi al fin de la guerra, escapó por un pelo de la ejecución.

Una noche, en su celda, soñó que Hitler estaba ante el tribunal de Dios, aduciendo que nunca había oído el evangelio. Niemoller escribió: "Oí la voz de Dios preguntándome: '¿Estuviste toda una hora con él y no le hablaste de mi Hijo?'" Cuando se despertó, recordó que en efecto había pasado una hora con Hitler y no le había dicho nada de Jesucristo. Desde ese momento en adelante hizo todo esfuerzo por testificarle a los guardias y a sus compañeros de prisión, y fue fiel a la tarea hasta el fin.

Niemoller habló del pecado del silencio cuando dijo: "En Alemania, primero vinieron por los comunistas, y yo no dije nada porque yo no era comunista. Luego vinieron por los judíos, y yo no dije nada porque yo no era judío. Luego vinieron por los miembros de sindicatos y yo no dije nada porque yo no pertenecía a ningún sindicato. Luego vinieron por los católicos romanos, y yo no dije nada porque yo era protestante. Luego vinieron por mí, y para entonces, no quedaba nadie que dijera algo."

Lewis L'Amour, popular novelista del oeste, en su libro "The Last Breed" dice: "Hay buenos hombres en todas partes. Sólo quisiera que tuvieran voces más fuertes." Eso nunca ha sido más cierto que cuando se trata del testimonio cristiano.

¿Cuánto esperaremos para levantarnos y hablar por Cristo? Es una de las cosas que podemos hacer, y debemos hacer en un día de cimientos que se derrumban. Si los cimientos se derrumban, ¿qué deben hacer los justos? Vamos a orar, nos arrepentiremos, y testificaremos.

Cómo Hacer Creíble el Cristianismo

Finalmente, podemos hacer bien a todos. Podemos iluminar la esquina en donde estamos. Al dar testimonio de Cristo en la casa de Cornelio, Simón Pedro resumió la vida y ministerio de Jesús diciendo: “como Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos 10:38). Nosotros tal vez no podamos sanar a todos los oprimidos, pero sí podemos “andar haciendo bienes.”

¿Cuál fue el bien que Jesús hizo? Dio de comer a los que tenían hambre, ministró a los enfermos, fue amigo de pecadores y otros marginados. Atendió la necesidad humana dondequiera que la halló. Nos enseñó que dar un vaso de agua al sediento, dar de comer al que tiene hambre, vestir al desnudo, brindarle amistad al solitario, y ministrar al enfermo y al preso, eran maneras en que uno puede ministrarle a él.

Nuestro mundo necesita eso. ¿Qué significa esto para nosotros en la práctica? Significa, por lo menos en parte, ser un buen vecino, buen amigo, buen patrono, buen empleado. Quiere decir ser amable, sensible y ayudar a otros. Quiere decir atender la necesidad cuando quiera y dondequiera que uno la halle. Si uno hace eso será como Jesús.

Cuando Jesús anduvo haciendo bienes, nosotros no podemos quedarnos contentos simplemente andando. Nosotros también debemos alcanzar al pobre, al necesitado, al solo, al hambriento, al sediento, al preso, y al enfermo que nos rodea, y ministrarles en el nombre de Cristo. Cuando no vivimos como cristianos, hacemos el cristianismo no creíble. Lo que caracterizó a Jesús más que otra cosa fue que anduvo haciendo el bien.

Y debemos recordar que Dios sigue en su trono.

Jim Denison cuenta que cuando enseñaba en el seminario Southwestern hace años, les pidió a los seminaristas

que digeron las maneras en que habían crecido al atravesar adversidad. Uno describió las luchas financieras que había atravesado, y la manera en que aprendió a confiar en Dios. Otro contó sobre sus dificultades matrimoniales y como aprendieron a descansar en la gracia de Dios. Entonces un joven llamado Walter se puso de pie y contó de un año en que su esposa y cuatro hijos murieron, cada uno en una tragedia separada. La clase quedó boquiabierta por lo que dijo. Cuando Jim le preguntó cómo logró sobrevivir ese año, el joven dijo que tenía un pastor que le llamaba todos los días y le decía: “Walter: Dios todavía sigue en su trono.” Luego Walter se dio la vuelta, con lágrimas en sus ojos, y le dijo a la clase: “Dios todavía siguen su trono” (*The Word Today: today's news in spiritual perspective* por Dr. James C. Denison, Park Cities Baptist Church, Dallas, TX, www.Godissues.org, 24 marzo, 2000).

Él es, y esa es nuestra única esperanza. Pienso que la supervivencia de los Estados Unidos depende del despertar espiritual en la iglesia cristiana. Tiene que empezar en los lugares como éste, y personas como usted.

BLANK PAGE
64

Seis

Las Cuatro Dimensiones de la Vida

Génesis 5:25-27

Cuando John F. Kennedy, hijo, murió en un trágico accidente aéreo, su tío, Ted Kennedy, dijo en su panegírico: "Tuvo todo don excepto largura de años."

Eso es todo lo que algunos tienen. Viven y mueren, y es como si nunca hubiera existido. La persona más famosa de esas fue Matusalén, que vivió 969 años; el hombre más viejo que jamás ha vivido. La Biblia dice: "Vivió Matusalén ciento ochenta y siete años, y engendró a Lamec. Y vivió Matusalén, después que engendró a Lamec, setecientos ochenta y dos años, y engendró hijos e hijas. Fueron, pues, todos los días de Matusalén novecientos sesenta y nueve años; y murió"(Génesis 5:25-27).

Una parte interesante es que Matusalén tenía 187 años cuando nació su hijo Lamec. Lamec tenía 182 años cuando nació su hijo Noé, nieto de Matusalén. Noé tenía 600 años cuando vino el diluvio. Todos esos años suman 969 años. Evidentemente, o bien Matusalén murió en el año del diluvio o en el diluvio, o, hasta donde podamos saber, si no hubiera habido diluvio, a lo mejor todavía estaría vivo.

Pero todo lo que se dice de él es que vivió, tuvo hijos y murió. Su vida fue la más larga de cualquiera antes y después de él, pero eso es todo. Su virtud solitaria es que vivió largo tiempo. Si hizo algo que valiera la pena, no se lo registra. Fue apenas un eslabón entre generaciones. Vivió una vida unidimensional.

La historia de Matusalén no es simplemente un resumen de una vida antes del diluvio. Resume la vida de muchos hoy. Vienen, tienen hijos, y mueren.

Tiene que haber más en la vida que simplemente longevidad. Somos hechos a imagen de Dios. Tenemos una herencia más elevada. No podemos quedarnos satisfechos simplemente bombeando sangre. Hay otras dimensiones en la vida que hay que añadir.

Esto no es minimizar la importancia de una vida larga. Todos queremos vivir todos los años que podamos. Queremos tener muchos cumpleaños. Herschel Hobbs decía: "Los cumpleaños son buenos para uno. Los que tienen muchos por lo general viven largo tiempo." Debemos comer de modo sensible, hacer ejercicio en forma moderada, y tener chequeos regulares. Pero no sea necio en cuanto a su salud física. Además, como Red Foxx nos recuerda, los fanáticos de la salud se van a sentir necios un día yaciendo en una cama de un hospital muriéndose de nada. Pienso que por eso un amigo mío dice que rehúsa hacer ejercicio. Dice que quiere estar enfermo cuando se muera.

A la larga, por supuesto, la muerte gana. Como marco Aurelio dijo en la película *Gladiator*: "Al final, la muerte nos sonríe y todo lo que podemos hacer que es devolverle la sonrisa."

Mientras tanto, envejecemos y nos gastamos. Buckner Fanning le dijo a su amigo Browning Ware: "Pienso que Dios me está llamando a casa a plazos." Yo también. Cuando hago ejercicio en estos días, me duele en lugares que solía no saber que tenía. Para decirles la verdad, cuando me agacho para anudar el cordón de mis zapatos en estos días, miro por todos lados para ver si hay algo más que pueda hacer mientras estoy agachado.

La longitud de los años no puede ser todo lo que hay en la vida. Lo importante no es cuán largo vivimos, sino lo que hacemos con los días que se nos conceden. Necesitamos calidad tanto como cantidad. La medida de la vida no es su

duración sino su donación. Jesús vivió sólo 33 años, pero vivió una vida de significación eterna. Nuestra oración debe ser la del misionero mártir Jaime Elliot, que escribió en su diario: “No busco una vida larga, sino una vida llena como la tuya, Señor Jesús.”

¿Qué hace una vida llena? Hay cuatro dimensiones de la vida que todos necesitamos:

- Largura de días.
- Profundidad de dedicación.
- Amplitud de compasión
- Altura de esperanza

De la primera ya hemos hablado; pero exige todas las cuatro para tener una vida bien acabada.

Uno Anduvo y Otro Habló

También necesitamos profundidad de dedicación. Al parecer, Matusalén no tuvo esto. El padre de Matusalén fue Enoc. La Biblia dice de él: “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” (Génesis 5:24). Fue uno de los dos hombres que fueron al cielo sin tener que morir. El otro fue Elías que fue llevado al cielo en un torbellino (2 Reyes 2:11).

Alguien lo dijo de esta manera: “Enoc y Dios una vez andaban al fresco del día, y Dios le dijo a Enoc: ‘Estamos más cerca de mi casa que de la tuya. ¿Por qué no simplemente te vienes a casa conmigo?’” y así lo hizo. Como quiera que haya sucedido, Enoc fue al cielo sin tener que morir (Hebreos 11:5).

El nieto de Matusalén fue Noé, predicador de justicia. El padre de Matusalén anduvo con Dios y su nieto habló por Dios, pero evidentemente Matusalén no tuvo tal dedicación a Dios. Si la hubiera tenido, de seguro las Escrituras habrían dicho algo al respecto.

Vivimos en una edad de compromisos superficiales. No estamos comprometidos al matrimonio. No estamos comprometidos al trabajo. No estamos comprometidos a

la moralidad. No estamos comprometidos a la iglesia. No estamos comprometidos a Cristo. Esta es la "generación yo." Como alguien dijo: "Si Galileo hubiera sido un baby-boomer, podría haber demostrado que el universo giraba alrededor de sí mismo."

El poeta Sydney Lanier lo expresó de esta manera: "Vivimos en una edad de fe a medias y duda a medias; estando a las puertas del templo, con la cabeza adentro y el corazón afuera."

Debido a una falta de dedicación, vivimos vidas empobrecidas. Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará" (Marcos 8:34-35).

Subraye estas palabras: "por causa de mí y del evangelio," porque expresan la dedicación necesaria para tener una vida significativa. Esta no es una nueva lucha. Es una decisión personal para toda persona.

La película hecha para la televisión: "Master Spy: The Robert Hanssen Story," es el relato de la vida real de un espía doble que traicionó a los Estados Unidos dándole secretos a los rusos. La película empieza con la escena de bodas de Hanssen y su novia casándose en una iglesia católico romana. Después de la misa, él y su suegro están conversando, y él le dice: "Me gustaría convertirme al catolicismo romano, pero no estoy listo."

Su suegro le respondió: "A algunos les lleva toda una vida entera convertirse, y para otros, el camino a Damasco es un viaje en autobús" (CBS, 11 de noviembre del 2002).

El camino a Damasco en donde encontramos a Cristo y nos postramos ante su señorío nunca es un viaje en autobús. El yo se resiste a morir. Se me dice que en el Vaticano hay un cuadro de un alazano corriendo desenfrenadamente con sus ojos echando chispas y espuma saliendo de sus narices. Hay freno en la boca refrenándolo ferozmente.

La inscripción debajo de la pintura dice: “La Conversión de Pablo.” Eso es un cuadro de lo que es rendirle nuestra voluntad a la voluntad del Señor, pero es ese secreto de una vida plena.

Jesús: Te Amo; Jesús: Te Amo

Además, nuestras vidas necesitan la amplitud de la compasión. El apóstol Pablo ora por sus convertidos para que ellos puedan comprender “la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo” (Efesios 3:18). Nos sugiere que el amor de Cristo es tan amplio como la raza humana; tan largo como la eternidad, tan hondo como la miseria humana, y tan alto como los cielos.

Ese amor es el secreto de la gran vida de Cristo. En 1912 B. B. Warfield escribió sobre las emociones de Jesús. Sugirió que Jesús sintió todas las emociones que nosotros sentimos: cólera, cuando arrojó del templo a los cambistas; tristeza, cuando lloró ante la tumba de Lázaro; desesperanza, cuando suspiró en el huerto del Getsemaní; rechazo, cuando clamó desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Pero más que todo, la emoción más común que Jesús experimentó fue la de compasión. Y fue su compasión lo que caracterizó su vida terrenal tan singular. Fue su compasión lo que le hizo dar su vida por nosotros en la cruz del Calvario.

Y es esa clase de amor que le da a nuestras vidas significación también. No hay vida tan vacía como la vida egocéntrica. No hay vida tan centrada como una vida que se niega a sí mismo. La persona llena de sí mismo hace un paquete muy pequeño.

Todavía necesita un propósito. La más grande tragedia de la vida no es la muerte, sino una vida que no tiene razón. El anhelo más profundo del corazón humano es significación. Como Marco Aurelio le dijo al general Máximo en la película *Gladiator*: “Cuando el hombre llega al fin de

su vida, quiere saber que tuvo algún propósito." Nuestro propósito lo resumió Jesús cuando dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo com a ti mismo" (Mateo 22:37-39). Hallamos nuestra razón de ser al amar y servir a Dios y a nuestro prójimo.

A. W. Tozer nos recuerda: "Lo más amplio del universo no es el espacio sino la capacidad del corazón humano. Siendo hecho a imagen de Dios, es capaz de extenderse casi sin límite en todas direcciones. Una de las tragedias de la vida es que permitimos que se encoja hasta que no hay espacio casi para nada más excepto nosotros mismos."

Asistí hace poco a una reunión de una junta administrativa en que el presidente se lamentaba que uno de los miembros clave de su equipo de administración parecía no tener amor por otros. Luego se volvió a mí y me preguntó: "Pastor: usted se dedica a eso. ¿Cómo le enseña uno a la gente a amar?" Le respondí: "Sólo Jesús puede hacer eso."

Alguien dijo que las últimas palabras de una santa moribunda, que era representación clara del amor del que estoy hablando, fueron: "Jesús: te amo. Jesús: te amo." Mientras más amamos a Jesús, más compasión tenemos por los que nos rodean. Es una dimensión de la vida de la que no podemos prescindir.

Sé a dónde voy

Finalmente, necesitamos la altura de la esperanza. La esperanza es la expectativa de un mejor mañana. Debemos tener eso para tener una vida plena. El apóstol Pablo pone la esperanza en perspectiva al escribir: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres" (1 Corintios 15:19).

John Ortberg, uno de los pastores de Willow Creek Community Church, cuenta que cuando era muchacho su

abuela era increíble al jugar Monopolio. Cuando ella venía a visitarlos, solían jugar ese juego con frecuencia. Ella se sabía todas las mañas del juego, y siempre lo dejaba en la ruina. Al terminar cada juego, él no tenía nada, y la abuela lo tenía todo. Luego ella sonreía y le decía: “John: Algún día vas a aprender a jugar el juego.”

John dijo que un verano se mudó a la casa de al lado un nuevo muchacho que era un jugador fabuloso de Monopolio. John practicó con él todos los días, y en realidad mejoró. Estaba entusiasmado porque sabía que su abuela vendría de visita en septiembre.

Cuando llegó, John le dio un fuerte abrazo y un beso, y le dijo: “Abuela, ¿qué tal una partida de Monopolio?” Los ojos de ella se iluminaron y le dijo: “Por supuesto, John.” John estaba listo esta ocasión. Para el fin del juego, él le había ganado todo. Él tenía todo. Al final del juego, su abuela sonrió y le dijo: “John: ahora que sabes cómo jugar el juego, déjame enseñarte una lección en cuanto a la vida: todo vuelve a la caja.”

“¿Qué quieres decir?” le preguntó John. “¡Este es el día más grande de mi vida! ¡Voy a hacer enchapar en bronce el juego!” Ella dijo: “No; todo lo que compraste, todo lo que acumulaste; al final del juego, todo vuelve a la caja.”

¿No es así también con la vida? Cuando el juego se acaba, lo único que uno conserva es el alma. Si uno pierde eso, lo pierde todo.

Un amigo me dijo que en el 2000 se le ofreció a Billy Graham una cena en su honor en Charlotte, Carolina del Norte. Cuando él se levantó para hablar, tocó las solapas de su traje y dijo: “¿Les gusta mi nuevo traje? Me lo compré para que me sepulsen con él.”

Luego Graham habló de Alberto Einstein quien viajaba en un tren. Cuando el conductor vino para pedirle su boleto, Einstein palpó sus bolsillos, arriba y abajo, y no pudo hallar su boleto. El conductor le dijo: “Está bien Sr. Einstein. Yo lo conozco. Volveré luego para recoger su boleto.”

Cuando el conductor vino más tarde, Einstein estaba de rodillas y agachado buscando su boleto debajo del asiento y por el piso, sin poder hallarlo. Una vez más, el conductor le dijo: “Está bien, Sr. Einstein. Yo sé quién es usted.” Einstein respondió: “Yo también sé quién soy, pero no sé a dónde voy.”

Entonces Billy Graham dijo: “Cuando me vean en mi traje en mi funeral, pueden tener la certeza de que sé a dónde voy.” ¿Sabe usted a dónde se dirige? ¿Tiene la esperanza del cielo y la vida eterna?

George W. Truett, cuyo nombre se le dio a nuestro Seminario, fue pastor de la First Baptist Church de Dallas por 47 años. Además de construir el templo más grande y más hermoso de su día, fue la fuerza impulsora para la fundación del Baylor Healthcare System, Baylor Medical School, Baylor Dental School, y la Annuity Board de la Convención Bautista del Sur. También fue una influencia principal en la fundación del Seminario Teológico Bautista del Suroeste, fue presidente de la Convención Bautista del Sur, y presidente de la Alianza Bautista Mundial. Fue uno de los predicadores más populares, poderosos e influyentes de los Estados Unidos.

El último año de su vida Truett estuvo muy enfermo debido al cáncer. Trató de renunciar a su iglesia, pero los diáconos no querían aceptar su renuncia. Más bien, le dieron una licencia de ausencia de seis meses. Él volvió al púlpito sólo una vez más durante ese tiempo. Después de su mensaje ese domingo final, el coro empezó a cantar suavemente:

*Él me guía, oh pensamiento bendito;
Oh, palabras llenas de consuelo celestial.
Dondequiera que vaya, dondequiera que esté,
Con todo es la mano de Dios la que me guía.*

Y cuando mi tarea en la tierra se termine,

*Cuando por su gracia la victoria se gane
Incluso de la ola fría de la muerte no huiré
Puesto que Dios me guía a atravesar el Jordán.*

*Él me guía, Él me guía.
Su seguidor fiel seré,
Porque su mano me guía.*

(Original en inglés, Joseph H. Gilmore, 1834-1918; *The Baptist Hymnal*, Nashville: Convention Press, 1956, 58).

Esa es una dirección totalmente nueva de la vida, la dimensión espiritual, que no se debe pasar por alto. Necesitamos la largura de años. Necesitamos la profundidad de la dedicación. Necesitamos la amplitud de la compasión. Necesitamos la altura de la esperanza; y necesitamos la certeza del liderazgo del Señor.

BLANK PAGE

74

Siete

El Camino a la Grandeza

Marcos 9:33-41

Si todas las personas de la tierra tienen una pareja de antepasados en común: Adán y Eva, y, por consiguiente, un punto común de origen, se debería esperar que todos hablen un idioma común. ¿Cómo, entonces, sucede que hay, en verdad, una multiplicidad de lenguas en uso en todo el mundo?

La Biblia considera este asunto en el relato de la torre de Babel. ¿De qué se trata? Es la historia de los seres humanos después del diluvio diciendo: “Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre” (Génesis 11:4).

Pensaban que si construían la torre más alta, un rascacielos, adquirirían fama instantánea. Más bien, la Biblia nos dice que fueron castigados doblemente. Sufrieron una confusión de lenguas y todo lo que podían hacer era parlotear sin poder entenderse, y fueron esparcidos por toda la faz de la tierra.

¿Cuál fue su pecado? Arrogancia y ambición. ¿Su error? Confundieron enormidad por grandeza, tamaño por significación. Este pecado en particular no desapareció con los constructores de la torre; sigue vivo y coleando entre nosotros hoy.

Vivimos en un tiempo de adicción y enamoramiento con la enormidad: carros grandes, casas grandes, grandes salarios, grandes iglesias, grandes negocios, y palos gruesos. Pero al contrario Jesús hizo énfasis en la importancia de las cosas pequeñas: la ofrenda de la viuda, fe del tamaño

de una semilla de mostaza, y en dar un vaso de agua fría a un niño.

La Biblia habla de la importancia de las cosas pequeñas cuando Jesús y sus discípulos llegaron a Capernaum. Los discípulos habían estado discutiendo en el camino entre sí en cuanto a quién era el más grande. Jesús les preguntó qué es lo que estaban discutiendo y ellos no quisieron contestarle. Se avergonzaban de revelar motivos tan indignos. Pero él lo sabía; siempre lo sabe.

Oí de un gerente de servicio de comida en una escuela cristiana pequeña en la región central del país que puso un letrero encima de las galletas: "Tome sólo una galleta, Dios está vigilando." Más adelante en la fila, en la sección de frutas, un escolar había impreso su propio letrero: "Tome toda las manzanas que quiera; Dios está vigilando las galletas." Nosotros sabemos, por supuesto, que Dios está vigilando lo uno y lo otro.

La Biblia dice: "Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos" (1 Crónicas 28:9). Y también: "¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea?" (Jeremías 23:24). La respuesta, por supuesto, es no.

Así que, conociendo los pensamientos de ellos en cuanto a la grandeza, Jesús les dijo a sus discípulos: "Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos" (Marcos 9:35).

Luego tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos, y dijo: "El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió" (v. 37). En ese punto Juan dijo: "Señor: vimos a un hombre echando fuera demonios en tu nombre, pero no es parte de nuestro grupo, así que se lo prohibimos." Jesús dijo: "No se lo prohíban, porque nadie puede hacer milagros en mi nombre y hablar mal de mí. Él no está contra nosotros, sino que está por nosotros."

Luego añadió: “Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa” (Marcos 9:33-40).

Sabiendo los pensamientos y ambiciones de ellos en cuanto a la grandeza, este deseo de reconocimiento y recompensa, Jesús le recordó que la medida de la grandeza es el servicio y que el acto más sencillo recibirá recompensa. En esto, le recordó a ellos, y nos recuerda a nosotros, que el camino a la grandeza es:

- Hacer las acciones más sencillas
- Por las personas más pequeñas
- En el nombre del Salvador

Todo Servicio Está en el Mismo Nivel ante Dios

Primero, la grandeza consiste en hacer las acciones más sencillas. Jesús habla de hacer amistad con los niños pequeños y darles un vaso de agua fría en su nombre. ¿Podría algo ser más sencillo? Si simplemente queremos ser grandes a su vista, debemos dejar de pensar en términos de predicar sermones elocuentes, cantar solos impresionantes, enseñar lecciones memorables, o escribir éxitos de librería. Necesitamos dejar de pensar en enormidad y empezar a pensar en pequeño.

La iglesia, por supuesto, debe tener sus grandes oradores, sus luminarias brillantes y deslumbrantes, y sus maestros notorios, pero también debe tener los que sirven en la oscuridad, detrás de vestidores en amor. Debe tener personas que hagan cosas pequeñas.

John Brodie, tal vez el primero de muchos grandes mariscales de campo de los San Francisco 49ers, tenía como tarea sostener la pelota para que el pateador del equipo pateara la pelota para el punto adicional. Una vez le preguntó un aficionado: “¿Cómo resulta que un gran mariscal de campo como tú tiene que sostener la pelota para el pateador?” Brodie replicó: “Porque si no lo hago, la pelota se cae” (Elton Brooks—*Fort Worth Star Telegram*).

Alguien en la vida tiene que hacer las cosas pequeñas. El pateador pateo y logra el punto adicional, y a menudo es el héroe del juego, pero alguien tiene que sostener la pelota. Ambos son importantes. Es lo mismo en el servicio cristiano. Como Elizabeth Barrett Browning nos recuerda: "Todo servicio está al mismo nivel ante Dios." El que barre el piso, reparte boletines, o cuida la sala de cuna, es tan importante en el servicio a Dios como el que está detrás del púlpito.

Henry Ward Beecher lo expresó de esta manera: "Alguien tiene que limpiar el mundo, y no eres llamado a Dios si te avergüenzas de trapear." Tal vez la más grande marca de grandeza es que la persona está dispuesta a hacer cosas pequeñas.

Pablo, dándole instrucciones a Timoteo en cuanto a un grupo de mujeres que algunos piensan que eran diaconisas, dijo: "Sea puesta en la lista sólo la viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido, que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hospitalidad; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra" (1 Timoteo 5:9-10). Note que las cinco cosas que menciona aquí son cosas pequeñas, ordinarias, que constituyen buenas obras. Él usa cinco veces la palabra condicional "si." La iglesia no necesita personas "condicionales" en lugares de liderazgo.

George W. Truett es el predicador más grande que jamás ha salido de Texas, tal vez los Estados Unidos. Por 47 años fue pastor de la First Baptist Church de Dallas y la edificó hasta ser la gran iglesia que ha sido a través de los años. Además de los logros que ya hemos mencionado anteriormente, salvó a la Universidad de Baylor de la ruina financiera levantando fondos por \$92,000 para saldar deudas. También sirvió como presidente de la Convención Bautista del Sur y la Alianza Bautista Mundial.

A petición del presidente Woodrow Wilson, Truett fue a Europa durante la Segunda Guerra Mundial para ministrar a nuestras tropas por seis meses. A menudo trabajaba dieciocho horas al día, predicando hasta seis veces cada día, hasta a 15,000 de nuestras tropas. Entre predicación y predicación, hablaba con veintenas de jóvenes. Luego, al final del día, cuando todos se habían retirado a descansar, él le escribía una nota personal a las familias de todo joven de Texas que había encontrado.

Piense en el estímulo que fue eso va a esas familias. Truett Cathy, fundador de Chick-fil-A, a quien le pusieron el nombre por George W. Truett, recibió el estímulo de su esposa para ser un estimulador. Le preguntó a ella: “¿Cómo sé que una persona necesita estímulo?” Ella dijo: “Si está respirando.”

Esa acción de Truett, sentado en su carpa y escribiendo notas a la luz de una vela, a las familias de los soldados de Texas, fue tanto una marca de su grandeza como cuando estaba bajo los reflectores predicando alguno de sus maravillosos sermones.

Se dijo de un actor que desempeñó papeles menores por 25 años: “Era indispensable en las partes pequeñas.” Tal vez eso se diga de nosotros. Es una marca de grandeza hacer las cosas más sencillas.

¿Cómo Trata Usted a Personas que no Necesita?

Segundo, la grandeza consiste en hacer las cosas más sencillas por las personas más pequeñas. Jesús habló de tratar a un niño con bondad y respeto y, en un pasaje comparable, en cuanto a darle un vaso de agua fría a un niño (Mateo 10:42).

La mayoría de eruditos concuerdan que esta referencia a niños pequeños no debería estar limitada a los tiernos en años. Estaba más bien hablando acerca de los que son menores en importancia, impotentes, dependientes, indefensos, personas que fácilmente se pasa por alto.

El Señor le enseñó a Pedro en su encuentro con Cornelio, un gentil, que él no hace acepción de personas. La frase “acepción de personas” literalmente quiere decir “aceptador de la cara.” Él no nos acepta o rechaza según nuestra raza, o riqueza, o educación, o cargo, o alguna cosa externa, y tampoco debemos hacerlo nosotros.

Jesús se identifica tanto con los necesitados que considera que lo que se hace por ellos se lo hace a él mismo (Mateo 25:31-46).

El bien conocido poema de Edwin Markham: “How the Great Guest Came” (“Cómo Vino el Gran Invitado”) martilla bien este punto. Conrad, un bondadoso zapatero alemán, vivía solo. Un día recibió la revelación de que Cristo visitaría su casa. Con estas noticias, su alegría no podía contenerse.

Se dedicó fervientemente a hacer los preparativos para el santo visitante. Pero no estuvo tan atareado como para no brindar ayuda a tres extraños necesitados que vinieron intermitentemente a su puerta durante el día: un mendigo que tenía frío, una mujer con hambre, y un niño indigente.

El día siguió su curso, y el invitado todavía esperado no apareció. Al caer el día, Conrad se arrodilló a orar perplejo: “Señor, ¿qué sucedió?” Del silencio surgió una voz:

*Conrad: no desmayes, porque
tres veces vine a tu puerta amistosa.
Tres veces mi sombra cayó sobre tu piso.
Yo fui el mendigo de pies lacerados;
Yo fui la mujer a la que diste de comer.
Yo fui el niño de la calle e indigente.*

(Edwin Markham).

Lee Corso, locutor de los partidos de fútbol estadounidense universitario para ESPN, anunciaba el juego entre TCU y la Universidad del Sur de Mississipi el 20 de noviembre del 2003. TCU no había sufrido ni una sola derrota, y estaba en el catálogo nacional, pero la Universidad del Sur

de Mississippi estaba dándole gran paliza. Comentando sobre esto Lee dijo que el carácter se mide por dos cosas. La primera es cómo lidiamos con la adversidad: cuando caemos, ¿volvemos a levantarnos? La segunda cosa es la forma en que tratamos a las personas que no necesitamos.

Cuando Jesús habla de niños pequeños, está hablando de la clase de personas que no necesitamos; tratar a personas con bondad y respeto es una marca de grandeza.

Ya hablé anteriormente de la grandeza de George W. Truett. Él no estaba sólo para ayudar a los pobres que le rodeaban. Un director de una funeraria llamó una vez a la First Baptist Church de Dallas, esperando hablar con uno de los ayudantes de Truett en cuanto a un funeral para una familia indigente que vivía en una vivienda dilapidada. Pero Truett contestó el teléfono, y al oír la petición, preguntó: “¿Puedo hacerlo yo?” En efecto fue a esa vivienda humilde, y ministró a esa familia pobre de la misma manera en que siempre ministraba: con amor, interés y sinceridad.

Truett se levanta en agudo contraste con muchos pastores de mega-iglesias, a quien la gente no puede llegar hoy, muchos de los cuales incluso tienen teléfonos con números no publicados.

Joann Jones dijo que durante su segundo año en la facultad de enfermería, su profesora le tomó a la clase un examen relámpago. “Avancé rápidamente por todas las preguntas hasta que leí la última: ‘¿Cómo se llama la mujer que limpia este edificio?’ De seguro debe ser una broma. He visto varias veces a la mujer que limpia, pero, ¿cómo voy a saber su nombre?”

“Entregué el examen, dejando en blanco la última pregunta. Antes de que la clase terminara, un estudiante preguntó si la última pregunta se contaría para la calificación.

“Con toda certeza,” dijo del profesor. “En sus carreras van a conocer a muchas personas. Todas son significativas. Merecen su atención e interés, aun si todo lo que hacen es sonreírles y decirles hola.”

“Nunca he olvidado esa lección. También descubrí que se llama Dorothy” (*Guideposts*).

Meseras, cajeras en el supermercado, sirvientas, cajeros en el banco, jardineros, esas son las personas pequeñas. Necesitamos tratarlas con bondad y respeto. Y necesitamos aprender sus nombres. De paso, el nombre de la señora que limpia en el seminario Truett es María.

Te Gané

Tercero, la grandeza consiste en hacer las acciones más sencillas por las personas más pequeñas en el nombre del Salvador. Cuatro veces en este pasaje Jesús usa la frase: “en mi nombre” (vv. 37, 38, 41). A veces cantamos:

Jesús, Jesús, Jesús, hay algo en cuanto a ese nombre.

Maestro, Salvador, Jesús, como la fragancia después de la lluvia.

Jesús, Jesús, Jesús, que todo el cielo y la tierra proclamen.

*Reyes y reinos todos pasarán,
pero hay algo en cuanto a ese nombre.”*

(Original en inglés, Gloria y William Gaither, © 1970, William J. Gaither, Inc.)

Y lo hay. Somos salvados por su nombre. “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo” (Romanos 10:13).

Somos bautizados en su nombre. “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Debemos orar en su nombre. “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Juan 14:13).

Y debemos servir en su nombre. No rendimos servicio en el nombre de la humanidad, sino en el nombre de nuestro Salvador. Jesús es el Mesías en quien confiamos; el Mediador a quien alabamos, y el Maestro para quien trabajamos.

Mientras Jesús estaba hablando de estas cosas, Juan le interrumpe hablándole de un hombre que había estado echando fuera demonios en el nombre de Jesús, pero que no era parte de su grupo. Juan y los demás discípulos le dijeron al hombre que dejara de hacerlo. Jesús les reprochó, diciendo que una persona que trabajaba en su nombre no podía hablar mal de él.

Los discípulos querían callarlo porque no era uno de ellos. Nosotros a menudo hacemos lo mismo. Nos volvemos estrechos, exclusivistas. Pero Jesús quería recibirlo. Esa es la manera de nuestro Señor, siempre ampliando el círculo, siempre tratando de incluir a otros en la comunión.

El poeta Edwin Markham sufrió una vez una traición y fue defraudado por un hombre en quien confiaba. Furioso y amargado llegó al punto en que ya no podía escribir poesía. Un día, sentado a su escritorio, rezongando y dibujando círculos porque no podía concentrarse como para escribir, el Señor lo convenció de que debía perdonar al hombre. En respuesta, él oro: "Señor, lo haré, y libremente lo perdono." Con la amargura desaparecida, la alegría volvió a su vida. Entonces escribió tal vez su más famoso poema: "Outwitted" ("Te Gané"):

*Tú trazaste un círculo para dejarme fuera,,
Hereje, rebelde, una cosa para no hacerle caso:
Pero el amor y yo tuvimos la voluntad de ganar;
¡Trazamos un círculo que lo incluyó!*

(Original en inglés, Edwin Markham).

Esa es la manera del creyente; y lo es debido a Jesús.

Jesús entonces les recordó a sus discípulos que los que hacen las acciones más sencillas por las personas peque-

ñas en el nombre del Salvador, de ninguna manera, bajo ninguna circunstancia, perderán su recompensa. En otro lugar la Biblia dice: “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre” (Hebreos 6:10). Uno sirve con la absoluta confianza de que el Señor recompensará las buenas obras. Él nunca se olvida.

En la película *Gladiator* el general romano Máximo les habla a sus tropas que se preparan para lanzar el ataque contra las hordas germánicas. Les dice: “Lo que hacemos en la vida resuena en la eternidad.”

Lo mismo con nosotros. Cualquier cosa que hagamos en el nombre de Cristo cuenta. Nuestras acciones más sencillas de servicio son como una piedrita echada en un lago. Las olas siguen moviéndose hasta que llegan a la orilla más distante. Lo que hacemos por Cristo en efecto resuena en la eternidad. Él recuerda. Él recompensa.

Ocho

La Iglesia Como Debería Ser

Hechos 13:1-3

El único movimiento que Jesús dejó en la tierra para representarle fue la iglesia. Es, por consiguiente, a mi modo de ver, el movimiento más importante de la tierra. Él quiso que sea un faro para guiar a hombres y mujeres a la salvación en Cristo. Él quiso que sea un puesto de avanzada para extender al reino de Dios a nuevas fronteras. Él quiso que sea una voz que clama en el desierto y llame a los seres humanos al arrepentimiento y la fe.

Pero a menudo la iglesia es cualquier cosa excepto eso. En lugar de ser un faro, se ha convertido en una bodega de ortodoxia muerta. En lugar de ser un puesto de avanzada, se ha convertido en un poste para atarnos al status. En lugar de ser una voz de Dios, se ha convertido en un eco de la cultura que nos rodea.

Necesitamos pensar de la iglesia como ella, y nosotros, deberíamos ser. Antioquía es para nosotros un modelo respecto a esto. Se nos habla de la iglesia de Antioquía en Hechos 13:1-3. Este capítulo es un capítulo decisivo en el libro de Hechos y en la historia del cristianismo. Hasta aquí Pedro ha sido el dirigente dominante de la iglesia. Desde este punto en adelante lo será el apóstol Pablo. Hasta este punto el evangelio ha sido llevado casi exclusivamente a los judíos. Desde este punto en adelante será llevado a los gentiles. Hasta este capítulo Jerusalén era el centro del cristianismo. De aquí en adelante el centro pasa a Antioquía.

Alguien ha dicho que el libro de los Hechos es “un cuento de dos ciudades.” Primero Jerusalén, después Antioquía.

Jesús predijo en cuanto a su iglesia cuando dijo: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia.” Luego, después de su muerte y resurrección, les dijo a sus discípulos: “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). En el día de Pentecostés esta promesa se cumplió, el Espíritu Santo vino, y la iglesia quedó constituida.

Sus seguidores no se lanzaron de inmediato a las misiones mundiales. Parecían contentos, por un período, solazándose en su fe recién hallada y en su comunión unos con otros. Entonces vino la persecución, y con la muerte de Esteban, los discípulos fueron esparcidos. Algunos fueron hasta Chipre, Fenicia y Antioquía de Siria. Oímos mucho en cuanto a Siria hoy por cuanto es fronteriza con Irak y alberga terroristas. Es la misma Siria de la que se habla en la Biblia. La ciudad de Antioquía todavía está allí; sólo que hoy se llama Antiakier. En la era del Nuevo Testamento era una metrópolis próspera de un medio millón de habitantes. Hoy tiene como 30,000.

Los discípulos que fueron allá predicaron al Señor Jesús, y muchos se convirtieron al Señor. Tan poderosa fue su obra allí que la Biblia dice que “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía” (Hechos 11:26).

La iglesia de Jerusalén oyó de la obra de Antioquía y envió a Bernabé para que investigara. Él halló una iglesia próspera y se quedó allí un año, enseñando y animando a los hermanos. Necesitaba ayuda para su trabajo, así que buscó al apóstol Pablo para que viniéra de Tarso para ayudarlo. Para ese tiempo, Pablo había sido creyente por 13 ó 14 años y estaba bien cimentado en la fe.

Antioquía era una iglesia sobresaliente. Era la iglesia como debería serlo. Tenía profetas y maestros en su comunión. Los profetas eran predicadores inspirados, que

recibían su mensaje directamente de Dios. En los días antes de que el Nuevo Testamento fuera escrito, estos predicadores andaban en una comunión tan íntima con Dios, que él les daba su mensaje inspirado. Los maestros eran los pastores de las iglesias locales que se quedaban en sus comunidades y enseñaban a la gente la palabra de Dios. Aquí se mencionan a cinco de estos dirigentes de Antioquía: Bernabé, judío de Chipre; Simeón, al que llamaban Níger, que es un nombre romano, así que debe haberse movido en círculos romanos; Lucio, que era de Cirene de África del Norte; Manaén, que en su niñez había sido compañero de Herodes; y Pablo, que era un rabino judío educado en Tarso. Estos cinco son símbolos de la apelación universal del evangelio.

Mientras ellos estaban ministrado al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo les habló, diciéndoles que aparten a Pablo y a Bernabé para la obra que él les había llamado a hacer. En obediencia ellos les impusieron las manos y los enviaron en una gran empresa misionera. Hasta ahora, el evangelio había sido esparcido por refugiados. Ahora iba a ser esparcido por misioneros llamados y enviados por las iglesias.

Hay tres cosas que caracterizaban a la iglesia de Antioquía y que necesitamos hoy.

- Necesitamos ser iglesias que adoran.
- Necesitamos ser iglesias que escuchan.
- Necesitamos ser iglesias que envían.

Cómo Poner el Reflector sobre Dios

Primero, necesitamos en una iglesia que adora. La Biblia dice que los dirigentes ministraban al Señor y ayunaban. La palabra griega que se traduce “ministraban” se refiere al desempeño del servicio público. Se empleaba al principio para el servicio civil en la ley ateniense. Llegó a describir el servicio oficial de sacerdotes y levitas. Se usa sólo tres veces en el Nuevo Testamento (aquí, Romanos 15:27 y He-

breos 10:11). Quiere decir que eran servidores públicos que dirigían el culto público, enseñando y predicando. Públicamente enseñaban y predicaban. Privadamente ayunaban. Quiere decir que dirigían los cultos de adoración.

La adoración es el propósito central de la iglesia. Hace varios años, el prominente pastor de una iglesia histórica grande de repente renunció en medio de controversia. Sorprendió y estremeció a esa vieja iglesia tanto que uno de los dirigentes de ella dijo que los cultos ese día no fueron “como de costumbre sino para buscar el rostro de Dios.” Un joven de 18 años leyendo la declaración en el periódico les comentó a sus padres: “Pensé que buscar el rostro de Dios *era* lo de costumbre en la iglesia.”

El joven tenía razón. Buscar el rostro de Dios es la tarea primaria de la iglesia. Jesús dijo esto claramente cuando dijo: “La casa de mi Padre será llamada casa de oración” (Marcos 11:17). En el día de Jesús el atrio exterior del templo, el lugar en donde los gentiles podían adorar, se había convertido en mercado. Se habían levantado quioscos para vender los animales que se usaban para los sacrificios. Al principio era para la conveniencia de los que venían a adorar. No tenían que traer un sacrificio de casa, y tenían la certeza de que el animal pasaría la inspección debido a que había sido aprobado previamente. También se colocaron mesas en el atrio para cambiar las monedas extranjeras por las monedas necesarias para pagar el tributo del templo.

Sin embargo, los mercaderes estaban explotando a los adoradores cobrándoles precios exorbitantes por sus servicios, y había tanto regateo por los precios que una persona difícilmente podía pensar, mucho menos orar. Así que Jesús volcó las mesas de los cambistas, y sacó del templo a los que vendían animales, diciendo: “La casa de mi Padre será llamada casa de oración.” El significado de la raíz de la palabra “oración” quiere decir “avanzar, seguir adelante, ir de viaje.” Jesús estaba diciendo que la casa de Dios es

un lugar en donde la gente va para encontrarse con él, en donde acuden a su presencia. Tiene que ser así.

No todas las iglesias parecen entender eso. Leí hace poco que una iglesia tiene un ministro de jazz. No hay nada de malo en el jazz, pero, ¿qué tiene eso que ver con la adoración? El periódico local publicó un anuncio de una iglesia invitando a la gente a oír a un imitador de John Wayne. El anuncio decía: "Le hará querer enarbolar una bandera y saludar a los hombres y mujeres que han mantenido libre a nuestro país." No quiero desilusionarlo, pero Jesús no marcha bajo la bandera que tiene rojo, blanco y azul, ni tampoco lleva sombrero de copa, ni se viste de frac con pantalones de franjas rojas y blancas. Toda la semana enfocamos en lo que el hombre hace y puede hacer, lo que el hombre dice y piensa. Por lo menos una vez a la semana necesitamos poner el reflector sobre Dios y enfocar lo que él hace y está haciendo, lo que él piensa y está diciendo. Necesitamos eso para ser íntegros.

¿Está Usted escuchando?

Segundo, necesitamos ser una iglesia que escucha. En la atmósfera de adoración el Espíritu Santo les dijo: "Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" (Hechos 13:2). En toda la Biblia, Dios les habló a individuos. Le habló a Abraham (Génesis 12:1), a Moisés (Éxodo 3:1-12) y a Jeremías (Jeremías 1:1-10).

Pero aquí Dios le habla a una iglesia. Más adelante les hablaría a siete iglesias de Asia Menor, en el libro de Apocalipsis, pero aquí, hasta donde yo sepa, es la primera vez que le habla una iglesia. ¿Qué le dijo? Reveló su voluntad y propósito para el mundo.

Para poder oír a Dios hablar, primero debemos estar en silencio. Nuestra generación parece tenerle miedo al silencio. Ni siquiera podemos ir de compras a los almacenes, o que se nos haga esperar cuando usamos el teléfono, sin el estruendo siempre presente de música en nuestros

oídos. Dejamos el televisor encendido, aunque no estemos escuchándolo o viéndolo. Nos detenemos ante un semáforo y un joven se detiene en el carril aledaño, con el volumen de su radio tan estruendoso que no sólo hace estremecer el auto de él sino también el de uno.

Incluso nuestras iglesias parecen tener dificultades para estar quietas. Leí otro anuncio de una iglesia en el periódico hace poco. Anunciaba la "Iglesia Vida de Gloria." Decía: "Una iglesia del tipo llena del espíritu, que grita, que se ríe, que llora, que salta, que danza, y que se revuelca." ¡Una iglesia de 'esa' clase! ¿Me pregunto cuánto se dedicarán a escuchar?

Será mejor que estemos quietos porque Dios no grita. Elías oyó la voz de Dios, no en los vientos poderosos, ni en el estruendoso terremoto, ni en el incendio que rugía y consumía. Dios le habló a Elías en "un silbo apacible y delicado" (1 Reyes 19:12). Dios le habló a Samuel, no con un grito, sino en un susurro. Le habló tan suavemente que Samuel difícilmente pudo entender lo que estaba diciéndole. Tres veces pensó que era la voz del anciano sacerdote, Elí, que estaba en la habitación contigua. Finalmente el anciano le dijo al joven Samuel que la próxima vez que oiga la voz diga: "Habla, Señor, que tu siervo oye." Samuel hizo eso, y Dios lo nombró profeta.

La Biblia dice: "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" (Salmo 46:10). Los eruditos en hebreo nos dicen que ésta es una traducción cortés de una declaración más bien rigurosa que se podría traducir mejor: "Cállate y escúchame."

¿Habla Dios? No tengo la menor duda de ello. Me habló a mí. Usted pregunta: "¿Oyó una voz audible?" No, no; él habló mucho más fuerte que eso. Su voz todavía resuena en mis oídos después de 50 años. La voz más importante que podemos escuchar es la voz de Dios; no las encuestas Gallup, ni al grupo de investigación Barna, sino a Dios mismo. La Biblia dice: "Si oyeren hoy su voz, no endurezcan sus corazones."

No Desperdicie el Tiempo de Dios

Tercero, necesitamos ser una iglesia que envía. ¿Qué le dijo el Espíritu Santo a la iglesia de Antioquía? “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra que los he llamado.” La palabra “apartar” quiere decir “cercar, encerrar dentro de límites.” Dios tenía una obra especial para que estos hombres hagan, y así debían ser apartados para eso. La iglesia escuchó y obedeció. Les impusieron las manos, símbolo de su bendición y de su reconocimiento del llamado de Dios en sus vidas. Hasta aquí el evangelio había sido esparcido principalmente por el testimonio de refugiados. Ahora estaban apartando a hombres y enviándolos con el propósito específico de proclamar las buenas noticias en donde nunca habían sido oídas.

Estoy seguro que la iglesia de Antioquía se habría quedado contenta solazándose en su fe recién hallada y disfrutando de la enseñanza de sus dirigentes maravillosos. Eso siempre es una tentación: volverse hacia dentro, pensar sólo en nosotros mismos, sentirnos cómodos donde estamos. Como Pedro en el monte de la transfiguración, queremos hacer un campamento allí y disfrutar de la gloria del Señor.

Mire de nuevo, y esta vez más de cerca a los dirigentes de la iglesia de Antioquía: allí estaba Bernabé, que había sido un dirigente respetado en la iglesia de Jerusalén. Estaba Simón. Su sobrenombre era “Níger,” que quiere decir “negro” o “de tez oscura.” Algunos han sugerido que fue el mismo Simón Cireneo que llevó la cruz de Jesús al Calvario. Si es así, ¿puede imaginarse a los hermanos de Antioquía diciéndole a Simón: “Dinos una vez más cómo fue llevar la cruz de Cristo cuesta arriba por esa colina. Dinos cómo era Jesús en esas últimas horas. Dinos cómo llegaste a la fe”?

También estaba Manaén, que en su niñez fue compañero del rey Herodes. Hay tres Herodes en el Nuevo Testamento: Herodes el grande, Herodes Antipas, su hijo, y Herodes Agripa, su nieto. Fue una familia cruel y des-

piadada. Herodes el grande mató a los niños cuando nació Jesús. Herodes Antipas le cortó la cabeza a Juan el Bautista. Herodes Agripa mató a Jacobo con la espada. Manaén había crecido como pariente o amigo de la niñez de Herodes Antipas. Puedo imaginarme a estos primeros creyentes diciendo: “Manaén: cuéntenos cómo fue crecer entre la aristocracia. Dínos como era el palacio del rey. Dínos cómo llegaste a la fe desde ese medio ambiente.”

También estaba el apóstol Pablo, rabino educado, que conocía las Escrituras de alfa a omega. Puedo imaginármelos diciéndole a Pablo: “Háblanos de nuevo de las profecías del Antiguo Testamento en cuanto al Mesías y cómo se cumplieron. Cuéntenos de nuevo tu maravillosa experiencia en el camino a Damasco.”

Pero el Señor no les permitió que se quedaran sentados, embelesados y en conserva hasta la segunda venida. Tampoco nos lo permitirá a nosotros. Él nos saca de nuestras zonas de comodidad a un mundo en necesidad.

La iglesia de Antioquía obedeció y enviaron a sus mejores miembros a esta gran empresa misionera. Este fue un pequeño comienzo de algo que a la larga cambiaría el curso de la historia humana.

¿Cuál es el fin de todo esto? ¿Cuál fue su propósito? Ganar almas para Cristo. Eso es a lo que nuestras iglesias deben dedicarse ahora. Debemos salir de nosotros mismos para ver y buscar a los perdidos del mundo. El libro *The Color of Water (El Color del Agua)* es un tributo de un negro a su madre blanca. Su madre fue una joven judía llamada Ruth Zylska, que emigró con su familia de Polonia a los Estados Unidos a principios del siglo pasado. Su padre fue un rabino judío, así que se mudaron numerosas veces antes de establecerse en Suffolk, Virginia. Su padre abusó de ella sexual y físicamente, así que tan pronto ella se graduó de la secundaria, se fue de casa, se mudó a la ciudad de Nueva York, y se casó con un hombre negro. Con él, tuvo ocho hijos.

Después de que su primer esposo murió, ella se casó con otro hombre negro y juntos tuvieron cuatro hijos. El libro recibió su título cuando el octavo hijo, James, le preguntó a su madre de qué color era Dios. Él era negro, su madre era blanca, y eso lo confundía. Ella le dijo que Dios es espíritu y que no tenía ningún color. Pero el muchacho continuó preguntando, y finalmente su madre respondió: "Dios es color del agua." Eso pareció satisfacerlo.

El primer esposo de Ruth, Dennis, fue llamado al ministerio, y juntos empezaron la New Brown Baptist Church, en el sector Red Hook de Brooklyn, Nueva York. Dennis murió y la iglesia llamó a un nuevo pastor. Una de las primeras acciones fue quitar el retrato de Dennis de detrás del púlpito y colocarlo en otro lugar en el templo. Los nuevos pastores cambian cosas, como saben. Y debemos permitirles que sean ellos mismos. Pero esto lastimó a Ruth. Luego, cuando volvió a la iglesia para visitarla por primera vez después de que el nuevo pastor había llegado, él no le dio el reconocimiento apropiado. Esto lastimó incluso más sus sentimientos, y ella prometió no volver nunca más. Pero volvió, y en el 40º aniversario de la iglesia la invitaron a hablar en el programa, así que ella volvió. De regreso a casa, James le preguntó a su madre: "Así, que, ¿pienso que ya no estás enfadada con el nuevo ministro?"

"Deja tranquilo al hombre," le dijo ella. "Él está haciendo un buen trabajo. Ellos tienen suerte en tener un buen ministro, dadas las cosas que suceden en las iglesias hoy." Luego le dijo a James: "Deberías ser ministro. ¿Alguna vez lo has pensado? Pero necesitas previsión y visión. ¿Tienes visión?"

James respondió: "Pienso que no la tengo."

Entonces Ruth le dijo: "Pues bien, si no la tienes, no desperdicies el tiempo de Dios" (James McBride, *The Color of Water*, New York: Riverhead Books, 1996, 258).

Hay muchas iglesias y gente hoy desperdiciando el tiempo de Dios. Se han vuelto hacia adentro y se sirven

sólo a sí mismos. Su única preocupación es su propia comodidad y necesidad.

En junio de 1984 Terry Wallis, de 39 años, y de Mountain View, Arkansas, sufrió un accidente automovilístico que lo dejó en coma por 19 años. No fue sino hasta el 19 de junio del 2003 que salió de coma. Cuando cayó en coma, Ronald Reagan era el presidente, Bill Clinton era el gobernador de Arkansas, la Unión Soviética era nuestro enemigo, y el World Trade Center todavía seguía de pie. Cuando recuperó el sentido empezó a darse cuenta de que había vuelto a entrar en un mundo que era muy diferente. El mundo había cambiado, y él no sabía nada al respecto (*Waco Tribune-Herald*, 10 de julio, 2003, 10A).

Su experiencia me hace recordar al bonachón personaje imaginario de Washington Irving, Rip Van Winkle, que se fue a dormir, y durmió por 20 años. Cuando se fue a dormir, George III era el rey de Inglaterra. Cuando se despertó, George Washington era el presidente de los Estados Unidos. Había dormido durante toda una revolución.

No debemos permitir que eso nos pase a nosotros. Cuando Dios pone a una iglesia en un lugar, no es para dar un espectáculo. Es para que haya una diferencia. No es para hacer un nombre sino para ministrar en el nombre de Cristo y ganar a la comunidad y al mundo para Jesucristo. Los vientos de una revolución moral y social están soplando, y a menos que llegemos a ser la iglesia que debemos ser al adorar, escuchar e ir, seremos arrastrados junto con el resto de la sociedad.

Nueve

Hágalo para Dios, No para el Hombre

1 Crónicas 29:1-21

Los predicadores tienen la reputación de que siempre están pidiendo dinero. Un hombre le dijo a su pastor: "Pastor, cuando usted muera, me gustaría predicar en su funeral. Ya he seleccionado el texto bíblico. Es Lucas 16:22, que dice: 'Aconteció que murió el mendigo.'"

No todos los esfuerzos por levantar fondos son mal recibidos, sin embargo, Edgar J. Goodspeed, bien conocido traductor bíblico, cuenta de un encuentro que su padre tuvo con John D. Rockefeller. Le pidió a Rockefeller un donativo para ayudar a pagar la deuda de un seminario y luego pidió disculpas, diciendo que nunca le pediría nada más. Rockefeller respondió: "Dr. Goodspeed: yo no me siento de esa manera para nada. Si un hombre me muestra cómo puedo hacer algún bien con mi dinero, pienso que me está haciendo un favor" (Edgar J. Goodspeed, *As I Remember*, Nueva York: Harper and Bros., 1953, 34).

En este capítulo quiero mostrarle cómo puede hacer algún bien con su dinero. Puede ayudar a construir una casa para Dios.

Hasta donde puedo recordar, hay sólo dos grandes campañas financieras que se mencionan en la Biblia. Una en el Antiguo Testamento, y la otra en el Nuevo Testamento. En el Nuevo Testamento el apóstol Pablo estaba promoviendo una ofrenda para los santos pobres de Jerusalén. En ese contexto dice: "En cuanto a la ofrenda para los santos, haced

vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas" (1 Corintios 16:1-2). Luego, en su Segunda Carta a los Corintios, capítulos 8 y 9, les recuerda su promesa y les insta a perseverar en su dedicación.

La más grande campaña financiera mencionada en la Biblia es la construcción del templo del rey Salomón. David fue un hombre conforme al corazón de Dios. Anhelaba que Dios tenga la gloria y reconocimiento que era debido. Un día, hablando con su predicador, Natán, señaló que él vivía en una casa de cedro fino en tanto que la casa de Dios era una carpa. Para David, eso no era correcto. Entendía, como nosotros debemos entender, que una iglesia es un monumento físico a la presencia espiritual de Dios, y que Dios merece lo mejor.

Natán le animó a que haga lo que sentía en su corazón; pero al avanzar él, Dios le dijo a David que no podía construir el templo porque era hombre de guerra. Esa tarea le pertenecería a su hijo, Salomón. David, sin embargo, tendría el privilegio de encabezar la campaña financiera para levantar los fondos para construir el edificio. En 1 Crónicas 29:1 la Biblia nos dice cómo empezó: "Después dijo el rey David a toda la asamblea: Solamente a Salomón mi hijo ha elegido Dios; él es joven y tierno de edad, y la obra grande; porque la casa no es para hombre, sino para Jehová Dios."

David empezó diciéndole al pueblo lo que iba a hacer. Él iba a dar y prometió dar el equivalente de unos 60 millones de dólares en la moneda de hoy. No le pediría a otros que hicieran lo que él no haría. Luego presentó a la congregación el reto diciendo: "¿Y quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?" (v. 5b). Uno por uno, el pueblo respondió voluntariamente con sus ofrendas. Primero, los jefes de familia, luego los príncipes, luego los comandantes de cientos y de miles, y luego los supervisores, y finalmente

todo el pueblo. Cuando las ofrendas y promesas quedaron terminadas la Biblia dice: “Y se alegró el pueblo por haber contribuido voluntariamente; porque de todo corazón ofrecieron a Jehová voluntariamente” (v. 9).

Cuando la ofrenda quedó completa, David convirtió la experiencia en un culto de alabanza y acción de gracias al Señor. Personalmente “bendijo” al Señor y le presentó al pueblo el reto de hacer lo mismo. El significado de la raíz de la palabra “bendecir” es “doblar la rodilla, postrarse, adorar.” David puso el enfoque en Dios, que les dio a ellos todo lo que tenían, y no en sí mismo o en el pueblo.

El corazón de su oración fue: “Ahora pues, Dios nuestro, nosotros alabamos y loamos tu glorioso nombre. Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Crónicas 29:13-14).

En este capítulo tenemos los ingredientes de una campaña financiera exitosa. Son tres:

- Se necesita un motivo digno.
- Se necesita un a mente dispuesta.
- Se necesita un espíritu de adoración.

Usted Puede Escoger los Himnos

Primero, para tener una campaña financiera exitosa, es preciso tener un motivo digno. David empezó diciendo claramente: “El templo no es para el hombre, sino para el Señor Dios” (v. 1). Quería que el pueblo entienda: “Esto no es para mí. No es para Salomón. Ni siquiera es para ustedes. Es para el Señor.”

Mucho de lo que hacemos hoy es para el hombre y no para Dios. Hace poco la ciudad de Arlington decidió por votación un aumento de 225 millones de dólares en impuestos para construir un estadio de 75,000 asientos con un techo corredizo para los Dallas Cowboys (Arlington

Stadium, *Tyler Morning Telegraph*, 3 noviembre 2004). Eso fue para el hombre y no para Dios.

Cuando concluyó la campaña presidencial entre George W. Bush y John Kerry, los dos partidos habían gastado más de \$600 millones sólo en publicidad. Cuando se toma en cuenta los demás gastos de la campaña, más de un mil millones de dólares se gastó para elegir a un presidente de los Estados Unidos (*Political Campaign, Tyler Morning Telegraph*, 8 noviembre 2004). Eso fue para el hombre y no para Dios.

La Universidad de Texas es una de las más grandes de los Estados Unidos, superándola solamente Ohio State University. Su presupuesto anual es de \$1,348,000,000 (University of Texas at Austin, Office of Executive Vice President and Provost). Eso es para el hombre, y no para Dios. El presupuesto del Departamento de Carreteras de Texas para el 2004 fue de \$5,833,000,000 (Texas Highway Department, Accounting Management Section, The Financial Division, Official Records). Eso es para el hombre, y no para Dios. Will Rogers entendió esto. Una vez dijo: "El gobierno impone impuestos al pueblo para construir carreteras y los Bautistas las gastan yendo a reuniones."

Todas estas cosas son buenas en cierto sentido; pero todas son para el hombre y no para Dios. Incluso lo que hacemos en nuestras iglesias a menudo es para nosotros mismos. Damos por lo que podemos sacar de provecho. Un domingo un pastor le dijo a su congregación que la iglesia necesitaba algún dinero adicional y pidió a los asistentes que considere en oración depositar un poco más de lo ordinario en el plato de ofrenda. Dijo que al que diera la ofrenda más alta se le permitiría escoger tres himnos.

Después de que se pasaron los platos de las ofrendas, el pastor echó una ojeada y notó que alguien había colocado cinco billetes de 100 dólares en la ofrenda. Se entusiasmó tanto que de inmediato expresó su alegría a la congregación

y dijo que le gustaría personalmente agradecer a la persona que colocó ese dinero en el plato.

Una anciana consagrada, muy callada, en las últimas bancas, tímidamente levantó la mano. El pastor le pidió que pasara al frente. Lentamente ella recorrió el pasillo pasando al frente. Él le dijo lo maravilloso que era que ella había dado tanto y, en agradecimiento, le pidió que escoja tres himnos.

Los ojos de ella se iluminaron. Al mirar a la congregación, señaló a los tres hombres más guapos del público, y dijo: "Escojo a ese lindo, y a ese lindo, y a ese lindo."

No hay mucho que podamos hacer por el Señor, pero sí podemos hacer esto: podemos construir una casa para él. Ese es un proyecto digno, y un motivo digno.

John Ruskin nos recuerda: "Una vez en la vida nos viene el privilegio de ayudar a edificar una iglesia que durará por generaciones en la comunidad en la que se la construye."

Cuando construimos, pensemos que edificamos para siempre. Que no sea sólo para el uso presente. Que sea una obra tal que en el tiempo por venir estas piedras se considerarán sagradas porque nuestras manos las han tocado, y que los hombres dirán, al mirarlas: "¡Ven! ¡Esto hicieron nuestros padres por nosotros!"

Un Corazón para Dar

Segundo: se necesita una mente dispuesta. La Biblia dice que cuando el proyecto quedó completo, "se alegró el pueblo por haber contribuido voluntariamente" (v. 9). Este pasaje habla seis veces de su buena voluntad para dar. Cuatro veces la Biblia habla de su gozo para dar. Quiere decir que dieron voluntariamente, libremente, alegremente, y nadie se sintió obligado a dar.

Ésa es siempre la manera correcta para dar. El apóstol Pablo anima la mayordomía a la iglesia de Corinto y dice: "Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene" (2 Corin-

tios 8:12). No es la cantidad de la ofrenda, sino el espíritu del dador lo que hace aceptable una ofrenda.

Luego, dice: "Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre" (2 Corintios 9:7). Dios ama también a los que dan por obligación, pero tiene afinidad especial para los que dan alegremente.

No toda ofrenda brota de una voluntad dispuesta. Algunos se sienten obligados a dar. Oí de un predicador que hizo pasar los platos de la ofrenda, y no recibió el dinero que esperaba. Así que le dijo a la congregación: "Voy a hacer pasar los platos de nuevo, y si no veo billetes de a \$20, voy a decir a quién vi con la esposa de otro el sábado por la noche." Hizo pasar los platos, y luego recibió tres billetes de \$20 y uno de a \$10 con una nota pegada que decía: "No lo diga. Daré el resto la próxima semana." Eso no es exactamente dar de voluntad dispuesta.

Mi amigo Paul Chance elogió a otro amigo mío, Tommy Young, cuando dijo: "Dios le dio a Tommy la capacidad de ganar dinero y el corazón para darlo." Tal vez Dios nos dé a usted y a mí el mismo corazón.

El Dr. Ernest Campbell, anteriormente pastor de la Riverside Church de Nueva York, dijo en un sermón a su congregación: "Muchos que están en esta iglesia hoy pertenecen a la categoría de ingresos medios. Llegaron allí no descendiendo de una categoría de ingresos altos, sino subiendo de una inferior. Al subir, una de las cosas más duras es aprender cómo soltar.

"Crecí en los años de la depresión. Recuerdo que mi madre nos daba esos sobrecitos cada domingo: cinco centavos por un lado y un centavo por el otro. Eso es todo lo que podíamos dar en ese tiempo. Cuando uno crece así de pobre, uno llega a penetrarse de lo que se ha llamado 'la ética de la privación.' Uno siente que debe aferrarse a lo poco que tiene.

“Es una lástima que algunos no hemos madurado. Todavía estamos ‘recibiendo’ y pensando que eso es todo lo que hay en la vida cristiana.

“Ser joven es estudiar en escuelas que uno no construyó. Ser maduro es construir escuelas en las cuales uno no va a estudiar.

“Ser joven es nadar en piscinas que uno no cavó. Ser maduro es cavar piscinas en las cuales uno no va a nadar.

“Ser joven es sentarse bajo árboles que uno no plantó. Ser maduro es plantar árboles bajo los cuales uno no se va a sentar. Ser joven es danzar con música que uno no compuso. Ser maduro es componer música a la cual uno no va a danzar.

“Ser joven es beneficiarse de una iglesia que uno no formó. Ser maduro es hacer una iglesia de la cual uno no se va a beneficiar.”

Cuentan que un monje, en uno de sus viajes, una vez halló una piedra preciosa y la recogió. Un día conoció un viajero, y cuando el monje abrió su talega para compartir con él sus provisiones, el viajero vio la joya y le pidió al monje que se la dé. El monje se la entregó de buen grado y alegremente. El viajero se alejó muy contento con el regalo inesperado de la piedra preciosa que valía lo suficiente para darle riqueza y seguridad por el resto de su vida. Sin embargo, unos pocos días más tarde, volvió buscando al monje, lo halló, y le devolvió la piedra, diciendo: “Ahora déme algo mucho más valioso que esta piedra, por valiosa que sea. Déme lo que le permitió dármela” (Alister McGrath, *The Unknown God: Searching for Spiritual Fulfillment*, Grand Rapids, MN: William D. Eerdmans, 1999, 47). Una voluntad dispuesta, eso es lo que necesitamos.

No se Olvide

Tercero, necesitamos un espíritu de adoración (1 Crónicas 29:10-19). Cuando la ofrenda quedó completa, David “bendijo” al Señor por todo el pueblo reconociendo que él

es el Señor de toda la creación y que las riquezas y el honor vienen de él. Fue el Señor que proveyó la abundancia de la cual ellos habían dado. Libremente reconoció que todas las cosas vienen del Señor, y que era su mano la que se las había dado.

David entonces se volvió a la congregación y los animó a que también “bendigan al Señor.” David pudo haber felicitado al pueblo por su generosidad. Pudo haberse dado él mismo una palmadita a la espalda por encabezar una campaña tan exitosa. Pudo haberse jactado: “Miren lo que hemos hecho.” Pero en lugar de eso puso los reflectores sobre Dios, postrándose en humildad, agradecimiento y alabanza ante él.

La mayoría de nosotros nos irrogamos demasiado crédito por lo que hemos hecho o por lo que damos. Es una tendencia de la naturaleza humana. ¿Recuerdan la canción infantil?

*El pequeño Jack Horner
Se sentó en un rincón
Comiendo un pastel de navidad;
Hundió en él su pulgar,
Y sacó una
ciruela,
y dijo:
“¡Qué buen muchacho que soy!”*

No hay evidencia de que Jack Horner haya sembrado en ciruelo, o lo haya podado regularmente. No hay evidencia de que él haya recogido las ciruelas cuando estuvieron maduras. No hay evidencia de que haya cocinado o incluso servido el pastel. Todo lo que hizo fue comérselo, y se irrogó el crédito. Metió su pulgar, sacó una ciruela, y dijo: “¡Qué buen muchacho que soy!”

Así es como somos a menudo. Recibimos las bendiciones y beneficios de Dios, y nos irrogamos el crédito. La Biblia nos advierte en cuanto a olvidarnos de Dios y

la fuente de sus bendiciones. Dice: “Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste, y luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Deuteronomio 6:10-12).

En otra parte la Biblia dice: “Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Deuteronomio 8:11-14).

Cuando el Señor dice algo una vez, necesitamos escuchar. Cuando lo dice dos veces, será mejor que prestemos atención. Dos veces, entonces, nos advierte que no nos olvidemos del Señor nuestro Dios y todo lo que él ha hecho por nosotros.

Decidí en mi vida que no me olvidaría del Señor. Crecí en una familia pobre. No éramos indigentes, pero siempre comprábamos lo más barato de todo. En tanto que los demás escolares llevaban pantalones Levi, yo llevaba marcas desconocidas y camisas hechas en casa. En tanto que ellos tenían zapatos US Keds, los zapatos de tenis más costosos de esos días, yo usaba marcas baratas de Sears o Penney. Como todo adolescente típico, me avergonzaba y sentía envidia. Cuando cumplí los 14 años mi padre me dijo que debía conseguirme un trabajo. Le pregunté: “¿En dónde voy a hallar trabajo?” Me dijo: “Ese es tu problema; simplemente consíguete un empleo.” Conseguí un trabajo como ujier en un cine ganando 35 centavos la hora. Fue en ese entonces

que fui salvado y empecé a participar activamente en la iglesia. Nuestra iglesia estaba en una campaña de construcción, y quería que todos prometan. El primer dinero que prometí y ofrendé fue a un programa de construcción de la iglesia. No fue mucho, pero fue un sacrificio. He estado dando desde entonces.

Cuando me gradué de la secundaria mi papá me dijo un día: "Te voy a conseguir un trabajo en la refinería Gulf." Ese era el mejor trabajo que él jamás había tenido: salarios según el sindicato, programa de jubilación, seguros. Quería lo mejor para mí. Pero yo respondí. "No, papá. Yo voy a la universidad." Me dijo: "No necesitas ir a la universidad. Ya tienes toda la educación que necesitas." Respondí: "Pero papá, tú no entiendes. Dios me ha llamado a predicar." Él no entendía porque no era creyente. La Biblia dice: "El hombre natural no entiende las cosas del espíritu." No hay manera en que una persona que no sea creyente pueda entender cómo Dios puede hablar al corazón humano.

Así que, furioso, dijo: "Está bien; eso corre de tu cuenta; no me pidas ayuda." Para entonces, yo era como él, y respondí: "Está bien, no te pediré nada." Así que nunca le pedí, y él nunca dio.

Vivíamos a lado de un lote en donde un contratista albañil guardaba sus ladrillos. El capataz de ese proyecto me ofreció un trabajo, y gané lo suficiente para asistir a la Universidad Baylor el primer semestre. Volví a casa el verano y gané lo suficiente como para asistir a Baylor el siguiente año. El siguiente verano trabajé de nuevo, y Cathy y yo nos casamos. Entonces empecé a trabajar para el departamento de mantenimiento de la Universidad, trapeando pisos y limpiando inodoros por 75 centavos la hora, y ella trabajaba en la biblioteca por 50 centavos la hora. Durante todo ese tiempo, aunque teníamos escaso dinero, dábamos el diezmo. Antes de que se acabara el próximo año, me llamaron como pastor de la Bell-Falls Baptist Church y me pagaban 30 dólares por domingo, y teníamos todo lo que

necesitábamos y algo más. Desde esa primera promesa para un edificio hasta ahora, hemos tratado de ser fieles mayordomo del Señor.

Cuando pienso de dónde venimos y lo que hemos atravesado, y a lo que hemos llegado, estoy decidido a no olvidar al Señor Dios que me sacó de la tierra de Egipto y de la tierra de esclavitud.

Los resultados de este maravilloso esfuerzo para levantar fondos de parte del rey David fue un despertamiento espiritual. El pueblo se postró ante Dios, le adoró, y le ofreció sacrificios. Ese es siempre resultado de tener un motivo digno, una voluntad dispuesta y un espíritu de adoración.

El reto para nosotros es el reto que David le presentó al pueblo ese día: “¿Y quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?” Si nos entregamos nosotros mismos a él, entonces nuestras finanzas seguirán, y el nombre del Señor recibirá el honor, y será glorificado conforme le construimos una casa.

BLANK PAGE
106

Diez

Texas nuestro Texas: La Piedra de Donde Fuimos Cortados

Isaías 51:1-3

Repetidas veces la Biblia nos amonesta como pueblo de Dios a no olvidarnos de nuestra herencia divina y a las personas que Dios usó para traernos a donde estamos hoy. Un lugar en que hace eso es Isaías 51:1-2: “Oídmme, los que seguís la justicia, los que buscáis a Jehová. Mirad a la piedra (Dios) de donde fuisteis cortados, y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados (la cantera de donde fueron extraídos). Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz; porque cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué.”

Nuestra ayuda y esperanza siempre es el Señor, pero él siempre ha usado a personas para realizar sus propósitos tal como uso a Abraham y a Sara para dar existencia a Israel. En el mensaje de hoy quiero recordar a las personas y eventos que el Señor usó para traer a los Bautistas de Texas al lugar en donde están hoy.

El primer sermón Bautista predicado en Texas lo predicó Joseph Bayes en 1820. Había venido a Texas con Moses Austin y otras 300 personas. El grupo acampó en el lado de Louisiana del río Sabine, para esperar hasta que Austin les consiguiera permiso para entrar a Texas. Pero Bayes se impacientó, y cruzó el río y empezó a predicar.

México estaba empezando a darle la bienvenida en el país a los nuevos colonos, y les ofreció tierra gratis para

atraerlos, 177 acres por granjero, y un "sitio" o 4,428 acres para los ganaderos (*Tyler Morning Telegraph*, 4 de julio, 2005). De acuerdo a las conferencias de El Álamo uno podía comprar toda la tierra que quisiera a razón de 12 centavos por acre, con pagos diferidos por seis años. Pero no querían a cualquiera. Querían a personas de buen carácter, y no borrachos, ni ladrones, ni holgazanes, ni malhablados. Esperaban que todos los colonos se hagan ciudadanos mexicanos, que obedezcan la ley mexicana, que hablen español, y que se conviertan al catolicismo romano.

No había libertad de religión en Texas en ese tiempo. La ley no permitía predicación en público, ni se permitía la lectura de la Biblia. No se reconocían los matrimonios como legales a menos que los celebrara un cura católico romano, y a fin de tener en propiedad tierra uno tenía que ser católico romano. Muchos tejanos se convirtieron, por lo menos nominalmente, al catolicismo romano sólo por esa razón. Sam Houston fue uno de ellos. El dicho decía: "Un rancho en Texas bien vale una misa" (Harry Leon McBeth, *Texas Baptists: A Sesquicentennial History*; Dallas: Baptistway Press, 1993, 5).

Así que la predicación de Bayes fue ilegal. Lo arrestaron en 1823 en San Felipe, y lo llevaron a San Antonio para juzgarlo. Mientras acampaban en el nacimiento del río San Marcos, los guardias se dedicaron a los quehaceres del campamento, y Bayes los tomó por sorpresa, los aporread con sus propias armas y se escapó a Louisiana. Él y su hijo más tarde volvieron para luchar con Sam Houston en la batalla de San Jacinto (Ibid, 79).

En 1835, el año antes de que Texas ganara su independencia, Z. N. Morrell, predicador pionero de Tennessee, vino a Texas para ver si sería un buen lugar para vivir. Llegó en primavera, cuando los altramuces estaban florecidos, y desde ese día dijo que Texas se le metió en el cerebro. Por todos los relatos, fue el más grande predicador pionero que vino a Texas, y tal vez el más grande de todos los Estados

Unidos. Desde el momento en que cruzó el río Sabine se apoderó de él la visión de que Texas llegaría a ser una fortaleza Bautista.

Mientras visitaba Nacogdoches, de regreso a casa para traer a su familia, dijo: "Mi misma alma me ardía por predicar a Jesús." Así que halló un lugar apropiado y empezó a cantar:

*Yo soy soldado de la cruz,
Y siervo del Cordero.
No temeré llevar la cruz,
Ni me avergonzaré de proclamar su nombre.*

(Original de Issac Watts, 1674-1748. *The Baptist Hymnal*, Nashville: Convention Press, 1956, 405).

Una multitud se reunió, y él predicó un sermón partiendo de Isaías 35:1: "Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa." Fue un mensaje evangelizador sobre el poder redentor de Dios.

Al final de su entusiasta sermón improvisado, Morrell dijo: "Mi alma estaba a desbordarse, y en ese momento creí ese texto." Ese pasaje llegó a ser el texto de oro de su vida y la fe persistente y expectación de su ministerio.

Morrell volvió al año siguiente para quedarse. Él y su familia llegaron justo cuando muchos tejanos estaban huyendo del ejército de Santana que se acercaba. Los que se iban les advertían que no sigan adelante. Sería necio hacerlo. Les decían: "Si los mexicanos no los matan, los indios lo harán antes de que lleguen al río Sabine." Pero Morrell dijo: "Estaba convencido que Dios me envió a Texas, y de ninguna manera iba a huir" (Z. N. Morrell, *Fruits and Flowers of the Wilderness*, St. Louis: Commercial Printing Co., 1872, 17-18).

Morrell, al que a veces se le llamó "Morrell Gato Montés," era precisamente el tipo de hombre que emparejaba el carácter de la región. Tenía abundancia de valentía y de fe. Decía las cosas sin rodeos, y sin timidez. Según su pro-

pio relato llevaba dos armas: su arma espiritual, la “hoja de Jerusalén” en su mochila, y su “arma carnal,” un rifle largo de Tennessee colgado de la perilla de su montura, y sabía cómo usar ambas.

Según el historiador Leon McBeth, “por 40 años viajó a lomo de caballo, cruzó ríos crecidos, se enfrentó a los “nor-teños azules” de Texas, luchó y se escapó de los indígenas, predicó a la gente dondequiera que podía hallarla, y organizó a los convertidos en iglesias Bautistas cooperadoras.” De nuevo, McBeth dice de Morrell: “Viajó más extensamente, predicó más frecuentemente, y sufrió más severamente que cualquier otro predicador que lo precedió o lo siguió” (*Texas Baptists: A Sesquicentennial History*).

Necesitamos más predicadores “gatos monteses” hoy. Tenemos abundancia de predicadores gatos de callejones: siempre persiguiendo mujeres; tenemos algunos predicadores gatos juguetones, siempre persiguiendo nuevas ideas y queriendo llamar la atención; y tenemos un buen número de gatos angoras, siempre queriendo que se los deje dormir y que se los acaricie; y tenemos unos cuantos predicadores gatos díscolos, que simplemente hieden. Necesitamos más predicadores como Morrell, que tengan las agallas y la gracia necesaria y que paguen el precio de ganar a nuestro estado para Cristo.

La Primera Iglesia Misionera

Texas ganó su independencia en la batalla de San Jacinto en 1836 y con ella vino la libertad de religión. Al año siguiente (1837) Morrell organizó la primera iglesia Bautista misionera en Texas, en Washington-on-the-Brazos cerca de Brenham. Hubo sólo ocho miembros en la congregación, cinco hombres y tres mujeres. Tres de los hombres llegaron a ser predicadores.

Esta no fue en realidad la primera iglesia Bautista de Texas. Fue la primera iglesia Bautista misionera. Daniel Parker, cuando se enteró de que en Texas no se podía

“formar” una iglesia legalmente, volvió a su estado nativo de Illinois y formó una con siete miembros, y, en 1832, la mudó, con hatos y garabatos a Texas. Pero fue una iglesia Bautista anti misionera.

La primera acción de la nueva congregación misionera fue pedir a la Home Mission Society de la ciudad de Nueva York que envíe misioneros a Texas. Dos años antes de eso, el coronel William B. Travis, comandante de El Álamo, había hecho una petición similar a los líderes metodistas de los Estados Unidos (*Centennial Story of Texas Baptists*, The Executive Board of the BGCT, 1936, 26).

Jessie Mercer, en honor a quien se le dio el nombre a la Universidad Mercer, respondió y depositó \$2500 en la Home Mission Society para que se los use para sostener a los misioneros a Texas. Fueron enviados dos misioneros: James Huckins y William Tryon. Algunos de los amigos de Mercer protestaron en contra del gasto de dinero en tal campo, diciendo que Texas estaba infestada de ladrones, asesinos y bandidos fugitivos de la justicia. Mercer era un hombre que pensaba y actuaba por sí mismo en vista de su responsabilidad a Dios, y respondió: “Será mejor que no me digan nada más en cuanto a que en Texas hay tales personas, porque de ser así me veré obligado a duplicar la cantidad de dinero y apartar \$5000.” Tenía la convicción de que Texas tenía terreno fértil y buen clima, y que atraería la atención de un número grande de buenas personas. Cristo había salvado al ladrón en la cruz, y si algunos de los que estaban en Texas eran grandes pecadores, Cristo era un gran Salvador, y ellos necesitaban el evangelio.

Antes de que Huckins y Tryon pudieran llegar, R. E. B. Baylor, (cuyo nombre lleva la Universidad Baylor) vino a Texas por cuenta propia, en 1839. Era abogado y predicador. Había sido miembro de la legislatura estatal de Kentucky y congresista de los Estados Unidos en Alabama, pero vino a Texas a predicar. En Texas sirvió como juez de distrito y en

la Corte Suprema de la República de Texas. Trabajaba en la corte durante el día y predicaba por la noche.

Al año siguiente James Huckins, el primer misionero, llegó a Galveston. Halló un pequeño grupo de creyentes y empezó a predicarles. Como la providencia sabe disponerlo, Gayle Borden, hijo, el cual más adelante llegaría a ser famoso por sus productos de leche condensada, y su esposa Penélope, que era pariente de Mercer, fueron los primeros en responder a la predicación de Huckins, y fueron los primeros en ser bautizados en el Golfo de México.

Un año más tarde (1841) llegó Tryon. En 1848 llegó Rufus Burleson. Burleson, que fue dos veces presidente de la Universidad Baylor por un total de 22 años, diez años en Independence (1851-61) y más tarde doce años en Waco (1861-99) cuando Baylor fue consolidada con la Universidad Waco (1885-1897), no vino a Texas para ser educador. Vino para predicar. Hombre que no se dejaba intimidar, planeó y pensó en grande. Se dispuso a ganar para Cristo al nuevo estado de Texas. La salvación del estado fronterizo le había preocupado desde sus años en la universidad. Cuando desembarcó en Galveston cayó de rodillas en la arena y oró: "Oh Dios: dame Texas para Jesús o me muero."

Esos cinco hombres: Morrell, Baylor, Huckins, Tryon y Burleson, serían los líderes más influyentes en la edificación de nuestra Sion Bautista de Texas.

La Primera Asociación Misionera

En 1840, apenas tres años después de que se estableció la primera iglesia, tres iglesias pequeñas con un total de 92 miembros se reunieron en Travis para formar la primera asociación Bautista misionera. Estaban reproduciendo lo que habían conocido en los estados de donde habían venido.

Ese fue en realidad el segundo esfuerzo de formar una asociación. Habían tratado primero en junio de ese año y fallado. Había dos iglesias misioneras y dos iglesias anti misioneras. A la manera típica Bautista no pudieron ponerse

de acuerdo, así que se dividieron antes de lograr unirse. En octubre se reunieron de nuevo, esta vez todas las tres iglesias eran misioneras y tuvieron éxito para formar la Union Association.

En esa primera reunión adoptaron 11 breves artículos de fe y entonces establecieron dos derechos inalienables: el derecho de toda iglesia de gobernarse a sí misma, y el derecho de todo individuo de dar su dinero a las misiones y obras de beneficencia según le pareciera apropiado.

En su segunda sesión al año siguiente, la asociación tenía nueve iglesias y 384 miembros. Esta vez formaron la Texas Baptist Educational Society que con el tiempo conduciría al establecimiento de la Universidad Baylor. Creían que una universidad sería “un núcleo alrededor del cual la denominación se uniría y habría una escuela de profetas de la cual sus hijos saldrían como misioneros a varias partes de la tierra.”

También formaron la Texas Baptist Mission Society y enviaron a tres misioneros: Z. N. Morrell, Noah T. Byars y Anderson Buffington. Les pagaban \$250 al año y Morrell dijo que le costaba \$300 al año mantener a su caballo y pagar su propio sustento.

La Primera Convención Estatal

En 1848 se reunieron 42 iglesias y organizaron la primera convención estatal. Empezaron desligándose “absolutamente y para siempre” de toda autoridad sobre las iglesias, y empezaron a publicar un periódico, a participar en misiones al extranjero y en el país, a distribuir Biblias, y a ministrar a negros y a alemanes.

Con el correr de los años Dios prosperó su obra y los Bautistas de Texas llegaron a ser la novena denominación más grande de los Estados Unidos, con ocho universidades, dos institutos teológicos, un seminario, una academia, siete hospitales, 12 asilos para envejecientes, 45 instituciones de cuidado infantil, 5000 iglesias y 1200 misiones.

¿Cómo lograron tanto, en un período tan corto? El secreto fue:

- Liderazgo visionario.
- Iglesias misioneras.
- Cooperación voluntaria.

Eso es lo que llevó a Texas al lugar de grandeza en el reino de Dios y lo que Texas necesita de nuevo hoy.

El Mismo Cielo: Horizontes Diferentes

Primero, necesitamos liderazgo visionario. Eso es lo que hizo a Texas grande desde el principio. Z. N. Morrell, desde la primera vez que cruzó el río Sabine, captó una visión de Texas como una gran fortaleza Bautista. Los que establecieron la Universidad del Baylor planearon una institución “que atendería las demandas de edades por venir.”

En la celebración del 50^o aniversario de la fundación de la primera asociación Bautista (1890) Rufus Burleson dijo: “Si nuestros hermanos con tres iglesias pequeñas y con 92 miembros, rodeados de 8 millones de mexicanos hostiles y 60,000 indígenas aumentaron 2000 veces en 50 años, ¿qué no podremos hacer para 1940? ¿No podemos establecer una iglesia Bautista y una escuela dominical en cada barrio de Texas, y cubrir el planeta entero con misioneros Bautistas de Texas?” (McBeth, 278).

¿Lograron ellos su visión? Le pregunto: ¿Hay alguna comunidad en Texas que no tenga una iglesia Bautista y una Escuela Bautista dominical? ¿No hemos cubierto el planeta entero con misioneros Bautista de Texas? Ellos fueron líderes visionarios que vieron el mundo que les rodeaba y el mundo más allá de ellos.

Cualquiera puede ver lo que es. Los líderes ven lo que puede ser y debe ser. Debemos tener de nuevo líderes visionarios. Texas de nuevo ha llegado a ser un campo misionero. Más de la mitad de nuestros pobladores no asisten a ningún iglesia. Desde 1990 más personas se han añadido

a la población total de Texas que la población total de 21 estados de nuestra unión.

Diez millones de personas viven a lo largo de la ribera sur del Río Grande, desde El Paso hasta Brownsville. Tres y medio millones de personas viven en la orilla norte. Se proyecta que para el año 2020, 37 millones de personas vivirán allí; casi el doble de la población actual de Texas. Para entonces, tendremos una población de 60 millones de personas, y el 60 por ciento de ellos estarán perdidas.

Hoy, el 53.1% de Texas es anglo, y el 32% es hispano. Para el año 2020 las cifras se invertirán: el 53.1 serán hispanos y el 30.5 serán anglo. Los otros grupos étnicos: indígenas, asiáticos y negros, se duplicarán del 3.3% al 7.3% (*Tyler Morning Telegraph*, 14 de octubre, 2002).

¿Cómo alcanzaremos a estas masas? Necesitamos tener personas de visión. Necesitamos líderes con bifocales: una parte para ver lo que está cerca, a mano, y otra parte para ver lo que está a la distancia.

Konrad Adenauer, que fue canciller de Alemania, dijo: "Vivimos bajo el mismo cielo, pero no todos tenemos los mismos horizontes." ¡Necesitamos elevar nuestros horizontes! Necesitamos ver los campos blancos para la siega. Para que Texas vuelva a tener su anterior grandeza, debe tener de nuevo líderes visionarios.

Nada Excepto Desierto

Segundo, debemos tener iglesias misioneras. Así es como nuestros antepasados pioneros enfrentaron el reto de su día, y así es como debemos enfrentar el nuestro. Lo primero que hizo Morrell fue establecer una iglesia Bautista misionera. De inmediato presentó su petición a la Home Missions Society para que envíe misioneros. Cuando hubieron suficientes iglesias, formaron una asociación misionera y enviaron a tres misioneros. Y cuando hubieron más iglesias, formaron una comisión misionera para alcanzar a todo el estado para Cristo.

Estas iglesias no eran misioneras solamente de nombre. Eran misioneras en la práctica. Pusieron pies a sus oraciones e hicieron realidad sus sueños. La mayoría de nosotros hablamos del juego mejor que lo que lo jugamos. Pero ellos no.

Alguien le escribió a David Livingston: “Tengo un grupo de hombres que quieren ir y servir junto a usted, si hay caminos para llegar allá.” Livingston respondió: “Si deben contar con caminos, dícales que no vengan. Quiero hombres que vengan, sea que haya caminos o no.”

Estos misioneros pioneros no tenían caminos para viajar, solamente senderos en el desierto. Lo único que les guiaba era su pasión y su consagración.

Uno de los primeros tres misioneros enviados por la primera asociación fue Noah T. Byars, que fue él herrero en cuyo taller los tejanos se reunieron para firmar la Declaración de Independencia de Texas. Era miembro de la primera iglesia Bautista misionera formada en Washington-on-the-Brazos y más tarde fue llamado a predicar. Se calcula que Byars viajó más de 100,000 millas a lomo de caballo, cuatro veces la circunferencia del mundo. Estableció 60 iglesias, cinco asociaciones y dos escuelas. Envejeció destituido y la convención aprobó darle una pensión de \$8 al mes por el resto de su vida.

Nosotros hemos perdido la mayoría de ese espíritu pionero de sacrificio. En su mayor parte nos hemos vuelto blandos, complacientes, y “cómodos en Sion.” La mayoría de nosotros, predicadores e iglesias por igual, necesitamos “un puntapié en las actitudes.” Necesitamos salir de nuestros asientos, ponernos de pie, y salir a las calles en donde está la gente.

Como nos Mantuvimos Unidos

Tercero, necesitamos cooperación voluntaria. Los Bautistas siempre han sido gente de convicciones firmes, de opiniones fuertes, e independientes, y a veces, abierta-

mente indóciles. Se dice que líderes como B. H. Carroll, R. C. Buckner, J. W. D. Creath y O. C. Pope se sentían de lo más contentos cuando se salían con la suya, y “estaban contentos la mayor parte del tiempo.” Estos primeros líderes podían ser exigentes. ¿Cómo entonces, nos las arreglamos para trabajar juntos y lograr tanto? Lo hicimos mediante cooperación voluntaria.

Ah, hubo controversias. Una de las más grandes la desató S. A. Haden. Él fue el cáustico y divisivo editor del *Texas Baptist Herald*. Era esencialmente anti denominacional. Acusó a los oficiales de la convención de recibir salarios desusadamente elevados, señorearse sobre las iglesias y malversación de fondos. Aunque la investigación no pudo hallar ninguna evidencia de que sus acusaciones sean ciertas, él persistió en hacerlas. Se volvió tan alborotador que se le negó un asiento en la convención. Él entabló pleito judicial contra los oficiales de la convención, y el pleito siguió su curso hasta la misma Corte Suprema de Texas. La corte dictaminó que los Bautistas podían atender sus propios asuntos y descartó el pleito. En 1907 sus seguidores se dividieron y formaron una nueva convención en Texas. Al año siguiente se unieron con otros disidentes para formar la Baptist Missionary Association (BMA) de Texas.

Uno de los hombres con quien Haden tuvo el mayor conflicto fue J. B. Cranfill, editor del *Baptist Standard*. Cranfill se había criado en el oeste de Texas, y solía portar una pistola calibre 45. Dijo, en verdad, que se sentía más desnudo sin su pistola que sin sus pantalones. En 1904, resultó que Cranfill y Haden se encontraron viajando en el mismo tren, yendo a la reunión anual de la Convención Bautista del Sur en Nashville, Tennessee, y se enredaron en un tiroteo. Ambos fallaron, lo que demuestra que los Bautistas son mejores para disparar con la boca que con cualquier otra cosa (Presnall Wood and Floyd Thather, *Prophets With a Pen*, Dallas: Baptist Standard Publishing Co., 1969, page 31).

Cranfill quedó abochornado y ofreció entregar sus credenciales ministeriales si se le hallaba culpable de algo impropio. La única respuesta que recibió fue: “Esperamos que si se lo disciplina, no sea por el tiroteo, sino por fallar.”

¿Qué, entonces, mantuvo unidos a estos Bautistas independientes? Tres cosas: una experiencia común, es decir, regeneración personal; creencias comunes, es decir, creían en el señorío de Cristo, la autoridad de las Escrituras, la autonomía de la iglesia, la competencia del alma, el sacerdocio del creyente, la libertad de religión, la separación de la iglesia y el estado; y una consagración común, es decir, la gran empresa de llevar el evangelio a toda persona. Un cordón de tres cuerdas no se rompe fácilmente.

Después de 40 años de trabajo en Texas Morrell, que había soñado con Texas floreciendo como una rosa, pudo decir de su visión inicial: “Dios no me ha desilusionado.” Texas en efecto floreció como una rosa. La Sra. Sybil Leonard Ames captó el espíritu de la historia Bautista de Texas en su impactante poema:

*Del desierto labraron
Un imperio espiritual para el Señor.
Con sangre, lágrimas y sacrificio
Sembraron su Palabra gloriosa y viva.
Y el desierto floreció como una rosa.
¡Pero a qué costo, sólo Dios lo sabe!*

*Y nosotros que seguimos sus pisadas
Marcamos bien el precio que pagaron.
Este manto está sobre nosotros ahora,
Pero no tenemos miedo.*

*Si Dios es por nosotros, esto clamamos:
"¡La luz de Jesús no morirá!"
Hasta que el rincón más remoto de la tierra lo sepa
Y el desierto florezca como una rosa.*

(citado por Robert Baker en *The Blooming Desert*).

En 1847, el día en que Rufus Burleson se graduó de un seminario en Covington, Kentucky, de acuerdo a su biógrafo Harry Haynes, mientras sus compañeros de clase se consagraban a varios campos misioneros, él levantó su cara infantil hacia el cielo, estiró ambos brazos hacia el oeste y exclamó: “Este día consagro mi vida a Texas” (Georgia Jenkins Burleson, compilador y publicador, *The Life and Writings of Rufus C. Burleson Containing A Biography of Dr. Burleson by Hon. Harry Haynes*, 1901, 57). Eso es lo que Texas necesita hoy.

El relato que hace Marquis James de la muerte del general Sam Houston es conmovedor. “El médico le dijo a Margaret que él había contraído neumonía. El 25 de julio él cayó en un sueño como de droga. La familia se reunió alrededor del sofá y el reverendo doctor Samuel McKinney elevó una oración.

El general Houston durmió toda la noche, con Margaret a su lado. Cuando amaneció ella pidió su Biblia y empezó a leer en voz baja: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.”

Mientras las palabras salían de sus labios el general Houston se movió. Era medio día. Margaret puso a un lado el libro y tomó las manos de su esposo. Sus labios se movieron: ‘Texas, ¡Texas! Margaret;’ y se fue” (Marquis James, *The Raven*, Austin: University of Texas Press, 1956, 472-3).

Que todos nosotros vivamos y muramos con la salvación de Texas en nuestros corazones, y tal vez en nuestros labios.

BLANK PAGE
120

Epílogo

Un Tributo a George W. Truett: Don de los Bautistas de Texas para el Mundo

Cuando los Bautistas de Texas escribieron *The Centennial Story of Texas Baptist* en 1936, la dedicaron:

A George W. Truett

Pastor FBC Dallas

Presidente de la Alianza Bautista Mundial

Don de los Bautistas de Texas para el Mundo

(*Centennial Story of Texas Baptists*, The Executive Board of the BGCT, 1936).

Eso fue años antes de la muerte de Truett y mientras él todavía estaba activo en el pastorado. Qué honor que colegas pastores le concedan a un colega. ¿Qué motivó tal reconocimiento de un colega?

Truett fue, en todo sentido, el predicador más grande que jamás ha salido de Texas, el predicador más grande jamás producido por los Bautistas del Sur, y según un escritor, tal vez el más grande predicador que jamás ha salido de los Estados Unidos (Burton, J. W. *Prince of the Pulpit*. Grand Rapids, Michigan: Zondervan Publishing House, 1936). Como tal, edificó la iglesia más grande y más numerosa de su día. Además, fue la fuerza impulsora para establecer el Baylor Medical Center con su College of Medicine, Dentistry and Nursing. Fue uno de los principales fundadores de la Relief and Annuity Board of the Southern Baptist Convention (hoy Guidestone), y fue instrumental para el establecimiento

del Southwestern Baptist Theological Seminary. También sirvió como presidente de la Convención Bautista del Sur y de la Alianza Bautista Mundial.

A los 30 años Truett fue llamado para ser pastor de la First Baptist Church de Dallas en donde sirvió 47 años, hasta su muerte en 1944. En esos años la iglesia creció de 715 miembros a 7454 miembros. Llenaba el auditorio de 4000 asientos domingo tras domingo, y en promedio tuvo 115 bautismos y 412 adiciones por transferencia de carta cada año, un promedio de 10 nuevos miembros por domingo por 47 años. Conforme su fama se esparcía, llegó a ser uno de los predicadores más buscados del mundo. Su respeto era tal que impulsó a un hombre de negocios de Houston a comentar: "Dallas tiene sólo dos cosas que a Houston le gustaría tener: Nieman Marcus y George W. Truett."

Nacido para Predicar

Truett nació en las montañas de Carolina del Norte el 6 de mayo de 1867. Su madre, Mary, era hija de un predicador Bautista rural, y era cristiana consagrada y la mayor influencia y aliento en su vida.

Se convirtió en una campaña de avivamiento a los 19 años. La campaña debía concluir el sábado por la noche porque el evangelista tenía otro compromiso. Para sorpresa de todos, el evangelista volvió a la mañana siguiente, diciendo que había sentido que la campaña debía continuar. Esa mañana Truett, junto con muchos otros, hizo su confesión de fe en Cristo. Esa noche dio su testimonio y fue aceptado en la iglesia para el bautismo.

El miércoles por la noche después de su conversión, el pastor, después del sermón del predicador visitante, llamó a Truett y le pidió que exhortara a los que vacilaban para acudir a Cristo para su gran salvación y servicios.

Tomado por sorpresa, y con temor y temblor, Truett se puso de pie y ofreció su primera exhortación pública para que la gente venga a Cristo. Fue una apelación tan poderosa

que muchos respondieron, y desde esa hora en adelante, a dondequiera que fue, hombres y mujeres santos le llamaban aparte y le decían: “¿No deberías dedicar tu corazón a predicar el glorioso evangelio de Cristo?”

Pero la ambición del joven George era ir a la universidad y ser abogado. No había dinero disponible para asistir a la universidad, así que concibió la idea de empezar una escuela para niños de la montaña. Tuvo tanto éxito que pronto se le conocía por todo Georgia.

Los Bautistas de Georgia sostenían estas escuelas de montaña y en la Georgia Baptist State Convention de 1888 George fue llamado de nuevo para hablar de improviso a la Convención sobre su escuela.

Fue tomado por sorpresa tal como lo había sido cuando dio su primera exhortación pública. Por unos pocos segundos, se quedó de pie totalmente perplejo y sin poder hablar. Pero cuando empezó a hablar de la obra que Dios estaba haciendo, lo hizo con tanta pasión que la gente lloraba bajo la influencia de su mensaje y los bolsillos se abrieron para dar sostenimiento financiero para que continúe su trabajo.

Un laico pudiente, C. B. Willingham, que le oyó hablar, se conmovió tanto que ofreció pagarle los gastos si asistía a la Universidad Mercer. Esto sería la realización del sueño de toda su vida para ser abogado, pero Truett nunca iría a Mercer. Su familia se había mudado a Texas, cerca de Whitewright, y él y su hermano mayor los siguieron poco después.

Yo Me Rindo a Ti

En su nuevo lugar George se matriculó en Grayson Junior College, todavía con el propósito de ser abogado. La familia se unió a la iglesia Bautista, y George de inmediato empezó a enseñar en la Escuela Dominical. A poco fue elegido superintendente de la Escuela Dominical, y en ocasiones cuando el pastor de la iglesia estaba de viaje, se le pedía que hablara a la congregación. Cuando lo hacía,

siempre se cuidaba de pararse delante del púlpito en lugar de detrás del mismo, sintiendo que el lugar sagrado debía ser reservado para los ministros de Dios ordenados y sólo para ellos.

La gente de Whitewright pronto puso a George en su corazón, y la convicción creció en los miembros de la iglesia Bautista que George debía ser predicador.

Al año de vivir en Whitewright, la convicción llegó a ser tan fuerte que la iglesia dio un paso inusitado. En esa iglesia solían reunirse a la antigua los sábados para adoración y negocios. Cuando George llegó en una ocasión, notó que la asistencia era desusadamente numerosa. Después de que la iglesia hubo atendido sus negocios, y el ministro hubo predicado su sermón, uno de los diáconos ancianos empezó a hablar deliberada y muy solemnemente. Dijo: "Hay un asunto tal como deber de la iglesia en que toda la iglesia debe actuar. Hay un asunto como deber del individuo cuando el individuo, separado de todo otro individuo, debe enfrentar la tarea por sí mismo, pero es mi honda convicción, y la de ustedes, por lo que hemos hablado mucho unos con otros, que esta iglesia tiene un deber que cumplir, y que hemos esperado demasiado para atenderlo. Propongo que esta iglesia convoque a un presbiterio para ordenar a George W. Truett al trabajo completo del ministerio del evangelio."

La moción fue secundada de inmediato, y Truett se puso de pie de inmediato para protestar. Estaba estupefacto por las acciones de ellos y les suplicó que esperaran seis meses antes de tomar la votación.

Entonces, uno tras otro, con lágrimas corriéndoles por las mejillas, dijeron: "Hermano George, tenemos una profunda convicción de que tú debes estar predicando. No vamos a esperar ni seis horas: somos llamados a hacer esto, y vamos a seguir adelante con el asunto. Nos impulsa una profunda convicción de que ésta es la voluntad de Dios.

No nos atrevemos a esperar. Debemos obedecer a nuestras convicciones.”

Esa tarde George habló con su madre sobre lo que debería hacer. Ella le dijo: “Hijo: Ellos son personas que oran. Son pueblo de Dios, y ya viste cómo se sienten. Ellos sienten que no podrían—frente a su súplica, tu protesta, tu exhortación a la gente—que no podrían demorarlo. Toda la iglesia estaba reunida en asamblea solemne” (James, Powhatan W. *George W. Truett: A Biography*. Nashville, Tennessee: Broadman Press, 1939).

Esa noche George recorrió los campos de la granja de su padre, librando una feroz batalla interna. Antes de que la noche pasara, la mente y el corazón de Truett se habían rendido. Al día siguiente dijo que estaba dispuesto a rendirse sin debate o más demora a la voluntad de Dios.

Pidan y les Será Dado

Poco después predicó su primer sermón en la First Baptist Church, Sherman. Su texto fue: “Sea la luz.” Él recordaba años más tarde: “Mi luz se apagó en como diez minutos.”

A las pocas semanas, a los 23 años, fue llamado para ayudar a salvar a la Universidad Baylor de la ruina financiera. Baylor estaba agobiada por una deuda aplastante de \$92,000 y buscaba a un nuevo agente financiero para recoger fondos para aliviar la deuda. El pastor de George en Whitewright Baptist Church amaba a Baylor y le escribió una carta a B. H. Carroll, presidente de los fideicomisarios de Baylor y pastor de la First Baptist Church, Waco, y recomendó a Truett para el trabajo. En su carta dijo: “Hay una cosa que sé en cuanto a George W. Truett: siempre que habla, la gente hace lo que les pide que hagan.” Después de una entrevista Carroll empleó a Truett, de 23 años, y en 23 meses, Truett y Carroll habían levantado los fondos necesarios y virtualmente asegurado el futuro de Baylor.

En un esfuerzo anterior por levantar dinero para Baylor muchos tejanos habían firmado notas de promesa a agentes de Baylor pero nunca las habían pagado, aunque estaban vencidas con mucho. Truett insistió en que se le diera el privilegio de devolver esos pagarés a los que habían hecho las promesas, cuando quiera y dondequiera a su juicio, pensó que era mejor hacerlo así. Expresó sabiduría nada usual cuando dijo: "Podemos arreglárnoslas en Baylor sin su dinero, tal vez, pero no sin su amistad. La gente es lo que importa. Gane a la gente y de buena voluntad darán el dinero." (Ibid, 60).

Y lo hicieron. A dondequiera que Truett iba, la gente hacía lo que les pedía que hiciera. Para cuando se concluyó la campaña Truett no sólo había convencido a los Bautistas de Texas que salven a Baylor, sino que se había convencido a sí mismo para matricularse en Baylor. Así, en 1893, a los 26 años, se matriculó como estudiante de primer año. Esta hazaña asombrosa, como ninguna otra cosa podía haberlo hecho, hizo a los Bautistas de Texas conocer y amar a Truett.

Dos Grandes Inspiraciones

También fue el principio de una profunda amistad entre Truett y Carroll, que era el predicador más poderoso de la Convención Bautista del Sur, y que más tarde fundaría el Southwestern Baptist Theological Seminary. La casa de Carroll se convirtió en la casa de Truett por los 23 meses de la campaña, y después, hasta que se casó.

Carroll era uno de los hombres más ampliamente leídos e informados de los Estados Unidos. Leía con velocidad relámpago y en promedio cubrió 250 páginas al día por 35 años, y recordaba todo lo que había leído. Se convirtió en el tutor, mentor y amigo de Truett. Truett tenía acceso a la librería privada de Carroll, que era una de las mejores en el sur. El Dr. Carroll se deleitó en introducir a su joven amigo a sus libros de teología, historia, literatura, biografía,

filosofía, homilética, apologética cristiana, crítica bíblica, y otros temas de interés especial para un joven predicador alerta. Eso fue en sí mismo una educación amplia. Pronto la pequeña iglesia East Waco Baptist Church le invitó a que sea uno de sus pastores estudiantes. Él aceptó con gusto y continuó allí todos los años que estudió en la Universidad Baylor. Fue durante esos años que conoció y se casó con Josephine Jenkins, que llegó a ser su constante inspiración por el resto de su vida. En años posteriores la llamaría su "principal consuelo e inspiración."

Llamado a Dallas

Al graduarse en Baylor le llegaron invitaciones para que considerara el llamado a varios púlpitos distinguidos en el sur. Él no las había buscado. Entre ellas estaba la de la First Baptist Church de Dallas, una de las iglesias más distinguidas de Texas. Cuando ellos le escribieron para que fuera su pastor, él les instó a que no le extendieran el llamado. Estaba muy contento en East Waco Church y sus planes eran tal vez seguir sus estudios en el Southern Seminary y luego regresar a su rebaño de East Waco, pero la iglesia ignoró su ruego y unánimemente aprobó llamarlo. Esto obligó al joven pastor a encarar el asunto. Así, a los 30 años llegó a ser su pastor.

Pronto se había abierto camino a los corazones de su pueblo. Sin que pasara mucho su fama como predicador empezó a extenderse por todo Texas y más allá. Él llegó a ser uno de los predicadores más buscados, si acaso no el más buscado, de todos los predicadores de los Estados Unidos.

En la cúspide de su ministerio celebraba hasta una docena de campañas en otras ciudades mientras continuaba cumpliendo sus propios deberes como pastor. Dedicó más iglesias en hogares, recogió más dinero para la denominación, y dio más charlas especiales a grupos especiales de

personas que cualquier otro predicador vivo. En promedio dio una de tales charlas todos los días por cuarenta años.

Triunfo en la Tragedia

El momento definidor en su ministerio vino debido a una gran tragedia que por poco destroza su espíritu. Fue su propio Getsemaní personal. Mientras estaba de cacería con el jefe de policía de Dallas, el arma de Truett se disparó accidentalmente y la carga de municiones fue a incrustarse en la pantorrilla del jefe Arnold. No era una herida muy seria, pero instantáneamente Truett tuvo la premonición de que sería fatal. Antes de que se acabara la semana, el jefe Arnold murió, no debido a la herida de la escopeta, sino de trombosis coronaria. Aunque sabía que no había sido culpa suya, el accidente y la muerte del jefe fue un golpe tan fuerte para Truett que pensó que nunca más volvería a predicar. Por los días que siguieron leyó su Biblia, especialmente Salmos y Job, y los capítulos finales de los cuatro Evangelios.

Veza tras veza se le podía oír diciendo: "Mis tiempos están en tus manos." Tarde el sábado por la noche, por primera vez desde el accidente, se quedó dormido.

Durante la noche tuvo un sueño en el que Jesús se le apareció y le dijo: "No temas; desde ahora eres mi hombre" (*Pastoral Themes in the Life and Ministry of George Washington Truett: An Evaluation in the Light of the Pastoral Theology of Thomas C. Oden*. Joe Dowell Loftis, Disertación para el grado de Doctor en Filosofía en el SWBTS, 1994, 29). Se despertó y le contó a Josephine su sueño. Una segunda y tercera vez, tuvo la misma visión y se repitieron las mismas palabras.

Cuando apareció en el púlpito el domingo, era un hombre diferente. Había una nota de tristeza y pesadumbre en su voz que la gente no había oído antes. Como un miembro dijo: "Parecía llevar cargando el peso de toda la aflicción del mundo."

Esa odisea le moldeó más que cualquier otra. Así como no se puede explicar a Pablo aparte de su visión en el camino a Damasco, no se podría explicar a Truett aparte del sueño que tuvo esa noche. Si usted anda en busca del secreto de su poder, lo hallará en la experiencia de ese sábado por la noche cuando Jesús le dijo: “No temas. Eres mi hombre de aquí en adelante.”

El Corazón de un Pastor

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial el presidente Woodrow Wilson seleccionó a veinte de los predicadores más destacados de los Estados Unidos para que vayan a ultramar para ministrar a las tropas. No es sorpresa que Truett fue uno de ellos. En sus seis meses en Europa frecuentemente trabajaba 18 horas al día, predicando hasta seis sermones al día a más de 15,000 de nuestras tropas. Luego, después de hablar en privado con docenas y docenas de hombres, escribía cartas hasta bien entrada la noche. Les escribió a las familias de todo soldado de Texas que conoció mientras estuvo en Europa.

Truett no era un teólogo experto, ni académico, sino un pastor. . . . Había estado en Dallas apenas unos pocos años cuando los fideicomisarios de la Universidad Baylor le ofrecieron la presidencia de Baylor. Ellos se esforzaron por aplicarle mucha presión para inducirlo a que le dé al asunto consideración seria, y él declinó diciendo: “He buscado y hallado el corazón de un pastor. Debo quedarme en Dallas.”

La grandeza de Truett no estaba en la profundidad de pensamiento, ni en el brillo de su retórica, ni en la originalidad de su exégesis, ni en el ingenio de su homilética, sino en la sencillez del lenguaje, singularidad de propósito, fuerza al predicar, profundidad de su compasión, capacidad de alcanzar el corazón y voluntad de la humanidad, y el poder exaltar a Cristo como Salvador y Señor. Se podría

decir de él cómo se decía de Spurgeon: “El púlpito era su trono y lo ocupaba como un rey.”

Una parte del secreto de su eficiencia fue que nunca perdió contacto con la gente. Hablaba el lenguaje de ellos, conocía sus problemas, estaba en contacto con sus sentimientos y sus debilidades, y siempre tuvo compasión por ellos.

El día nunca estaba demasiado caluroso, ni la noche demasiado oscura, ni la tempestad demasiado severa para que él no fuera con gusto a ver a cualquiera de sus miembros, o a cualquier amigo que realmente pudiera necesitarlo. Truett no fue solamente un gran pastor, sino también una gran persona.

El Secreto de su Vida

¿Cuál fue el secreto de su vida grandiosa? No hay respuesta fácil a la pregunta. Se han hecho incontables esfuerzos para penetrar el secreto de su tranquilo poder de predicador, pero ninguna ha sido satisfactoria por completo.

1. Magnetismo

Una cosa fue su personalidad magnética. Si uno tenía contacto con él en medio de una multitud, de inmediato lo seleccionada como un hombre grande. Tenía la capacidad de extender sus brazos alrededor de toda una congregación y abrazarla.

2. Sinceridad

Otra cosa fue su sinceridad. Vivía su mensaje, y todos lo sabían. Aunque era el predicador más prominente de los Estados Unidos, no se cohibía de ayudar a los más pobres que le rodeaban. Un director de una funeraria llamó a la First Baptist Church esperando hablar con el ayudante de Truett en cuanto a un funeral para una familia indigente que vivía en una vivienda dilapidada. Pero Truett contestó el teléfono. Al oír la petición, Truett preguntó: “¿Podría hacerlo yo?” Y en efecto fue a la humilde vivienda y ministró a ese puñado de gente pobre de la misma manera en que

siempre ministrado: con amor, interés y sinceridad (Truett Collection, Southwestern Seminary, page 114).

3. Singularidad de Propósito

Otro secreto fue su singularidad de propósito. El propósito cumbre de su vida era servir a Dios y llevar a las personas más cerca de él. Su vida la dedicó a “ganar almas, salvar vidas, y edificar el reino.” Siempre procurando ganar almas para Cristo, dedicaba un promedio de dos mañanas cada semana para escribir cartas a personas no salvadas a fin de ganarlas para Cristo. Lo hizo todos los años de su ministerio, y ganó a miles para el Salvador de esa manera. (R. C. Campbell, *Anniversary Awakenings*, First Baptist Reminder 8, 13 septiembre, 1936:1)

4. Integridad

Fue un hombre de la más alta integridad. Durante los días difíciles cuando era difícil obtener préstamos para iglesias, los bancos por lo general exigían que algún laico pudiente avale los pagarés. Una vez, cuando una agencia de la Baptist General Convention of Texas procuró conseguir un préstamo de dinero del First National Bank de Dallas, le preguntaron al banquero qué garantía exigiría. Ethan Adams, entonces presidente del Banco, preguntó si George W. Truett firmaría el pagaré. Recibiendo respuesta afirmativa, dijo: “No hay límite para su línea de crédito en nuestro banco en tanto y en cuanto el documento cuente con el endoso de Truett. Él es toda la garantía que necesitamos” (*History of First Baptist Church, Dallas*, 206).

5. Humildad

Otra marca de su grandeza fue su humildad. A pesar de todos los galardones que recibió, siempre mantuvo su humildad. Nunca procuró atraer la atención hacia sí mismo, nunca trató de promoverse a sí mismo, y siempre y rápidamente daba el crédito a otros. Tal vez fue el darse cuenta del destructivo poder del orgullo que lo mantuvo humilde toda su vida.

6. Generosidad

Su generosidad fue legendaria. En su juventud no había vacilado en dar su último dólar a la campaña de la Universidad Baylor que dirigió. Como pastor en Dallas a veces tuvieron que protegerlo contra su propia generosidad. Usaba muchos abrigos en el invierno, porque no era nada raro que él estuviera caminando por el centro de Dallas en un día frío, y le regalara su abrigo a algún harapiento desdichado. Luego lo explicaba diciendo: "El único bien del dinero es el bien que uno hace con el dinero." Con el tiempo la iglesia pagó por una casa encantadora y espaciosa para los Truett pero insistieron en que las escrituras se pusieran a nombre de la Sra. Truett, a fin de que él no la regalara.

7. Amor

Tenía genuino amor por toda persona. Truett creía en la prohibición contra licores y a menudo habló a favor de ella durante los días cuando nuestra nación debatía el asunto. Sin embargo se decía que para cuando él muriera toda cantina de la ciudad probablemente cerraría para ir al funeral.

Vivió en un día de gran controversia, denominacional y de otra índole. Pero siempre se elevó por sobre la controversia y mantuvo su enfoque en el evangelio. J. Frank Norris, de Fort Worth, lo atacó con saña. Norris era un peleador vengativo cuyos ataques feroces contra Truett eran casi increíbles. Pero Truett jamás se desquitó, refiriéndose a Norris sólo como "aquel hombre de Fort Worth."

8. Dedicación a Cristo

El secreto culminante fue su dedicación a Cristo. En su bautismo Truett escribió en su diario: "Haré el esfuerzo de servir a Dios conforme a su palabra . . . Quiero hacer la voluntad de Jesús, y humildemente pido que él me ayude" (Dr. George W. Truett, 1967-1944, Treasure Room: Fleming Library). Como alguien dijo: "Cuando Dios le echó la mano a Truett, le echó mano a todo él." Y ese fue el secreto real

de su vida grandiosa. Vivió cerca de Dios y le sirvió de todo corazón.

9. Oración

Fue un hombre de oración. Creía en ella, predicó sobre ella, y la practicó.

Una Ciudad Lamenta

A fines de 1943 Truett cayó enfermo con una enfermedad que resultaría ser fatal. Cuando su condición empeoró, los diáconos aprobaron concederle seis meses de licencia. Sólo una vez durante ese tiempo pudo volver al púlpito para predicar.

Al final del culto repitió la última estrofa del himno: “Él me Guía”:

*Y cuando mi tarea en la tierra se termine,
Cuando por su gracia la victoria se gane,
Incluso de la ola fría de la muerte no huiré,
Puesto que Dios me guía a atravesar el Jordán.*

(Original en inglés en *The Baptist Hymnal*, 58).

La tarea de Truett en la tierra había terminado. Nunca más podría volver a subir al púlpito.

A la muerte de Truett las banderas en el palacio municipal de Dallas se izaron a media asta durante su servicio funeral, porque su ciudadano número uno había muerto. Cuatro mil seiscientas personas se atiborraron en el auditorio. Otras mil llenaron los salones de Escuela Dominical adyacentes, y cientos más se quedaron de pie bajo el sol abrasador para escuchar los tributos a un hombre al que se ha llamado “el creyente número uno del mundo” (*Truett Diary*, 14 noviembre 1936, Archivo 662, Truett Collection, Southwestern Baptist Theological Seminary, Fort Worth, Texas).